DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

La tierra del terror



Doc Savage sigue la pista del criminal supervillano Kar, que controla el Humo mortal de la Eternidad, hasta la prehistórica Isla del Trueno, donde Doc y sus hombres luchan por su supervivencia contra terroríficos dinosaurios.

Clark «Doc» Savage Jr. es un médico, cirujano, científico, aventurero, inventor, explorador, investigador, y, como se revela en El tesoro Polar, un músico. Un equipo de científicos reunidos por su padre, entrenaron su mente y cuerpo a las capacidades casi sobrehumanas desde el nacimiento, dándole una gran fuerza y resistencia, una memoria fotográfica, un dominio de las artes marciales y un vasto conocimiento de las ciencias. Es también un maestro del disfraz y un excelente imitador de voces.

Doc confía en cinco individuos excepcionales que le ayudan en sus aventuras, expertos en áreas concretas: Andrew Blodget «Monk» Mayfair (químico), Theodore Marley «Ham» Brooks (abogado), John «Renny» Renwick (ingeniero), Thomas J. «Long Tom» Roberts (ingeniero electrónico) y William Harper «Johnny» Littlejohn (arqueólogo y geólogo).



Kenneth Robeson

La tierra del terror

Doc Savage - 2

ePub r1.1
algarri 30.07.14

Título original: *The Land of Terror*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: H. C. Granch (Enrique Cuenca Granch)
Retoque de cubierta: algarri

Editor digital: algarri
ePub base r1.1



Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
La muerte humeante



No había ningún químico empleado en la Compañía Mamut que predijese los acontecimientos; y en consecuencia, mientras ayudaban a Jerome Coffern, el anciano y distinguido caballero, a ponerse el abrigo y el sombrero después de su habitual conferencia del viernes, nadie sospechó que jamás volverían a ver vivo al famoso químico. Nadie, ni por asomo, soñaba que una mano y un antebrazo derecho, trágicos y espeluznantes despojos, sería todo cuanto se encontraría del cuerpo de Jerome Coffern.

El eminente químico era el jefe de los laboratorios de la casa Mamut, y, con justicia, se le consideraba como uno de los hombres de ciencia más sabios del mundo. La compañía le asignaba un salario de mayor cuantía que el del mismo presidente de la corporación. Su poderoso cerebro daba a la compañía Mamut la supremacía indiscutible sobre todos sus competidores.

Jerome Coffern consultó su reloj de pulsera, cuyo hallazgo horas después serviría para identificar sus restos y preguntó:

—¿Cuántos de ustedes han oído hablar de Clark Savage?

Los otros permanecieron un momento sorprendidos y silenciosos. Luego uno habló:

—Recuerdo que un hombre, llamado Clark Savage, efectuó hace poco un trabajo extraordinario sobre análisis orgánico —dijo—. Sus resultados fueron tan avanzados, que resultaban desconcertantes. Savage demostró que eran erróneos ciertos puntos aceptados como hechos en química.

Jerome Coffern asintió con la cabeza, frotándose las manos algo

huesudas, con aire de satisfacción.

—Exacto —declaró—. Tengo el orgullo de declararme uno de los pocos químicos que comprenden que los hallazgos de Doc Savage son, a no dudar, los más importantes de nuestra generación.

Ante tal afirmación, otro de los presentes exclamó:

—¡Doc Savage! ¿No se trata de la misma persona que, hace unas semanas, ante un grupo de eminentes cirujanos, presentó un método nuevo y perfeccionado de hacer determinadas operaciones cerebrales muy delicadas?

—Es el mismo Doc Savage —declaró Jerome Coffern. Su pecho pareció ensancharse, a punto de estallar de orgullo.

—¡Caramba! —exclamó otro químico—. Es en verdad extraordinario que un hombre figure entre los más grandes expertos en dos ciencias tan distintas como la química y la cirugía.

El anciano caballero soltó una risita:

—Se asombraría usted todavía más si conociera a Doc Savage. El muchacho posee un intelecto maravilloso que le permite adaptarse a otras ciencias, aparte de la cirugía y de la química. Su cerebro privilegiado ha aportado nuevas luces a la geología, a la arqueología y a la electricidad, realizando asombrosos descubrimientos.

Haciendo una pausa, Jerome Coffern fijó la mirada a los hombres reunidos: deseaba hacerles comprender que no exageraba.

—No es de extrañar —continuó—, porque Doc Savage tiene un método especial de trabajo. A veces, desaparece sin que nadie sepa a donde va, y cuando regresa siempre aporta a la humanidad, algún descubrimiento científico que representa un avance gigantesco del progreso. Es evidente que posee un laboratorio maravilloso en algún lugar secreto, donde puede trabajar en absoluta soledad.

»Doc Savage es también una maravilla muscular: posee un cuerpo tan dúctil como su espíritu. Su fuerza y agilidad son increíbles; para él, es un juego de niños torcer una herradura o una moneda con el pulgar y el índice. Si fuera un atleta profesional, sería el pasmo de todos los tiempos, pero no quiere emplear su fuerza sin igual, para diversión del público. Es un hombre verdaderamente modesto y huye de la fama y la publicidad, que sólo sirven para halagar la vanidad humana.

Jerome se interrumpió con brusquedad, comprendiendo que su entusiasmo ponía en desdoro su dignidad. Su rostro se ruborizó.

—No pude resistir la tentación de hablarles de ese hombre extraordinario —dijo con orgullo—. Doc Savage fue discípulo mío cuando era todavía un niño; aprendió con rapidez todo cuanto yo enseñaba y ahora sus vastos y profundos conocimientos superan a los míos.

Consultó su reloj de pulsera.

—Doc me regaló este reloj, en señal de gratitud —sonrió, como disculpándose—. Tengo el orgullo de decir que es todavía un buen amigo mío.

Con ademán decidido se abrochó el abrigo.

—Ahora voy a cenar con Doc Savage —explicó—. Me espera frente a la puerta principal de los laboratorios. Por lo tanto, les deseo buenas tardes, caballeros.

El eminente químico salió de la sala de conferencias. Fue la última vez que sus colegas le vieron vivo.

Los laboratorios de la compañía Mamut estaban situados en New Jersey a corta distancia del puente de Washington. Los diversos edificios eran modernos y estaban rodeados de jardines.

De pie en los escalones de la entrada del edificio donde tenían lugar las conferencias, Jerome Coffern miró con ansiedad a su alrededor esperando ver al hombre más extraordinario del mundo: a su amigo Doc Savage.

Debía recorrer unos cien metros entre altos y recortados cipreses para llegar a la carretera principal; donde esperaba un automóvil grande y potente, color gris. Sentada en el coche, veíase una figura que cualquiera afirmaría era una bella estatua esculpida en bronce.

El efecto de la figura metálica era asombroso. La frente alta, la boca firme y musculosa y las mejillas delgadas, denotaban una extraordinaria firmeza de carácter. El cabello liso, de reflejos broncíneos, era algo más oscuro que la piel del mismo tono.

Aunque se hallaba a más de cien metros de distancia, Jerome Coffern distinguía la característica más notable de su gran amigo. Eran sus maravillosos ojos, que parecían oro brillando al sol. Su mirada poseía una cualidad hipnótica. Era, sin duda, una de esas fuerzas poderosas nacidas para dominar y vencer cuantos

obstáculos se interpusieran en su campaña emprendida contra la maldad y la injusticia.

Jerome Coffern agitó su brazo hacia el hombre de cuya amistad se enorgullecía.

Doc Savage le vio y devolvió el saludo con afecto.

El eminente químico avanzó con juvenil vivacidad a través del tupido plantío de arbustos. La figura broncínea sentada ante el volante del coche desapareció de la vista.

De repente dos hombres surgieron de entre los arbustos. Y antes que Jerome Coffern pudiera lanzar un grito de alarma rodó por tierra desvanecido.

El golpe que privó de conocimiento al eminente químico fue asestado con un pedazo de tubería de hierro de unos treinta centímetros. El golpe fracturó el cráneo a Jerome Coffern, quién cayó pesadamente sobre el sendero de cemento con el brazo derecho extendido hacia un lado.

—¡Pon la tubería sobre el cuerpo! —silbó entre dientes uno de los hombres, de aspecto ratonil.

—Bien, Squint —murmuró su compañero.

Colocó la tubería sobre el pecho del postrado químico, introduciendo un extremo dentro del chaleco para sujetarlo. Los dos hombres, tan parecidos a los repugnantes roedores, retrocedieron un paso excitados, temblorosas manos delgadas y huesudas. La nuez de sus gargantas subía y descendía nerviosamente por sus delgados cuellos, cuya curtida y sucia piel recordaba la de las tortugas.

Squint introdujo una mano demacrada en su camisa, de donde sacó convulsivamente una pistola extraña, mayor que las automáticas corrientes, de dos cañones, uno del tamaño de un lápiz y otro de una pulgada de diámetro, los cañones estaban superpuestos, colocados uno encima de otro. Squint apuntó el arma hacia el cuerpo postrado de Jerome Coffern.

—¡Date prisa! —balbuceó su compañero, dirigiendo miradas recelosas hacia los arbustos cercanos. No se veía a nadie.

Squint apretó el gatillo de la extraña pistola, que al disparar resonó como un golpe de tos seca y convulsa.

¡Era una pistola de aire comprimido!

El proyectil dio en el pecho del inanimado sabio. Al instante se

elevó un vapor grisáceo, como si del pecho del químico brotase una ligera nubecilla de humo de tabaco. Pero no acompañó al fenómeno ningún ruido de explosión: tan sólo se oyó el sordo impacto. El vapor grisáceo y viscoso aumentó de volumen. La pistola disparó repetidas veces contra el cuerpo de Jerome Coffern, produciendo unas chispitas extrañas, al parecer de naturaleza eléctrica. Parecía que en torno al cadáver del distinguido químico se formara un hálito gris y repulsivo.

Transcurrieron unos minutos. El repugnante y desconocido vapor aumentaba con rapidez, semejando una bola de algodón gris de un espesor de unos cuatro metros. Las chispitas eléctricas verdes, azules y blancas, jugueteaban de una manera fantástica. La brisa de primavera, soplando por el desierto sendero de cemento, barrió a un lado la compacta y repulsiva nube que parecía mecerse en el aire.

Los dos hombres semejantes a ratas contemplaron el origen de la nubecilla.

—¡Funciona! —gimió el llamado Squint, presa de terror pánico.

Apenas tuvo valor para mirar por segunda vez el origen del vapor gris.

¡El cuerpo de Jerome Coffern se disgregaba!

El proceso horrible de disolución se inició donde se alojó el misterioso proyectil de la pistola de aire comprimido. La figura del gran químico iba convirtiéndose en todas direcciones, desde el lugar del impacto, en un vapor gris y repugnante. Las ropas, la piel, la carne y los huesos… ¡todo iba desintegrándose! La desintegración no se detuvo en el cuerpo humano: el cemento del sendero se convertía también en un vapor grisáceo. La superficie superior del cemento ya había desaparecido, revelando la grava tosca de debajo: como por arte de magia, también la piedra se volatilizaba pues ya se veía la tierra negra.

Un trozo de metal reluciente, semejante a papel plateado, brilló en medio del fenómeno sobrenatural. Era lo único que conservaba su forma y materia.

—¡Larguémonos de aquí, Squint! —gimió uno de los hombres ratas, que, por sus maneras, era evidente iba dándose cuenta del arma terrible que tenía en su poder.

¡Una sustancia capaz de disolver toda materia corriente, con igual facilidad que un remache candente convierte una gota de agua en vapor!

—¡Bah! ¿De qué estás asustado? —se mofó Squint, señalando con una mano el lugar donde el trozo de tubería de hierro descansaba sobre el pecho de Jerome Coffern—: Lo único que podía delatar nuestras huellas digitales era esa tubería. Y se convirtió en humo.

—¡No estoy asustado! —exclamó el otro intentando gruñir con valor—. ¡Pero somos dos idiotas perdiendo el tiempo aquí!

—Quizá tengas razón —asintió Squint.

Entonces los dos hombres huyeron. La celeridad con que Squint se zambulló en el plantío de arbustos, demostraba que tenía igual ansiedad que su compañero por alejarse del lugar. Apenas dieron unos pasos, cuando la volatización del cadáver de Jerome Coffern cesó de repente. Por lo visto se agotó la fuerza horrible de aquella desconocida sustancia disolvente. El cartucho de la pistola de aire comprimido contenía una pequeña cantidad de dicha sustancia, pero su efecto fue increíble. De la figura de Jerome Coffern, sólo permanecían intactos la mano y el antebrazo derechos. El brazo derecho quedó extendido cuando el químico rodó desvanecido. La potencia del disolvente se agotó antes de llegar al codo. Los dos hombres ratas huyeron sin observar este detalle.

Sobre aquella muñeca derecha relucía el reloj de pulsera que Doc Savage regaló a su profesor en señal de gratitud y afecto.

El vapor grisáceo ascendió en el aire y como humo fue dispersándose poco a poco.

II
La venganza de bronce



Doc Savage, sentado en el potente «roadster», observó la nube de vapor espeso y gris elevarse por encima del plantío de arbustos. Aunque se hallaba a unos sesenta metros de distancia, sus agudos ojos notaron al instante la calidad inusitada del vapor cuya vaga consistencia daba la impresión de humo.

Pero en aquel preciso momento, la atención de Doc se centraba en el problema de matemáticas que estaba resolviendo en su cabeza, un intrincado cálculo concerniente a las investigaciones eléctricas que estaba realizando.

El problema hubiera resultado irresoluble para los más expertos matemáticos auxiliados por las máquinas calculadoras más modernas, pero dada la remarcable eficiencia de su entrenada mente, Doc podía realizar prodigiosos cálculos en el interior de su cerebro. Realizar proezas asombrosas de este tipo era algo habitual en él. Por lo tanto, los cálculos distrajeron a Doc de investigar a la vez la neblina de ceniza. Terminó su problema mental y se irguió en el vehículo.

Se fijó entonces en el juego de las chispitas eléctricas en la parte inferior de la nubecilla. ¡Era en verdad, asombroso! Titubeó un instante. Esperaba ver aparecer de un momento a otro a su viejo profesor de química; sin embargo éste no daba la menor señal de su presencia.

Con movimientos suaves y rítmicos abandonó entonces el «roadster». Los terrenos de los laboratorios estaban cercados con una valla de alambre, de unos tres metros de altura, coronada de

púas para impedir la entrada a los intrusos. La puerta de la verja se cerraba por medio de una cadena y un candado. Sin duda Jerome Coffern llevaba una llave.

Entonces sucedió una cosa sorprendente, que ponía de manifiesto la potencia física, la fuerza increíble y la agilidad del gigante bronceado. Pues simplemente saltó la valla. La altura superaba en más de sesenta centímetros el récord mundial de salto. Sin embargo, lo realizó con la mayor facilidad, mostrando que era capaz de un salto mayor. Cayó al otro lado con la ligereza de un gato.

Se dirigió hacia la extraña nubecilla gris. Al llegar a la hilera de altos arbustos, una figura bronceada pareció atravesar, volando, el follaje: no se movió ni una hoja, ni se sacudió ninguna rama, como si hubiese cruzado una sombra.

De pronto se detuvo. Delante de él surgió un hoyo en el sendero de cemento, como una excavación que llegase a la tierra. Y sobre la tierra negra se veía un trozo de metal retorcido, semejante a hojalata rellena. Junto al mismo yacían una mano y un antebrazo espantosos. Sobre la espeluznante muñeca había un reloj de pulsera.

Doc Savage examinó el reloj. En sus ojos bronceados aparecieron unas luces extrañas e inquietantes.

De repente un sonido fantástico se difundió en el aire. Era un sonido bajo, suave, gorjeante, reminiscente del canto de algún pájaro exótico de la selva, o el tono dúlcete del viento filtrándose por una ventana desprovista de hojas. Aún careciendo de tono, poseía sin embarco cierta melodía y, sin llegar a inspirar temor, poseía cierta cualidad de excitar e inspirar. Este sonido era parte de Doc: se trataba de un acto inconsciente que acompañaba sus momentos de profunda concentración. Brotaba de sus labios cuando trazaba un plan de acción, o en medio de una batalla, o cuando algún amigo suyo, sitiado y atacado perdía toda esperanza de salvación. Y al oír aquel sonido renacían sus esperanzas. El trino poseía la extraordinaria esencia de parecer emanar de todas partes, en lugar de un punto determinado: y aunque se mirara los labios de Doc no llegaba a saberse de donde provenía. El fantástico sonido brotaba entonces porque reconoció el reloj en aquel espeluznante fragmento de brazo.

¡Conoció al instante que la espantosa reliquia era una parte del cuerpo de Jerome Coffern!

El cerebro prodigioso de Doc Savage funcionó relampagueante. ¡Alguna substancia fantástica y desconocida, disolvió el cuerpo del famoso químico! El trozo de metal retorcido semejante a hojalata, evidentemente escapó a los efectos del material desintegrante.

Recogiéndolo, vio enseguida que se trataba de un recipiente en forma de cápsula, que se abrió al herir el cuerpo de Jerome Coffern. Era el proyectil portador de una substancia disolvente. El metal era de un tipo tan raro, que no pudo reconocerlo a simple vista, y se lo guardó en un bolsillo para analizarlo más adelante.

La gigantesca figura de bronce se volvió con rapidez y sus ojos de dorados destellos examinaron los arbustos sin escapar a su mirada ni una brizna de hierba. Distinguió que una oruga fue derribada de una hoja segundos antes, porque intentaba enderezarse, pues cayó de espaldas al suelo. Observó que, la hierba que fue pisada iba levantándose poco a poco. La hierba aplastada le indicó el camino que siguieron los pies de los fugitivos. Los indicios que le señalaban el rastro eran microscópicos y una persona con facultades menos desarrolladas, no se hubiera fijado en ellos.

Pero tales señales eran todas las pistas que Doc necesitaba. Squint y su compinche escaparon de los terrenos de los laboratorios por un agujero que cortaron en la alambrada de púas. Unos arbustos ocultaban el lugar. Doc no tardó en descubrirlo y penetró por la misma abertura.

Los fugitivos no podían estar muy lejos; ninguno de los dos era un modelo de limpieza y el olor de sus cuerpos flotaba en el aire. Lo natural era no darse cuenta, pero Doc Savage poseía un olfato superior al de los demás mortales, y lo usaba en los momentos críticos.

Atravesando por entre unos arbustos llegó a un camino poco frecuentado. A unos veinte metros de distancia, cinco hombres acababan de subir a un coche de turismo. El motor arrancó.

—¿Cómo se realizó el plan, Squint? —preguntó uno de los cinco.

Las palabras pronunciadas en voz alta a causa del zumbar del motor, llegaron a oídos de Doc Savage.

Y oyó, también la respuesta.

—¡Estupendo! —replicó Squint—. ¡El viejo Jerome Coffern está donde jamás podrá comprometernos!

Antes de que el coche recorriese unos doce metros Squint miró atrás, para ver si les seguían. Y lo que distinguió erizó sus grasientos cabellos.

El gigante bronceado daba alcance al automóvil que iba ganando velocidad. Squint habría apostado la cabeza que ningún caballo de carreras podría seguirles.

¡No obstante una figura humana, bronceada, ágil y rápida no solo sostenía aquella velocidad, sino que iba dándoles alcance!

El hombre de bronce estaba lo bastante próximo para verle los ojos, unos ojos extraños, como chispas de oro, que poseían el don de transmitir los pensamientos con tanta claridad como las palabras de sus labios. Y el mensaje de aquellas pupilas doradas le hizo bambolearse de espanto.

Uno de sus compañeros le asió por la chaqueta, salvándole de caer del coche, entonces chilló como si hubiese sido cazado en una trampa de acero.

Al oír el grito, todos los hombres, excepto el chofer, volvieron la cabeza. El terceto que esperó fuera de los terrenos de los laboratorios mientras Squint y su compinche asesinaban al insigne químico, estaba tan aterrorizado como ellos. Sus manos se alargaron hacia el suelo del coche y empuñaron sendas pistolas ametralladoras.

Víctimas del terror desconocido, apuntaron al Némesis de bronce que les perseguía y no tardaría en alcanzarles. Las armas escupieron plomo entre un estruendo ensordecedor. Pero ninguna de las balas mortales llegó a tiempo de alojarse en el cuerpo de su perseguidor.

Cuando el primer cañón surgió a la vista, comprendió el peligro y su gigantesca figura se dirigió como una flecha hacia la izquierda, y cuando brotó la primera descarga, ya los altos arbustos lo ocultaban.

Squint y sus compañeros dispararon al instante sobre los arbustos. Pero Doc Savage ya estaba a una docena de metros más allá de donde imaginaban.

—¡A todo gas! —gritó Squint, aterrado, al conductor.

—¿Qui…én e…ra? —cloqueó uno de los cinco.

—¿Qué sé yo? —gruñó Squint; luego, al conductor—. ¿No puede correr más, esta cafetera?

El coche de turismo avanzaba ya a toda velocidad. Al tomar un viraje, casi saltó a la cuneta; luego, dando media vuelta, se dirigió a hacia Nueva York, pasando delante de los edificios de los laboratorios.

El coche de turismo pasó como una exhalación delante de un potente roadster. Squint y sus compañeros no dieron importancia al coche. Pero la habrían dado, y mucha, de haber visto al gigante bronceado, que saltó la valla, de un salto formidable, y subió al coche.

Como una cosa amaestrada, el roadster de Doc Savage salió disparado. Las explosiones del motor se sucedían con tal velocidad, que se semejaban un agudo gemido. El cuentakilómetros marcaba sin cesar los cien, los ciento veinte y los ciento cuarenta kilómetros.

Doc distinguió a Squint y a sus cinco secuaces. El coche de turismo se aproximaba velozmente al puente de Washington. El uniformado empleado del puente se acercó para cobrar el derecho de tránsito, esperando que el coche detuviese su loca carrera.

Pero al cruzar por su lado, tuvo el tiempo justo de saltar, para no ser atropellado.

El «roadster» de Doc Savage pasó como un relámpago unos segundos después.

El indignado empleado, sin duda, telefoneó al otro extremo del puente, pues había un agente dispuesto a detener el coche. Sus gritos y gestos produjeron el mismo efecto que las cabriolas de un grillo delante de un toro embistiendo.

El coche de turismo se zambulló en Nueva York, virando hacia el Sur. Doc Savage no abandonó su persecución. Iba agazapado tras el volante, con una gorra encasquetada casi hasta los ojos, y conducía de manera tan experta, ocultándose tras los otros vehículos, que ni Squint ni sus compañeros advirtieron su presencia.

A unos centenares de metros, una sirena de la Policía gemía como alma en pena. Sin duda se trataba de un agente de tráfico persiguiéndoles en motocicleta, avisado por el vigilante del puente. Pero el agente no encontró ni rastro del coche denunciado.

La persecución prosiguió por Riverside Drive, el amplio y hermoso paseo que se extiende por la orilla del río Hudson. El coche de turismo penetró en una callejuela desierta y se detuvo delante de la décima casa. Los criminales miraron a su alrededor, sin ver a nadie. Levantaron las maderas del suelo de la parte trasera del automóvil y allí, en un compartimiento secreto, guardaron las pistolas ametralladoras.

—¡Depositad las pistolas ahí! —ordenó Squint—. Debemos tener mucho cuidado. Podría detenernos un guardia y lo pasaríamos mal, si nos encontrase estas armas.

—Pero ¿y ese fantasma de bronce? —murmuró uno, nervioso—. ¡Cielos! ¡Parecía alto como una montaña y más duro aún!

—¡Olvida ese pájaro! —replicó Squint, ya recobrado de su espanto. Soltó una risita burlona—. No pudo seguirnos.

En ese instante, un poderoso roadster penetró en la callejuela. Del conductor, tan sólo se veía la gorra echada sobre los ojos.

Squint y sus cuatro compañeros descendieron del coche de turismo. Para disimular el temblor de sus rodillas, hablaron en tono arrogante, al estilo de perdonavidas.

Con un chirrido de frenos, el roadster se detuvo junto al coche de turismo. El chirrido llamó la atención a Squint y sus ratas. Distinguieron a una figura gigantesca saltar como una exhalación del roadster.

¡Una figura de hombre que semejaba una estatua metálica animada!

Squint gimió:

—¡Maldición! ¡El fantasma de bronce…!

—¡Las ametralladoras! —lloriqueó otro.

Saltaron con la energía de la desesperación hacia el compartimiento secreto donde ocultaban sus armas. Pero el gigante de bronce se movió con increíble rapidez, interponiéndose entre los criminales y sus armas. Estos, al verse acorralados de tal forma, lanzaron chillidos de rabia y terror, demostrando su innata cobardía.

Eran cinco contra un hombre solo y, sin embargo, sin sus armas, se consideraban desamparados y perdidos. Dando media vuelta, huyeron despavoridos hacia la décima casa, como si pensaran que

allí estaba su salvación.

Pero Doc Savage, de dos saltos formidables, cruzó la acera y les cerró el paso. Uno de los pistoleros intentó pasar. El brazo izquierdo de Doc hizo un movimiento. Su mano extendida, una mano musculosa de la cual sobresalían grandes tendones, propinó un golpe en el rostro del atrevido. Fue como si una maza de acero pegase al individuo. Su nariz quedó rota; sus dientes se rompieron, y cayó hacia atrás, como un guiñapo. Pero no perdió el conocimiento. Quizás el terrible dolor de aquel golpe monstruoso impidió que se desmayara.

Doc Savage avanzó, lentamente, hacia los otros: se adelantaba seguro de sí mismo y esta confianza aterraba a Squint y sus secuaces. Los criminales tenían la impresión de que una muerte implacable avanzaba hacia ellos y que no escaparían del castigo. En los ojos dorados no asomaba el menor destello de misericordia. Dos de aquellos hombres inmunes asesinaron a su amigo Jerome Coffern, robando a la humanidad uno de sus más grandes químicos. Y por ese delito, serían castigados sin la menor compasión.

Los tres cómplices que no participaron directamente en el crimen, también sufrieron la furia de Doc, pues los juzgaba culpables.

El código de Savage era muy severo, pues administraba la justicia de manera inexorable, sin compasión, donde era merecida. La justicia de Doc se regía por unas leyes personales, que producían resultados asombrosos. Los criminales a quienes se la aplicaba, no ingresaban en la cárcel; o aprendían una lección que les convertía en hombres honrados por el resto de sus vidas, o… morían. Doc Savage no hacía las cosas a medias.

Profiriendo un grito de desesperación y espanto, un hombre saltó en dirección del coche de turismo y arrancó los tablones del suelo, bajo el cual estaban escondidas las pistolas ametralladoras. Era el individuo que ayudó a Squint a asesinar a Jerome Coffern.

Doc Savage lo sabía; la tierra blanda adherida a los zapatos del individuo y a los de Squint, confirmó sus sospechas; la tierra blanda provenía de los terrenos de los laboratorios de la compañía Mamut.

Dando un salto rápido, se lanzó sobre el asesino. Sus manos gigantescas y bronceadas, y brazos musculosos, sacaron al sujeto del

coche de turismo como si fuera un ratón. El hombre consiguió apoderarse de una pistola. Pero el dolor terrible de aquellos dedos metálicos que le trituraban las carnes, le impidieron utilizarla. Squint y los otros cobardes, intentaron refugiarse en la casa décima.

Levantando en peso a su víctima y blandiéndola como una porra, Doc Savage los hizo retroceder a golpes. Semejaba un gato gigantesco entre ellos.

Squint giró sobre sus talones y huyó, frenético, seguido de los otros tres, en dirección a Riverside Drive. El hombre que Doc sujetaba logró disparar su pistola; la bala rebotó a los pies de Savage, quien entonces alargó una mano bronceada. La víctima gritó cuando los dedos de acero hicieron presa en su muñeca. Pataleó, dio un manotazo al pecho de su aprehensor, desgarrando el bolsillo donde éste guardó la cápsula metálica que contuviera la substancia que disolvió el cuerpo de Jerome Coffern.

La cápsula del extraño metal rodó por el suelo, desapareciendo entre los barrotes del ventilador de unos sótanos.

III
Justicia marina



Doc Savage vio desaparecer la cápsula metálica. Dio un tirón a la mano de la víctima, y la pistola que éste empuñaba cayó al suelo. Pero el individuo, desesperado viéndose en peligro inminente, recogió el arma con la otra mano y colocó el caño en el costado de Doc. La vida de un hombre menos ágil que el joven Savage habría terminado allí, pero su mano de bronce salió disparada como una flecha, descargado sobre el rostro del pistolero, quien se retorció. Resonó un crujido y el asesino cayó desplomado, terminando allí su carrera.

Doc Savage pudo hacerlo antes, pero se abstuvo por una razón. La substancia fantástica que disolvió el cuerpo de Jerome Coffern, la descubrió un cerebro poderoso aunque loco. Ninguno de aquellos hombres ratas era capaz de algo más elevado que un repugnante y cobarde asesino. Tuvo el propósito de interrogar al asesino y averiguar quién le empleaba.

¡Pero era imposible entonces! Y Squint y los otros tres ya casi llegaban a Riverside Drive.

Se dirigió de un salto hacia el ventilador de los sótanos y distinguió la cápsula de extraño metal. Sus manos poderosas asieron los barrotes de hierro. El enrejado metálico sólo se ajustaba por la parte exterior y no presentaba grandes dificultades. La pesada reja fue levantada en un momento, con un fuerte chirrido, pues su larga permanecía a la intemperie había enmohecido los goznes. Penetró por la abertura y recogiendo la cápsula metálica, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Squint y su terceto cruzaron Riverside Drive, esquivando el tráfico, y luego saltaron un muro que se extendía por la orilla del río. Corriendo con facilidad, pero con velocidad engañadora, Doc les persiguió, llegando, al fin, al parapeto de piedra. La orilla del río descendía en una pendiente tan pronunciada, que la hierba y los arbustos apenas hallaban tierra donde echar raíces. En el fondo, a unos centenares de metros, ya al otro lado de la vía férrea, se hallaba el río Hudson. Squint y sus tres hombres descendían dando tumbos en su frenética huida.

En uno de los muelles desvencijados de la orilla del río, había anclado un antiguo barco velero de tres mástiles, pintado de color chillón. El casco estaba perforado por numerosas portas de baterías, por las cuales asomaban unos cuantos cañones prehistóricos. El viejo velero tenía un aspecto truculento y siniestro. La cámara de cubierta ostentaba un rótulo descomunal que decía:

EL ALEGRE BUCANERO
Antiguo barco pirata
(Entrada: 50 centavos)

Doc Savage saltó el parapeto de piedra y, sosteniendo milagrosamente el equilibrio, descendió por la pronunciada pendiente. Squint y sus compinches corrían en dirección al viejo barco pirata. Doc Savage conocía la historia de la vieja embarcación que ancló en aquel lugar hacía poco tiempo, para ser explotada como una atracción sensacional. Los instrumentos diabólicos de tortura que los antiguos piratas empleaban sobre sus cautivos, constituían una de las principales atracciones. Se suponía que la embarcación pirata estaba llena de trampas mortales. Entre éstas existía una trampa que obligaba que un incauto caminante cayese por cierto pasillo sobre un lecho de puntiagudas espadas. Desde luego, la trampa no funcionaba ahora.

Squint y sus hombres llegaron al barco pirata con unos doce metros de ventaja sobre Doc. El último hombre quitó la planchada que servía de escala. Pero ello no fue obstáculo para Doc Savage, pues dando un salto formidable, subió a la barandilla del muelle. Permaneció allí un instante, como un monstruo de bronce.

Squint y los otros penetraban en la cámara de mando. Doc saltó de la barandilla a cubierta. Resonó el estampido de un tiro de revólver. ¡Squint y sus hombres habían encontrado armas en el interior! Doc vio aparecer el cañón de una pistola y, serpenteando, esquivó el tiro. Un cabestrante de madera y hierro, grueso como un barrililllo, le proporcionó un refugio momentáneo. Desde allí, dando un salto rápido llegó a la boca de una escotilla abierta, descendiendo con suavidad y deslizándose después hacia popa.

La bodega era un museo espeluznante, verdadera exposición de los crueles métodos de los piratas. Había estatuas de viejos bucaneros de rostros malvados, empuñando espadas; Figuras de víctimas tendidas o arrodilladas; varios cuerpos decapitados en medio de charcos de cera roja, representando sangre seca; otras desprovistas de orejas o brazos. Una figura de una hermosa mujer, colgaba, encadenada, del techo.

Doc atravesó un pasillo donde había espadas, alfanjes y picas colgadas de las paredes. Asaltándole una idea, cogió una pica y un curvado alfanje. Las armas eran de acero pesado y muy bien templadas. Volviendo sobre sus pasos, divisó a uno de los hombres escudriñando por la boca de la escotilla. El individuo, al distinguir su figura bronceada, disparó su revólver. Pero Doc se desplazó a tiempo y, casi simultáneamente, la pica salió disparada de su largo brazo. La punta de afilado acero se alojó en el cerebro del pistolero, cayendo éste de cabeza en la bodega, rebotando contra una estatua de cera, que rodó por el suelo. Durante aquella fracción de segundo, Doc se ocultó en un lugar situado debajo de la escotilla, desde donde percibió unos ruidos débiles, indicadores de que uno o más de los pistoleros se acercaban.

De repente, una mano delgada empuñó un revólver sobre el borde de la escotilla. El arma estalló repetidas veces, tiroteando diversas partes de la bodega. La poderosa figura de Doc surgió del suelo. El alfanje de filo de navaja asestó un golpe y la mano empuñando el revólver se desprendió del brazo a que pertenecía, completamente amputada. El mutilado lanzó un chillido espeluznante y se desplomó, ensangrentado y gimiente, sobre cubierta. Dando otro salto, Doc asió el borde de la escotilla con la mano izquierda y luego saltó al exterior. El mutilado se retorcía,

gimiendo de dolor, por la cubierta del barco.

El tercer pistolero huía, espantado, hacia la entrada de la cámara de cubierta y volviendo la cabeza, divisó a Doc. Fue a disparar, pero su arma no estaba aún en disposición de hacerlo, cuando el pesado alfanje, lanzado por Doc, le atravesó de parte a parte. Murió presa de horribles contusiones en el mismo lugar donde se desplomó.

Squint disparó con precipitación desde dentro de la cámara, errando el tiro. Y cuando la figura bronceada se lanzó en su persecución, huyó, aterrado, por el primer camarote de la cámara de mando, que tenía un mamparo sólido y una puerta gruesa, que cerró tras sí. Doc Savage golpeó la puerta, pero sus gruesos tablones eran demasiado sólidos, hasta para su fuerza terrible. Había una gran hacha de abordaje entre las armas depositadas en el primer camarote y podía derribar con ella la puerta, pero no lo hizo. Regresó al lado del pistolero de la mano mutilada.

El *gángster* se retorcía, gimiendo aún sobre cubierta. El justiciero le contempló, meneando la cabeza en señal de sentimiento.

Doc Savage, por encima de todos sus otros conocimientos, era un gran médico y cirujano. Había estudiado con los grandes maestros en las clínicas más importantes del mundo. Y luego, gracias a sus propios esfuerzos, aumentó sus conocimientos de una manera increíble. Su padre le educó desde la niñez para el ideal que representaba una vida de abnegación dedicada al servicio de la humanidad, yendo de un extremo al otro del mundo, buscando emociones y aventuras, auxiliando a los necesitados, y castigando a los que lo merecían: tal era la noble finalidad de Doc Savage. Toda su maravillosa educación se encaminaba a ese fin. Y su instrucción empezó con la medicina y la cirugía. En esas dos materias era, sobre todas las cosas, más experto. En consecuencia, comprendió que el hombre agonizaba. El individuo era un cocainómano.

La impresión de la pérdida de una mano terminaba una carrera que, de todos modos, hubiese terminado de una manera vil, dentro de un año o dos, a lo sumo.

Se arrodilló junto gángster quien, al ver que no lo iban a lastimar más, se aquietó un poco.

—¿Te alquilaron para matar a Jerome Coffern? —le preguntó,

con voz tranquila e imperiosa.

—¡No, no! —gimió el moribundo; pero la expresión de su pálido rostro desmentía su declaración.

Doc Savage permaneció un momento callado. Utilizó la influencia magnética de sus ojos dorados, para obligarle a confesar la verdad.

Era, en verdad, maravilloso lo que podía hacer con sus ojos. Había estudiado con los grandes maestros del hipnotismo y recorrido la India y el Extremo Oriente, para aprender de los *fakires* y de los cultos místicos orientales.

Cuando le interrogó por segunda vez, la influencia hipnótica obligó al moribundo a confesar la verdad.

—¿Qué es esa substancia extraña que disolvió el cuerpo de Jerome Coffern? —inquirió.

—Se llama el Humo de la Eternidad —gimió el moribundo.

—¿De qué está hecha?

—Lo ignoro. Ninguno de nosotros lo conoce. Nos dan el Humo de la Eternidad para que lo usemos. Nunca nos dan más que un cartucho a la vez. Y… reci…bimos ordenes acerca de sobre quién debe usarse.

El hombre agonizaba. Con rapidez, Doc interrogó:

—¿Quién os la da?

Los labios delgados se entreabrieron. El hombre se ahogó. Pareció intentar pronunciar un nombre empezando con la letra «K».

Pero murió antes de pronunciar el nombre.

De los cinco pistoleros que fueron a Nueva Jersey a matar a Jerome Coffern, sólo quedaba uno vivo: Squint.

Como un gigante de venganza, Doc Savage se dirigió a la popa del extraño y antiguo barco pirata. Squint debía estar allí en alguna parte.

Se detuvo una o dos veces, arrimando el oído a los tablones de la cubierta.

Percibió una infinidad de sonidos, entre ellos, el de las olas lamiendo el casco del barco y de ratas corriendo por la bodega.

Oyó, al fin las pisadas sigilosas de Squint.

Descendiendo con suavidad, como una sombra metálica silenciosa, puso los pies en un viejo remo de unos ochenta kilos de

peso y unos cuatro metros de largo y al instante lo recogió.

El remo le salvó de la muerte o de alguna lesión grave breves instantes después.

Recordó lo que leyó en un periódico dominical. El artículo hablaba de la existencia de una trampa en un pasillo, una trampa que precipitaba al incauto sobre un lecho de espadas de punta.

Se imaginó que tal vez haría funcionar aquella trampa. No se equivocó.

Por lo tanto, cuando el suelo del pasillo se abrió, de improviso, bajo su peso, no fue un accidente el que el remo de cuatro metros le impidiera caer sobre las espadas en punta del fondo.

Es probable que algún viejo pirata ideara aquella trampa para matar a algunos de sus compañeros a quienes odiara.

Con un movimiento rápido, colocó el remo a través del boquete y después de pasar al otro lado, lo recogió de nuevo.

Squint acechaba tras una puerta situada en el extremo del pasillo y, al oír el ruido de la trampa al abrirse, pensando que Doc estaba liquidado, profirió un fuerte grito de alegría.

Doc oyó el grito y para engañarle emitió un gemido real, la clase de lamento que un hombre agonizando sobre aquellas puntas de espadas podía haber proferido.

Engañó a Squint, que abrió la puerta del pasillo.

Pero antes de que la puerta se abriera de par en par, lanzó el remo, con el propósito deliberado de no dar en el pistolero.

El pesado remo destrozó los maderos de la puerta con horrísono estruendo.

Squint giró sobre sus talones, huyendo como alma en pena, tan aterrado, que ni siquiera se detuvo a disparar su pistola.

Debió recibir una sorpresa mayúscula cuando las manos poderosas de Doc no hicieron presa mortal en su cuello.

Es probable que se considerase un maestro de estrategia, cuando llegó a cubierta sin ver señales de su perseguidor.

No sospechó que éste le dejó escapar adrede. Abandonó al instante, de manera furtiva, el barco pirata. Miró repetidas veces hacia atrás, pero no divisó al terrible Némesis de bronce.

—¡Lo burlé! —rió, casi sollozando de alivio.

Mientras se alejaba, seguía mirando atrás sin distinguir la menor

señal de su terrible enemigo.

En realidad, Doc Savage se adelantó, llegando a tierra antes que el pistolero.

Esperaba que éste lo conduciría, sin sospecharlo hacia el cerebro siniestro que ordenó la muerte de Jerome Coffern.

IV
El nido del mal



Squint subió a Riverside Drive y esquivando el tráfico, cruzó al otro lado. Doblando hacia el Sur se dirigió con rapidez al metro de Broadway.

Doc vio como Squint esperaba en la puerta de un coche hasta que todas las demás se cerraran, impidiendo que funcionara el mecanismo automático de cierre y como luego satisfecho de su astucia, dejó que la puerta se cerrara. El tren se puso en marcha.

Corriendo con rapidez, Doc se acercó a la ventanilla de un coche y como una flecha se zambulló en el interior. El tren penetró en el túnel entre un ensordecedor estruendo. Squint se apeó en Times Square, confundiéndose entre el gentío. Luego entró en un rascacielos por una puerta salió por otra. Cambió de taxi un par de veces antes de dirigirse a su destino.

Invisible, sin que Squint ni siquiera sospechase su presencia, una gran sombra bronceada le seguía los pasos. El *gángster* llegó a la callejuela desierta, donde delante de la décima casa, se amontonaba un gentío. Hacía ya algún tiempo que una ambulancia se llevó el cadáver del hombre cuyo cuello Doc Savage se vio obligado a fracturar. No obstante, la policía halló el escondite de las pistolas ametralladoras bajo los tablones del coche de turismo. Un enjambre de curiosos examinaba las siniestras armas. Un policía tomaba el número del coche.

Squint soltó una risita. Los agentes no llegarían a saber nunca que ese automóvil lo condujo él, pues fue robado en un Estado del Oeste.

—¡Que intenten averiguarlo! —se mofó.

Luego fijó su mirada en el roadster de Doc Savage y su repulsiva sonrisa se heló. Vio el número que constaba de una sola cifra. Únicamente a los personajes de mucha importancia se les otorgaban números tan bajos. El pistolero se estremeció al pensar en el terrible gigante de bronce.

«¿Quién sería aquel aterrador personaje?». Squint nunca había oído hablar de Doc Savage, porque éste no aparecía jamás en las columnas de los periódicos. En verdad, la inteligencia de Squint no tenía un grado suficiente para poder llegar a conocer a Doc. Pero algunos de los ciudadanos más inteligentes de Nueva York habrían podido decirle a Squint muchas cosas asombrosas sobre el gigante bronceado. Más uno tenía contraída una deuda de gratitud con Doc Savage por servicios prestados. El caudillo político, el hombre más influyente del gobierno de la ciudad, debía su vida a la mágica pericia de Doc como cirujano. Una delicada operación del corazón le arrancó de las puertas de la muerte.

Squint no penetró en la décima casa, sino en otra cercana. Subiendo a tientas por unas escaleras oscuras, llegó a la puerta que daba a la azotea y la abrió. Salió al exterior, cerrando con suavidad la puerta tras sí. No observó que ésta se abría ni sospechó, remotamente, que un par de ojos sagaces observaban todos sus movimientos.

El pistolero, saltando de azotea en azotea, se dirigió a la décima casa y se zambulló por una especie de trampa. Apenas había desaparecido cuando la figura silenciosa de Doc Savage saltó las azoteas en su persecución y aplicando luego al oído a la trampa, percibió como Squint descendía por un pasillo situado en la parte trasera. Oyó, después el suspiro de alivio del pistolero.

—¡Es imposible que nadie me escuche! —murmuró.

La ventana chirrió. Con rapidez y sin el más leve ruido, Doc se inclinó sobre el borde de la azotea, descubriendo una pared de superficies lisas, donde hasta un murciélago encontraría dificultad en sostenerse. Las profundas ranuras de los ladrillos eran el único medio de sostenerse en tan peligrosa posición. Los acerados dedos de Doc se clavaron en una de las ranuras. Sus tendones infatigables lo soportarían durante horas. Sus pies tantearon la pared y por fin

hallaron una saliente que le permitiría apoyarlos, en una posición más cómoda. Una persiana vieja y desvencijada le permitió observar el interior por una de sus grietas, al mismo tiempo que se enteraba de la conversación.

Se reunían en aquella mísera habitación más de doce hombres; unos, de cuello de toro y corpulentos; otros, flacos y con el inconfundible aspecto de cocainómanos. Eran una docena de *gangsters* peligrosos y sin escrúpulos de ninguna clase. Squint permanecía de pie ante ellos, fanfarroneando y apostillando sus palabras con maldiciones, para encubrir su nerviosidad.

—¡Ahora callaos, mientras llamo al amo! —gruñó.

Se dirigió hacia la pared, donde se veían numerosas armas y oprimiendo en cierto lugar, se abrió un entrepaño secreto disimulado por las grietas. Sacó un teléfono que evidentemente no formaba parte de la línea telefónica del sistema corriente de la ciudad.

—¿Kar? —preguntó—. Habla Squint.

En la parte exterior de la ventana, los labios bronceados de Doc Savage formaron la palabra «Kar». El moribundo del barco pirata, al intentar nombrar el jefe de la banda que les entregaba la misteriosa substancia disolvente, llamada «Humo de la Eternidad», inició un nombre que empezaba con «K».

—¡Kar era ese nombre!

—Si —decía Squint—. Suprimimos a Jerome Coffern, como nos ordenó. —Hizo una pausa para humedecerse, nervioso, los labios, y luego añadió—: Tuvimos un… poco de mala suerte.

Squint era asombrosamente modesto. ¡Sus cuatro compañeros habían muerto violentamente y él escapó por milagro con vida e informaba que tuvieron un poco de mala suerte! En respuesta a una pregunta brusca de Kar, explicó, de mala gana la naturaleza del insignificante contratiempo. Las palabras que oyó de Kar, fueron tan violentas, que hasta llegaron a oídos de Doc Savage. Fueron seguidas a una larga serie de órdenes, transmitidas en voz tan baja, que los oídos extraordinariamente sensitivos de Doc, no oyeron ni una sola palabra.

Squint colgó el receptor, cerrando luego el entrepaño secreto. Encendiendo un cigarrillo, afrontó a los pistoleros reunidos.

—Kar ordena os cuente todo lo sucedido —dijo, en tono arrogante—. Dice que trabajaréis mejor, si estáis bien enterados de todo. Asegura que eso os indicará lo que os conviene.

Hizo una pausa para exhalar una bocanada de humo que se elevó hacia el techo. Pero, al parecer, el humo le recordó la fantástica disolución del cuerpo de Jerome Coffern y haciendo una mueca, tiró el cigarrillo al suelo.

—Es la primera vez que nos reunimos —dijo a los hombres—. Cada uno de vosotros recibió mi orden de venir aquí. Os conozco perfectamente. Sois hombres de confianza y por eso os hago partícipes del golpe más formidable que jamás se ideó.

—Bah —gruñó un pugilista de cuello de toro—. Habla de una vez y no nos vengas con tantas finuras.

Squint desdeñó el tono despectivo del interruptor.

—Seguro que os hablaré claro —se mofó—. Acabáis de oírme hablar al jefe. Se llama Kar y ese teléfono comunica con su guardia secreta. Ignoro dónde está y ni siquiera le conozco.

—¿No sabes quién es el jefe? —murmuró el otro *gángster*.

—No.

—Entonces ¿Cómo…?

—¿Cómo me relacioné con él? —sonrió Squint—. Pues muy sencillo; me telefoneó, diciéndome que había oído que yo era un hombre de pelo en pecho y me preguntó si quería participar en el golpe más grande que se ha concebido. Respondí que sí y os aseguro que vale la pena. Esta aventura es la más tentadora del mundo.

—¿De qué se trata? —preguntó el otro.

—¿Qué os parece un millón de dólares para cada uno de vosotros, dentro de un año? —preguntó Squint, en tono dramático.

Los *gangsters* quedaron estupefactos.

—Un millón…

—Exacto —declaró Squint—. ¡Quizá más! El millón está garantizado. Mañana cobraréis cincuenta mil dólares a cuenta. ¿Cincuenta billetes de mil dólares para cada uno? Pero antes de hablaros más, quiero saber si puedo contar con vosotros. Sé muy bien que no podéis dar el soplo a la policía, pues seríais suprimidos si lo intentaseis. Y si aceptáis recibiréis mis órdenes; yo las recibo

de Kar. Soy una especie de jefe de paja, ¿comprendéis?

—¡Cuenta conmigo! —exclamó el *gángster* de cuello de toro.

Como moscas a la miel, los otros ofrecieron sus servicios con todo entusiasmo.

—Se trata de lo siguiente —explicó Squint.

—Ése Kar ha descubierto una substancia que él llama Humo de la Eternidad. Es algo desconocido de todo el mundo: unas gotas de esa substancia, son capaces de disolver el cuerpo de un hombre, convirtiéndolo en un humo muy feo. Y como a un ser humano, también disuelve el ladrillo, el metal y la madera, es decir, casi toda clase de materia imaginable.

La asamblea de los *gangsters* reflexionó unos instantes acerca de las palabras de Squint. Era una cosa incomprensible para ellos y el pistolero de cuello de toro expresó los pensamientos de todos los reunidos.

—¡Estás loco de remate! —exclamó, lanzando una risotada.

Enrojeciendo, Squint profirió una maldición y agitó el puño.

—¡Yo no estoy loco! —rugió—. El Humo de la Eternidad es capaz de eso y mucho más. No sé qué clase de substancia es: sólo conozco su poder, porque mis ojos lo han visto. Y puede convertir en humo la puerta de la cámara acorazada más grande de un Banco.

Los otros *gangsters* continuaban escépticos.

—¿Nos comprendéis lo que significa poseer un arma como ese Humo de la Eternidad? —gruñó Squint—. Significa que podemos entrar en cualquier cámara acorazada y apoderarnos de lo que se nos antoje. ¡Escuchad, zopencos! ¡No estoy loco ni miento!

En aquel momento se oyó el grito de un vendedor de periódicos.

—¡La desaparición del cuerpo de un químico famoso! —voceaba —. ¡La desaparición misteriosa!

Squint soltó una risa maligna. Indicando con un brazo a uno de sus oyentes, ordenó:

—¡Compra un periódico a ese muchacho! —El hombre obedeció, regresando un instante después.

El periódico encabezaba con grandes titulares la historia del hallazgo de la mano y brazo derechos de Jerome Coffern en los terrenos de la compañía Mamut, de Nueva Jersey.

—Supongo que ahora me creeréis —exclamó Squint, con desdén

—. Yo empleé un poco de ese Humo de la Eternidad sobre Jerome Coffern, que se evaporó por completo, a excepción de la mano, que es probable no desapareciera por falta de suficiente substancia.

La expresión de los rostros malignos de los *gangsters* mostró que cambiaban de opinión. Ya no creían que Squint estuviese loco o mintiese.

—¿Por qué suprimiste a ese Jerome Coffern? —preguntó un pistolero.

—Kar lo ordenó —declaró Squint—. Y me dijo también el motivo, pues el jefe cree necesario que sus hombres conozcan por qué se hacen las cosas. Lo único que no revela es su identidad. Nadie la sabe. Hizo matar a Jerome Coffern porque éste era el único hombre que podía decir a la policía quien es Kar.

—Jerome Coffern conocía a Kar ¿eh? —murmuró un hombre.

—Debía conocerle —Squint encendió otro cigarrillo—. Ahora escuchad mis órdenes. Mañana saldrá una expedición de oro para Chicago: unos dos millones de dólares. A un centenar de millas de Nueva York, levantaremos la vía, y utilizaremos ese Humo de la Eternidad para suprimir la escolta y entrar en el coche acorazado. De esos dos millones, cada uno de vosotros cobrará cincuenta mil dólares. El resto del oró irá a parar a los fondos de explotación de Kar.

Los ojos de los *gangsters* brillaron codiciosos. Aunque Squint aseguró participarían en una serie de grandes golpes, sólo conocían la existencia del Humo de la Eternidad y el hecho de que asaltarían un tren portador de una expedición de oro. No tenían la menor idea de la personalidad de Kar. Si esos hombres cayeran en manos de la policía, no podrían declarar quién los dirigía. Es cierto que se frustraría el robo del cargamento de oro. Pero el jefe supremo de la banda quedaría libre.

Sonó débilmente el teléfono secreto. Squint se dirigió presuroso al aparato. Recibió más órdenes de Kar. Su rostro delgado y repulsivo parecía preocupado cuando colgó el receptor y cerró el entrepaño oculto.

—¡Maldición! —gimió—. Kar tiene otro golpe para nosotros antes del asalto al tren del oro.

Los otros miraron a Squint y vieron que estaba asustado.

—¡Ese gigante diabólico bronceado que me ha dado tantos disgustos! —murmuró Squint—. ¡Kar dice que debemos liquidarlo como a Jerome Coffern! Ese demonio bronceado se llama Doc Savage y el jefe está echando chispas porque permití que me siguiera el rastro. Dice que es lo peor que pudiera haber sucedido.

—¡Un individuo no debe preocuparnos mucho! —se mofó el pistolero del cuello de toro—. ¡No gallearías tanto, si hubieses visto en acción a ese gigante bronceado! —gimió Squint—. ¡No es un ser humano! ¡Actúa más rápido que un tigre! Exterminó a mis compañeros, como si castañetearas los dedos.

—¡Tonterías! —resopló el otro—. ¡Llévame dónde está ése! Todavía no he encontrado el hombre a quien yo no pudiera vencer.

Squint se pasó una mano por la frente.

—Marchaos todos —ordenó—. Id a vuestras viviendas y aguardad allí. Kar sabe dónde encontraros, pues yo se lo dije. Esperad sus órdenes o las mías.

Al empezar a desfilar, agregó tras un instante de reflexión:

—Recordad que el jefe dispone de otros elementos que trabajan para él, aparte nosotros. Yo mismo ignoro quienes son. Pero dispone de otros hombres, y si alguno de vosotros va con el soplo a la policía, es seguro que sería liquidado de manera fulminante.

Los *gangsters* desaparecieron; ninguno de ellos traicionaría. Squint, al quedarse solo, se acercó al teléfono secreto.

De repente sus oídos percibieron un sonido suave y extraño, un gorjeo, como el canto de un misterioso pájaro de la selva. Era una nota sin parangón en el universo, melodiosa pero sin tonada definida. Poseía la cualidad singular de emanar de todas partes a la vez, como si el aire de la habitación lo originara. El sonido del trino aterró al alma maligna de Squint, quien giró sobre sus talones desorientado. De sus labios brotó un grito espantoso. Pues la desvencijada ventana se alzó en silencio y luego, también sin el menor ruido, se descorrió la raída cortina. Allí, como un gigantesco pájaro de venganza, sobre el antepecho de la ventana, surgía la sentencia de Squint.

—¡Doc Savage! —gimió el hombre rata.

Convulsivo, empuñó el revólver que encontró a bordo del barco pirata. Las poderosas manos de Doc Savage cogieron una mesa y

ésta partió, disparada, como si la impulsara un cañón. Descargando de lleno sobre el pistolero, le aplastó contra la pared. El cuerpo del *gángster* rodó por el suelo, entre las astillas de la mesa.

Doc Savage se deslizó hacia el teléfono secreto y poniéndose el receptor al oído, escuchó. De sus labios surgió el fantástico gorjeo: la cosa diminuta e inconsciente que hacía en los momentos de profunda concentración. La singular nota parecía saturar todo el aire de la habitación. Por línea secreta telefónica se oyó un sonido semejante a un rugido de terror y de rabia. Luego el receptor resonó al colgarse el otro en el extremo de la línea.

¡Probablemente pasaría mucho tiempo antes que el maligno Kar olvidase aquel fantástico gorjeo! ¡Le perseguiría como una pesadilla hasta en sus sueños!

V
El amigo de Jerome Coffern



Doc Savage colgó el receptor del teléfono secreto, cerrando luego el entrepaño. Abandonó la habitación con igual silencio como entrara: Por la ventana dirigiéndose a la calle.

El grupo de curiosos iba dispersándose. No oyeron el grito de agonía del bandido muerto.

No se acercó a su roadster, aunque sus ojos agudos no descubrieron ninguna señal de que los pistoleros de Kar le vigilasen. Se dirigió hacia el lado de Central Park.

Una vieja medio ciega y harapienta, le alargó un puñado de periódicos de última hora. Se detuvo y tomó uno. Miró los ojos de vieja. Su diagnóstico experto le indicó que no la podía curar más que un especialista. Anotó un hombre y unas señas y después de firmar el papel, se lo entregó a la viejecita. El nombre era el de un eminente oculista que la curaría, pero cuyos honorarios constituían una pequeña fortuna. Más, al leer el nombre de Doc Savage, el famoso oftalmólogo, gustosamente curaría a la pobre vieja.

Luego sacó del bolsillo un billete de banco. La viejecita permaneció un largo rato con templando el billete pegado a los ojos; luego prorrumpió a llorar, pues era más dinero del que reuniera en toda su vida.

Este incidente no guardaba relación con el asunto que debía solventar con Kar, excepto que deseaba ver lo publicado respecto a la extraña muerte de Jerome Coffern. El periódico no llevaba nada nuevo.

Luego penetró en una casa y tomando el ascensor, subió al piso

veinte, donde Jerome Coffern había vivido en un modesto piso de tres habitaciones, casi completamente lleno de libros científicos. La puerta cerrada con llave cedió al instante al manipular Doc con pericia un gancho formado con la hebilla de su cinturón. Entrando, permaneció unos instantes en suspenso y giró sus ojos en torno de la habitación.

Coffern tenía en gran estima sus libros y acostumbraba colocarlos a cierta distancia de la pared; sin embargo, entonces no estaban de la misma forma. Acostumbraba a tener algunos libros de química encima de la mesa, también puestos de cierto modo que Doc conocía. ¡Y en aquel momento no guardaban la simetría con que los dejara su dueño!

La habitación sufrió un minucioso registro. Examinó con rapidez el lugar: sus dedos ágiles y sus ojos sagaces, no pasaron por alto nada. Halló la prueba del registro en la máquina de escribir. El famoso químico puso una cinta nueva a la máquina antes de redactar un documento extenso. La máquina escribió a todo lo largo de la cinta virgen y, luego, de vuelta, un trozo bastante largo. Pero donde no se volvió a escribir, se veían con claridad las letras.

Leyó:

«DECLARACIÓN A LA POLICÍA».

En vista de un incidente reciente en que una bala me pasó rozando, he llegado a la conclusión de que se intenta asesinarme. Además sospecho que mi asaltante es culpable por lo menos de otro asesinato. Comprendo que debiera haberme dirigido a las autoridades pero la naturaleza fantástica horrible, de la cosa, me hizo dudar de mis propias sospechas.

Ésta es mi historia:

Hace cosa de un año efectué una expedición científica a Nueva Zelanda con Oliver Wording Bittman, el taxidermista, y Gabe Yuder. De Nueva Zelanda, un viaje a la Isla del Trueno fue…

Aquí, ante la decepción de Doc, terminaba el relato. El resto era ininteligible. Pero evidentemente Jerome Coffern fue hombre de

pocos amigos íntimos y en sus papeles personales no se hacía referencia a nadie llamado Kar. Recordó que Oliver Wording Bittman era un taxidermista especializado en la preparación de animales raros para los museos. Pero el nombre de Gade Yuder no le era familiar. Conocía las señas de Bittman; habitaba en una casa situada dos manzanas más arriba.

No logrando descubrir nada de interés, se dirigió a entrevistarse con Bittman; era posible que éste hubiese oído hablar de Kar por mediación de Jerome Coffern. Subiendo en el ascensor, trató de recordar cuanto sabía del taxidermista. El nombre no le era desconocido. Exhibía en una sala del Museo Smithsonian una importante colección de animales raros. Las paredes de varios clubs y hoteles famosos estaban adornadas con diversos trofeos que él instalara. También recordó que su padre habló una vez en sentido favorable de Bittman. Era un hombre casi tan alto como Doc, pero de una delgadez esquelética. Si una mandíbula prominente denota carácter, era innegable que el profesor poseía un temple sorprendente. Sus ojos eran oscuros y brillaban resueltos: el cabello negro como la endrina; cutis quemado y curtido por el sol y el viento de muchos climas. Vestía con sencilla elegancia, un traje marrón de corte impecable.

Bittman encendía un aromático cigarrillo cuando Doc penetró en la habitación.

—Usted es Doc Savage —saludó al instante—. Es, en verdad, un gran honor.

Doc asintió con un movimiento de cabeza pero le sorprendió ser reconocido y, al parecer, Bittman adivinó su extrañeza.

—Quizá extrañe que le conozca —sonrió el taxidermista—. Pase a mi biblioteca y le daré la respuesta.

Entraron en dicha habitación. Bittman juzgaba su obra artística y decorativa, y, en verdad, era un experto en la profesión. Adornaban las paredes muchas docenas de trofeos de animales raros. Un oso gigantesco de Alaska estaba instalado en un rincón, y parecía vivo. Por el suelo, se veían muchas pieles, formando una alfombra. Llegaron a un gran cuadro que colgaba en la pared. En la parte inferior de la pintura había parte de una carta. El cuadro representaba al padre de Doc Savage y la semejanza entre el padre

y el hijo era muy marcada.

Doc se acercó a leer la misiva que consistía en una carta de su padre, dirigida a Oliver Wording Bittman. Decía:

A usted, mi querido Oliver, no puedo expresarle lo suficiente mi agradecimiento por la ocasión reciente en que me salvó la vida. Gracias a su certera puntería, hoy puedo demostrarle mi gratitud.

Ante mí tengo la piel de león que seguramente me hubiera matado, de no ser por su rápido disparo. Acabo de recibirla y debo decirle que la obra es una de las mejores muestras del arte taxidermista que jamás vi. La guardaré como un tesoro.

También recordaré con alegría mi asociación con usted en nuestra reciente expedición africana.

Le saluda con sincero afecto, su amigo, Clark Savage.

La nota emocionó con sincero afecto a Doc. El dolor por la muerte de su padre estaba vivo aún, pues ocurrió hacía poco tiempo. Su padre fue asesinado. Alivió algo la pena lacerante cuando se puso en persecución del asesino siguiéndole el rastro que le condujo a Centro América, y terminó en un acto de justicia implacable contra el asesino, así como sus peligrosas aventuras en compañía de los cinco amigos que le acompañaron.

Ofreció la mano a Bittman, diciendo:

—Cualquiera que fuera la deuda de gratitud que mi padre tenía contraída con usted, puede considerar que me juzgo también su deudor.

El sabio sonrió, estrechando con firmeza la mano. A los pocos minutos, la conversación giró en torno a la amistad que le unía a Jerome Coffern.

—En efecto, conocía a Coffern —declaró el taxidermista—. Realizamos juntos esa expedición de Nueva Zelanda. ¡Dice usted que ha muerto! ¡Qué terrible desgracia! ¡Debe castigarse a sus asesinos!

—Cinco de ellos ya recibieron su merecido —replicó Doc—. Pero el jefe de la banda que ordenó el asesinato, está aún libre. ¡Ha

de ser castigado! Se trata de un hombre llamado Kar. Yo esperaba que usted pudiera facilitarme alguna información; o que, por lo menos, me indicara dónde puede hallarse a Gabe Yuder, el otro miembro de la expedición.

Oliver Wording Bittman permaneció unos minutos silencioso. Sus ojos estaban velados en profundo pensamiento.

—¡Gabe Yuder! —murmuró—. ¿Podría ser este hombre? Era un individuo sospechoso. No tengo la menor idea de lo que se hizo del él, después de nuestro regreso. Permaneció en Nueva Zelanda y creo que tenía el propósito de regresar aquí más adelante.

—¿Quiere hacer el favor de describírmelo?

Bittman habló en frases cortas, dando una descripción excelente:

—Gabe Yuder era un joven de unos treinta años; robusto, de tipo atlético. Tenía el rostro colorado; boca grande; el labio inferior hendido por la cicatriz de una cuchillada. Sus ojos estaban siempre inyectados de sangre y eran grises recordando la parte inferior de una serpiente. Tenía el pelo cetrino. Su voz era fuerte y grosera. Yuder era un individuo de maneras imperiosas y autoritarias. Tenía los nudillos llenos de cicatrices de golpear a la gente y pegaba a los nativos por el placer de hacerlo. Era una combinación de químico e Ingeniero electricista. Se unió a nuestra expedición con el propósito de buscar petróleo.

—Por la descripción, parece un sujeto de cuidado —comentó Doc—. ¿Puede decirme algo de ese Humo de la Eternidad?

—¿El Humo de la Eternidad? ¿Qué es eso? —preguntó Bittman con extrañeza.

Doc titubeó. No había ningún motivo para no hablar del terrible compuesto disolvente que destruyó a Jerome Coffern. Además Bittman fue amigo de su padre. Por consiguiente, le explicó lo que era el Humo de la Eternidad.

—¡Cielos! —gimió el taxidermista—. ¡Eso es increíble! ¡No, no puedo decirle nada al respecto!

—¿No observó nada sospechoso en las acciones de Gade Yuder, durante la expedición de Nueva Zelanda?

Oliver Wording Bittman reflexionó profundamente y luego asintió con la cabeza:

—Sí, ahora que recuerdo. Sucedió lo siguiente: Nuestra

expedición se dividió en dos partes al llegar a Nueva Zelanda, donde yo permanecí para reunir y disecar algunos ejemplares de pájaros exóticos para un museo de Nueva York. Yuder y Jerome Coffern fletaron un bergantín y partieron con el aeroplano de Yuder a una isla cercana.

—¿Un aeroplano? —inquirió Doc.

—Me olvidé decirle —contestó Bittman— que Yuder posee el título de piloto aviador. Se llevó un aeroplano para la expedición. Creo que lo financiaba una compañía petrolera americana.

—¿Cómo se llama esa isla adonde fueron Yuder y Jerome Coffern?

—La isla del Trueno.

—¡La isla del Trueno! —Doc arrugó su frente bronceada al hacer memoria.

Pero existían pocos lugares en el mundo sobre los cuales no poseyera alguna información.

—Según recuerdo —dijo—, la isla del Trueno no es más que el cono de un volcán activo surgiendo del mar. Los costados del cono son tan yermos que no permiten ninguna vegetación. Y del cráter en erupción salen continuamente grandes cantidades de vapor.

—Exacto —corroboró Bittman—. Jerome Coffern me dijo que voló sobre el volcán con Yuder. El cráter tenía varias millas de extensión y parecía estar sólo lleno de humos y gases. Pero trajeron algunos ejemplares de la lava, que Jerome Coffern entregó al Instituto de Geología de Nueva York.

—Nos estamos desviando del tema —indicó Doc—. Dice usted que notó algo sospechoso en las acciones de Gabe Yuder. ¿Qué fue ello?

—Después de regresar de la expedición de la Isla del Trueno, Yuder se mostró malhumorado y obraba de una manera furtiva, como si poseyera un secreto. Entonces me figuré estaba irritado porque no halló petróleo en la isla, aunque estuvo explorando todo el tiempo solo, mientras Jerome Coffern recogía muestras geológicas.

—¡Hum! —murmuró Doc.

—Temo que esto no aclare gran cosa —se excusó Bittman.

—¡Quién sabe! —observó Doc. Luego señaló el teléfono

preguntando—: ¿Me permite telefonear desde aquí?

—Desde luego.

Levantándose presuroso, Bittman abandonó la habitación, demostrando que no deseaba escuchar la conversación de Doc.

—¿Monk? —preguntó éste.

Una voz agradable respondió.

—Sí, Doc.

Aquella voz suave era engañadora, pues ningún oyente imaginarla que brotase de los labios del hombre que hablaba desde el otro extremo de la línea. Monk era un gorila humano de más de cien kilos y uno los pocos químicos más expertos que el desgraciado Jerome Coffern. Monk era uno de los cinco compañeros que acompañaban a Doc Savage en sus asombrosos viajes en busca de aventuras.

—Monk —sugirió Doc—, ¿podrías participar en una empresa peligrosa ahora?

—¡Allá voy! —rió el aludido—. ¿Dónde está eso?

—Llama a Renny, a Long Tom, a Johnny y a Ham —indicó Doc —. Presentaos todos en mi casa al instante. Estoy mezclado en algo en verdad emocionante.

—Les avisaré —prometió Monk.

Doc permaneció un momento junto al teléfono después de colgar el receptor. Pensaba en sus cinco amigos, con toda probabilidad los cinco hombres más eficientes que jamás se reunieran para un fin concreto; cada uno de ellos famoso especialista en una ciencia.

Renny era un gran ingeniero; Long Tom un mago de la electricidad; Johnny un arqueólogo y geólogo; Ham uno de los abogados más eminentes de América. Monk, el gorila humano, con sus profundos conocimientos de química, completaba el grupo. Con Doc Savage, aventurero supremo, formaban una combinación capaz de realiza proezas maravillosas.

Doc halló al famoso taxidermista en una habitación contigua.

—Debo marchar ahora —le dijo—. Tendría mucho gusto en hablar con usted de su amistad con mi padre. Y si puedo prestarle algún servicio tendré mucho placer en hacerlo. Recordaré siempre que le salvó la vida a mi padre.

Oliver Wording Bittman se encogió de hombros.

—El salvarle la vida no fue, en realidad nada de extraordinario —declaró—. Simplemente me encontraba allí y maté a un león cuando acometía. Pero tendría mucho gusto en hablar con usted largo y tendido cualquier día. No puedo negar que despierta mi admiración. ¿Dónde podría ponerme en contacto con usted?

Doc le dio las señas de un rascacielos de unos cien pisos, un edificio conocido en el mundo entero.

—Ocupo las oficinas que antes usaba mi padre, en el piso ochenta y seis —explicó.

—Conozco el lugar —sonrió Bittman—. Lo visitaré algún día —hizo un gesto hacia el teléfono—. ¿Quiere que le llame un taxi?

Doc movió la cabeza en señal negativa:

—Iré andando. Deseo pensar.

Una vez en la calle, se dirigió a Central Park caminando a paso lento. Su extraordinario cerebro funcionaba a toda velocidad trazando un plan que pondría en ejecución tan pronto como viera a sus cinco amigos en las oficinas del rascacielos.

Un aeroplano zumbaba en lo alto; un monoplano de un solo motor, pintado de verde. Volaba describiendo círculos, al parecer sin rumbo fijo. El joven no se preocupó más del aparato, pues era muy corriente que volasen muchos aeroplanos sobre Nueva York. El sendero que atravesaba descendía en pendiente y cruzaba un puente de madera sobre uno de los lagos. Al llegar al centro del puente sucedieron cosas inesperadas.

El aeroplano descendió con rapidez vertiginosa. Savage no tuvo tiempo de correr al extremo del puente. Saltó como un relámpago por la barandilla, deslizándose bajo el puente. Un objeto no mayor que una pelota cayó del aeroplano, sobre los tablones de madera en el lugar mismo donde Doc estuvo segundos antes. Surgió un humo gris y repugnante.

¡Con increíble rapidez, el puente empezó a desintegrarse!

VI
El hombre desaparecido



El fenómeno increíble, al disgregarse el puente rústico por el misterioso Humo de la Eternidad, era más sorprendente todavía que la disolución del cuerpo de Jerome Coffern. La cápsula metálica conteniendo la desconocida substancia, al violento contacto con el suelo estalló, salpicando a su alrededor. La madera del puente empezó a arder al instante pero sin llama ni calor. No obstante podía observarse un continuo destello de chispas eléctricas, con un ruido parecido al murmullo de un rápido arroyo. El Humo de la Eternidad, después de atravesar y destruir el puente, también disgregó el agua. La fantástica substancia actuó con tal rapidez, que en la tranquila superficie del lago apareció un enorme pozo. El agua, al precipitarse en el hoyo, formaba una corriente semejante a la de un poderoso río.

Esta corriente constituía la única amenaza para Doc Savage pues no permaneció bajo el puente, sino que se zambulló bajo la superficie y adivinando lo que ocurría, se alejó con rapidez, nadando. Sus pulmones eran formidables. Podía permanecer bajo el agua más tiempo que cualquier pescador de perlas de los mares del Sur, y es sabido que aguantan bajo el agua varios minutos. Nadó con rapidez por el fondo del lago, luchando contra la corriente.

Arriba, el hidroavión seguía volando en círculos. Su único ocupante, el piloto, escudriñaba el lago con ansiedad.

—¡Lo suprimí! —rió el criminal—. He ganado con facilidad los veinte mil dólares que Kar me paga por esta operación.

El criminal piloto, ni siquiera imaginó que Doc Savage pudiese

escapar; no tenía la menor idea de la capacidad física del poderoso luchador. Pero le advirtieron que se asegurase y continuó volando sobre el lago, con los ojos fijos sobre el agua.

A unos cien metros del puente, bajo un arbusto inclinado sobre el lago, la cabeza de Doc Savage surgió del agua con tal suavidad, que no produjo ningún chapoteo. El piloto del aeroplano no distinguió cómo se deslizaba entre los arbustos, aunque miraba con firmeza.

Un policía situado junto al Parque, observaba el vuelo caprichoso del avión y de pronto divisó como arrojaba una bomba que al estallar no produjo el menor ruido, tan sólo un extraño humo acre y gris. Quedó altamente sorprendido, pues jamás vio cosa parecida, e impelido por el deber y la curiosidad se dirigió presuroso hacia el lugar indicado empuñando un revólver. De improviso sintió que le arrebataban el arma como por arte mágico. No vio ni sintió a nadie a su alrededor. Giró velozmente sobre sus talones. En ese instante el revólver disparó todas las balas, con tal rapidez que semejó un solo estruendo ¡juerr-r-r-ram! El aeroplano se estremeció con violencia. Un ala se inclinó y luego el aparato casi fue a estrellarse.

El piloto estaba herido, pero luchó con desesperación para enderezar el aeroplano, huyendo después sin dejar el menor rastro. El policía encontró de repente su revólver caliente y humeante en su mano. Tuvo una fugaz visión de un gigante bronceado, con ropas chorreando; hasta observó que el rostro y el cabello del hombre de bronce estaban perfectamente secos, mientras sus ropas podían escurrirse. Luego, el gigante desapareció entre los arbustos. No se produjo el menor ruido que indicase de donde surgió, ni por donde se desvaneció.

El agente registró los arbustos y no encontró a nadie. Respiró sofocado y luego se secó el sudor de la frente.

—¡Cielos! —logró murmurar al fin.

Al llegar a la Quinta Avenida, Doc Savage subió a un taxi que lo llevó velozmente hacia la parte Sur de la ciudad. Se apeó delante de un rascacielos gigantesco. Las calles estaban en esa parte amuralladas por edificios tan altos, que la luz solar llegaba a las aceras tan sólo a mediodía.

Un ascensor condujo a Doc al piso ochenta y seis, sin una sola parada. Entrando en una sala lujosamente amueblada, vio que estaba desocupada y entonces pasó a la habitación contigua. Era ésta una biblioteca que contenía una verdadera fortuna en libros técnicos de las diferentes especialidades. Cruzando el aposento se introdujo en el cuarto donde tenía instalado el laboratorio más completo del mundo, exceptuando otro donde practicaba las más audaces investigaciones.

Doc Savage realizó importantes descubrimientos en el desconocido laboratorio que tenía instalado en lo que él llamaba su Fortaleza de la Soledad. Nadie, ni sus más íntimos amigos, conocían el emplazamiento de ese lugar situado en una isla rocosa dentro del círculo ártico, y cuando se encerraba allí, completamente solo, no podía llegarle ningún mensaje del mundo exterior. A esa Fortaleza de la Soledad, se retiraba de vez en cuando a estudiar y realizar experimentos aumentando su fabuloso caudal de conocimientos.

Convencido de que ninguno de sus cinco amigos había llegado todavía a la cita, regresó al despacho. Cambió sus ropas con otras que sacó de un armario hábilmente disimulado en la pared. El cuerpo de Doc Savage, desnudo, era una cosa asombrosa. Poseía los músculos de un Atlas. La fuerza y simetría de aquella figura bronceada pasmaba.

De improviso hubo una interrupción.

¡Pam!

El estrépito del puñetazo en la puerta fue fuerte. Un hombre abrió la puerta y entró. Mediría unos dos metros de estatura y pesaría más de cien kilos. Tenía un rostro severo y puritano; sus ojos eran oscuros y sombríos y su boca delgada y enérgica, contraída como si desaprobase alguna cosa.

Era el coronel John Renwick; todos le llamaban Renny y era un ingeniero famoso en el mundo entero. Renny parecía acudir a un funeral y en realidad rebosaba de alegría: el puñetazo en la puerta era la demostración de que se sentía alegre. Y cuando más satisfecho estaba, tanto más agria ponía la cara.

—¿De qué empresa emocionante hablaste a Monk? —preguntó.

Doc Savage se echó a reír.

—Puedes esperar a conocerlo a que lleguen los otros. Os lo diré

cuando nos encontremos reunidos.

Pronto se oyeron a dos hombres discutiendo con apasionado ardor en el pasillo.

—¡A mí no me puedes tú explicar nada de la refracción electrónica, larguirucho! —gritó una voz beligerante—. ¡La electricidad es mi especialidad!

—¡No me importa un pito! —replicó otra voz—. Te digo lo que leí sobre refracción electrónica. Me enteré por una revista técnica y se trata de un artículo que tú escribiste. Cometiste una equivocación…

Se oyó un fuerte portazo. Un hombre entró lanzado en la habitación, impulsado por un pie enérgico. Este hombre era alto y flaco, con una mirada hambrienta; sus hombros semejaban una especie de perchero bajo su abrigo.

Era William Harper Littlejohn. El año anterior había ganado una medalla internacional por sus trabajos arqueológicos.

—¿Qué sucede, Johnny? —inquirió Doc.

Johnny se levantó del suelo, riendo.

—Long Tom escribió un artículo para una revista técnica y cometió un error que a un niño no le hubiera pasado inadvertido —rió Johnny—. Él no ha visto el artículo impreso y no quiere dar fe a mis advertencias.

Resoplando fuerte, un hombrecillo delgado entró en la habitación. Tenía un cutis enfermizo, ojos azules y parecía persona delicada, aunque no lo era. Fue preciso un puntapié vigoroso para lanzar a Johnny al interior. Era el comandante Thomas J. Roberts, pero Long Tom para todo el mundo. Realizó experimentos con Steinmets y Edison; era un mago de la electricidad.

—¿Dónde están Ham y Monk? —preguntó.

—¿Y de qué se trata? Arrancaré un brazo a Johnny, si no encuentro alguna excitación pronto.

—Ahí viene Ham —anunció Doc. El brigadier general Teodoro Marley Brooks apareció en aquel momento. Era un hombre delgado y nervioso, de movimientos rápidos. Era uno de los abogados más eminentes que jamás salieran de la Universidad de Harvard.

Vestía con correcta elegancia. Llevaba un bastón negro y severo, con un aro de oro. Era, en realidad, un bastón estoque, una hoja de

finísimo acero de Damasco envainado dentro del tubo metálico negro. Ham también estaba dispuesto para entrar en acción. Esperaban la llegada de Monk.

Monk, o Mico, era el quinto de los amigos de Doc Savage. Poseía un laboratorio químico con vivienda cerca de Wall Street. Debería haber llegado ya.

Aquellos aventureros eran hombres extraordinarios. Un hombre inferior a Doc no hubiera jamás podido tenerlos bajo sus órdenes. Pero le eran completamente leales. Los cinco le debían la vida, gracias a alguna hazaña del hombre de bronce en el campo de batalla o a la magia de su habilidad en cirugía.

Como el tiempo transcurría sin que Monk apareciera, empezaron a cambiar miradas de intranquilidad.

—¿Qué le habrá sucedido a ese gorila, de Monk? —murmuró Ham.

Doc telefoneó al domicilio del químico. Su secretaria le informó que había salido de la casa hacia tiempo.

Colgó el aparato.

—Hermanos —dijo lentamente—, temo que Kar haya puesto las manos en Monk.

VII
La guarida bajo el agua



Monk no perdió tiempo al recibir la llamada de Savage. Se quitó al instante su delantal de caucho. Tenía un pecho tan ancho como grueso. Sus brazos, potentes y musculosos, eran unos quince centímetros más cortos que sus piernas. No era muy alto, pero pesaba bastante más de cien kilos. Sus ojillos brillaban como estrellitas mientras daba a su secretaria algunas instrucciones sobre su correspondencia. Sabía que podía estar ausente lo mismo seis meses que sólo una hora.

Un ascensor lo bajó. El empleado y el dependiente del estanco sonrieron al verle: le admiraban.

Compró tabaco, como tenía por costumbre y salió del edificio, dirigiéndose a la estación de metro. Un individuo delgado y cetrino, parecido a una comadreja, con una mano en un bolsillo, le siguió los pasos.

La frente de Monk era tan estrecha, que podía decirse no existía. Esta característica se supone es señal de estupidez o de escasa mentalidad, pero sucedía al contrario en Monk, pues era un hombre de extraordinaria y viva inteligencia. Sus ojos agudos observaron cómo el individuo iba siguiendo sus pasos; distinguió al hombre reflejado en el escaparate de una tienda. Se detuvo en seco. Su mano monstruosa partió como un relámpago hacia atrás, haciendo presa en el bulto que la mano del hombre comadreja hacía dentro del bolsillo de su abrigo. Luego dio media vuelta retorciéndolo. La ropa se desgarró y su mano se desolló. Y Monk cogió el revólver de cañón largo que el individuo empuñaba en el bolsillo.

El pistolero cayó tambaleándose en un portal desierto, impulsado por la mano hirsuta que luego le sujetó. Las manazas de gorila cogieron el cañón del revólver y con fuerza terrible, poco a poco, lo dobló como si fuera una horquilla para el pelo.

Luego le devolvió el arma.

—Ahora puedes disparar —le dijo—. Quizá la bala se vuelva y toque al sujeto a quien debiera tocar.

El hombre comadreja arrojó su revólver inutilizado e intentó escapar. Pero estaba impotente en la presa del gorila blanco.

—Me parece que te llevaré conmigo para que tengas una pequeña entrevista con Doc —indicó Monk, amable.

Sacó a su prisionero a la calle.

—¡Manos arriba! —ordenó de pronto una voz imperiosa.

Monk dio un respingo y miró al bordillo de la acera. Vio un automóvil parado. Y, en el interior, a cuatro pistoleros apuntándole con pistolas automáticas y ametralladoras.

—¡Suba al coche! —ordenó la misma voz.

Monk, sólo podía hacer dos cosas: resistir y ser acribillado o subir al coche obedeciendo la orden. Obedeció y en el instante en que se sentó, lo esposaron de pies y manos con tres pares de esposas. Sus aprehensores estaban preparados a afrontar su enorme fuerza.

Empezó a arrepentirse de no haber opuesto resistencia. El coche sorteó el tráfico pasando delante de dos policías; sin embargo, Monk permaneció silencioso. Gritar pidiendo auxilio significaba la muerte de los policías y la suya propia, pues comprendía que había caído en manos de una banda de pistoleros resueltos a todo.

El hombre comadreja, cuyo revólver sufrió los efectos de la fuerza de Monk, sentado en un rincón, no cesaba de mascullar maldiciones contra el prisionero. Éste, a pesar de su indignación, no pronunció una palabra ni ofreció resistencia, pero la suerte del hombre comadreja estaba echada.

Cruzando varias calles desiertas, el coche llegó a los muelles. Se oyó el motor de un aeroplano volando sobre el río. El auto se detuvo. Sacaron al prisionero, que vio el aeroplano, un hidroavión, pintado de verde.

El piloto echó una cuerda y el aparato fue amarrado a uno de los

viejos muelles. Tiraron al cautivo a la cabina del aparato. El piloto llevaba una venda empapada en sangre alrededor de la frente y otra en torno al brazo izquierdo. Era un individuo achaparrado, demasiado grueso, de ojos malignos.

Los aprehensores de Monk miraron curiosos las heridas del piloto.

—¿Quién te acribilló? —inquirió uno.

El hombre profirió un aullido de rabia. Señaló varios impactos en el compartimiento de mando.

—¡Doc Savage! —rugió—. ¡Ese demonio de bronce me tiroteó después de creer yo que lo había terminado! ¡Por poco me liquida!

Monk sonrió. Si Doc Savage perseguía a aquella banda, los granujas lo pasarían mal. Probó que las esposas eran demasiado sólidas para romperlas.

—¡Conduce al prisionero a… ya sabes dónde! —ordenó uno de los hombres.

El piloto indicó un aparato de radio que llevaba en el aeroplano.

—Seguramente —dijo—. Conozco el lugar. Kar me transmite las órdenes por radio.

Abrió la válvula. El aeroplano se deslizó sobre la superficie del río y luego se remontó.

Monk estaba preparado para un vuelo largo. Pero se engañó. El aeroplano voló sobre Brooklyn y luego sobre el puerto, llegando hasta cerca de la Estatua de la Libertad. Después prosiguió el vuelo sobre el río Hudson. Amaró cerca de Riverside Drive, deslizándose lentamente sobre la superficie.

Empinándose en la cabina, Monk escudriñó por las ventanillas. Distinguió delante mismo un par de mulles abandonados y anclado junto a uno de estos, un velero antiguo de tres mástiles. El casco de la extraña embarcación mostraba una serie de portas de baterías por las cuales asomaban prehistóricos cañones.

Sobre el barco se veía un gigantesco letrero anunciando:

EL ALEGRE BUCANERO
Antiguo barco pirata
(Entrada: 50 centavos)

Era la misma embarcación donde Doc Savage sostuvo cruenta lucha con Squint y sus secuaces, que tan malos resultados produjo a los bandidos. De la chimenea salía un humo negro y espeso. El barco quedó pronto oculto, envuelto en el oscuro palio que se extendía por el río a considerable distancia del barco.

El avión se sumergió en la extraordinaria cortina de humo, donde de pronto cogieron los flotadores del aparato. Monk percibió que varios hombres, de pie sobre algo, sujetaban el avión y alargando el cuello logró distinguir lo que era. Sus ojillos chispeaban de asombro. Al abrigo de la cortina observó que una cisterna surgía del lecho del río, algo que daba la vaga impresión de la armazón de un submarino. En el centro de la misma había una escotilla de acero completamente abierta, por donde introdujeron al prisionero.

El aeroplano se alejó, la escotilla se cerró automáticamente y la cisterna se hundió bajo la superficie del agua, sumergiéndose igual que un submarino. Las operaciones se efectuaron al amparo de la humeante cortina y el más sagaz observador no hubiera descubierto la extraña embarcación submarina que descansaba en el lecho del río. Los hombres de Kar introdujeron a Monk en una pequeña cámara de acero.

Durante unos minutos el ruido fuerte del agua penetrando en los tanques de lastre persistió, después uno de los hombres giró unas ruedas metálicas, sin duda las válvulas de mando. El interior de la singular embarcación quedó silenciosa como una tumba, a excepción el monótono burbujeo de escape de alguna válvula.

Los hombres tomaban precauciones para que el prisionero no pudiera escapar. Tres de ellos permanecían aparte encañonándole con sus pistolas.

Un individuo cogió un teléfono corriente, que sin duda estaba conectado con un alambre que comunicaba a tierra, probablemente junto al cable de anclaje del barco pirata.

—Kar —dijo el pistolero—. Tenemos al prisionero aquí.

Reinaba tanto silencio en el interior de la cisterna, que todos oyeron con claridad la voz metálica respondiendo:

—Dejadme hablarle.

El receptor fue arrimado a la oreja cicatrizada de Monk, pero

inclinado de forma que los otros pudiesen oír, colocando la bocina a unos cinco centímetros de sus labios.

—¡Habla lo que tengas que decir! —rugió Monk.

—Hable usted con cortesía —gruñó la voz.

Monk silbó burlonamente.

Le dieron un puntapié por su proceder.

—Me parece que terminará muy mal y bien pronto —advirtió Kar, con suavidad.

El cerebro de Monk funcionaba con rapidez, a pesar de la crítica situación en que se encontraba. La voz tenía un tono feo y amenazador. Comprendía que Kar estaba hablando con un dedo en los labios, disfrazando su voz.

—¿Qué quiere? —interrogó.

—Escribirá una nota a su amigo y jefe, a Doc Savage, citándole en un lugar determinado.

Monk emitió un resoplido.

—¿Quiere que conduzca a Doc a una trampa? ¡No puede ser!

—¿Rehúsa usted?

—Me sorprende que sea tan inteligente —sucedió un breve silencio.

—¡Deme las señas de Renny, Long Tom, Johnny y Ham! —ordenó la voz de Kar—. Supe donde vivía usted, por mediación de una casa de productos químicos. Por eso mis hombres esperaban su salida. Pero no conseguí averiguar las señas de sus cuatro amigos. ¡Me dará usted esa información!

—Ya lo creo —gruñó Monk—. Aguarde sentado.

Su nariz chata se arrugó al pensar con rapidez. Luego formuló una pregunta.

—¿Cómo averiguó nuestros nombres? ¿Cómo supo que Renny, Long Tom, Johnny, Ham y yo, siempre acompañamos a Doc Savage cuando emprende alguna empresa peligrosa?

Kar soltó una carcajada desagradable.

—Fue muy fácil conseguir esa información.

—¡Lo creo! —resopló Monk—. ¡Son muy pocas las personas que saben que trabajos juntos!

—Ya conocía que Doc Savage tenía su cuartel general en el piso ochenta y seis de un rascacielos —declaró Kar—. Fue sencillo

mandar a uno de mis hombres que entrara en conversación con los empleados del edificio.

Mi hombre averiguó que ustedes cinco se reunían con frecuencia con Doc Savage. Sonsacó sus nombres a los empleados de los ascensores.

—¿Qué hay tras todo esto? —preguntó Monk.

Ignoraba, desde luego, el propósito siniestro de Kar. Ni siquiera conocía la existencia del extraño y terrible Humo de la Eternidad.

—¡Doc Savage se ha entrometido en mis planes! —gritó Kar—. ¡Debe morir! Ustedes cinco que son muy amigos, podrían intentar vengarlo. ¡Por lo tanto, también deben morir!

—¡No sabe usted el alcance de su propósito! —exclamó Monk.

—¡Lo sé muy bien!

—De ningún modo. Huiría usted como una liebre si supiera lo peligroso que es Doc Savage cuando persigue a una alimaña como usted.

Kar rugió:

—¡No temo a Doc Savage!

—Lo cual significa que no está usted bien de la cabeza —rió Monk.

—¡Metedlo en la cámara de la muerte! —ordenó Kar, furioso.

Arrancaron el teléfono de las manos velludas de Monk. Luego lo llevaron a popa. Era evidente que Kar estaba convencido de que no podría conseguir que Monk hiciese caer a Doc Savage en una trampa. Y, en consecuencia, decidió suprimirlo al instante.

Uno de los hombres oprimió un resorte que dejó al descubierto una caja que semejaba un baúl de grandes dimensiones y allí metieron a Monk. En un extremo de la caja una escotilla de acero, cerrada fuertemente desde el exterior. Sobresalía una llave de comprobación que uno de los hombres de Kar abrió, penetrando un delgado chorro de agua. Luego cerraron la caja.

Monk se retorció de un lado a otro intentando romper las esposas, pero fue inútil a pesar de su fuerza prodigiosa. Intentó impedir la entrada del agua, pero fracasó en su empeño. El agua le llegaba a los tobillos ya. Asestó unas cuantas patadas a las planchas de acero, que resistieron el colosal empuje. Sólo la dinamita podría destruirlas. El agua siguió ascendiendo. Pasaban los minutos con

velocidad terrible para Monk, que sudaba copiosamente. Su cerebro funcionó vertiginoso, pero no pudo trazar ningún plan de huida.

El agua del río le llegaba a la boca. Tenía la cabeza tocando las planchas del techo; no podía alzarla más. El líquido mortal le llegaba al labio superior. A guisa de un nadador que se zambulle, decidió inhalar con rapidez dos veces y luego llenarse de aire los pulmones. Resistiría todo el tiempo que pudiera. Pero al inhalar aire por primera vez, tragó agua.

Ahogándose, se hundió al fondo. ¡Se ahogaba! No podía salvase ni informar a Doc. Sin embargo, mientras lo apresaron, durante el tiempo necesario para llevarlo a su prisión, su jefe y amigo no estuvo inactivo. El hecho de que sucedía algo anormal.

¡Y Doc no permitiría que subsistiese la anormalidad demasiado tiempo!

VIII
La pista



—Hermanos, temo que Kar ha puesto las manos en Monk —dijo Doc Savage, lentamente.

—Otra cosa no habría impedido que ese gorila se presentase aquí —asintió Ham, haciendo un gesto de enojo con su bastón estoque.

Bajo la ventana del piso ochenta y seis de la oficina del rascacielos, se extendía el espléndido panorama de la ciudad de Nueva York. Desde aquella altura, los automóviles semejaban pequeños insectos moviéndose con lentitud.

Doc Savage levantó una mano bronceada, consiguiendo la atención al instante. Los cinco amigos conocían que aquella señal significaba que iba a empezar su campaña. Dio a Long Tom, el mago de la electricidad, las primeras órdenes. Le indicó las señas de la décima casa situada en una hilera de viviendas de idéntica fachada, advirtiéndole donde estaba el entrepaño de la pared del teléfono secreto.

—Quiero que averigües a dónde conduce aquella línea —explicó Doc—. No la instaló la compañía telefónica. Debió ponerla el mismo Kar. Conduce, sin duda, a alguna guarida secreta de nuestro enemigo. Quiero que la sigas hasta dar con el lugar donde se oculta.

—Seguro —dijo Long Tom—. Usaré un…

—Conozco lo que usarás —atajó Doc—. El aparato está en mi laboratorio. Puedes buscarlo.

Long Tom se dirigió al gran laboratorio. Seleccionó dos cajas repletas de tubos, discos y alambres. Una caja contenía un aparato

que producía una corriente eléctrica de alta frecuencia. Cuando se colocaba esta corriente sobre un alambre telefónico, no producía ningún sonido audible para el oído humano, pero tenía un campo eléctrico en torno el alambre. Este campo se extendía a distancia considerable. La otra caja era una «oreja» para indicar su extensión. Usándola, podía andar de un lado a otro con los casquillos en la cabeza. Los teléfonos producirían un fuerte chillido cuando la «oreja» se aproximase al alambre cargado de esa corriente peculiar. El alambre podría estar enterrado unos cuantos metros bajo tierra, pero la «oreja» descubriría su presencia. Las paredes de ladrillos tampoco serían obstáculo para el sensitivo detector.

Breves instantes después salía con su equipo y tomaba un taxi, dirigiéndose a la décima casa de la callejuela de casas similares.

—¡Johnny! —Doc se dirigió al alto y flaco arqueólogo—. Existe una isla en los mares del Sur, a cierta distancia de Nueva Zelanda. Es conocida por la isla del Trueno.

Johnny asintió con la cabeza. Se quitó los lentes y jugueteó con ellos, excitado. Aquellos lentes poseían una peculiaridad: el cristal izquierdo era en realidad una lente de aumento muy potente. El ojo izquierdo de Johnny quedó inutilizado a causa de una lesión recibida en la Guerra Europea.

—Visita el Instituto Geológico de Nueva York —ordenó Doc— y encontrarás una colección de muestras de rocas de la isla del Trueno. Jerome Coffern se las regaló al Instituto, de regreso de una expedición a la citada isla. Quiero esos ejemplares.

—¿Puedes decirme para qué los necesitas? —inquirió Johnny.

—Desde luego.

En breves frases, Doc Savage explicó la existencia del horrible producto llamado Humo de la Eternidad.

—No estoy seguro de la composición de ese Humo de la Eternidad —explicó—, pero tengo una idea de lo que puede ser. Cuando la substancia disuelve alguna cosa, se produce un fenómeno eléctrico muy raro. Esto me induce a creer que opera por medio de la desintegración de los átomos. En otras palabras, la disolución es simplemente una desintegración de la estructura atómica.

—Me imaginaba, era creencia general que se produciría al instante una terrible explosión, una vez desintegrado el átomo —

murmuró Johnny.

—Esa teoría fue desmentida hace poco por los experimentos que han logrado desintegrar el átomo —corrigió Doc—. Yo mismo he experimentado extensamente ese asunto. No existe explosión por la sencilla razón de que es menester tanta energía para desintegrar el átomo como cuando se disuelve.

—Pero ¿por qué necesitas los ejemplares geológicos de la isla del Trueno? —insistió Johnny.

—La base de este Humo de la Eternidad debe ser algún elemento o substancia no descubierta hasta ahora —observó Doc—. En otras palabras, es posible que Gabe Yuder, perito químico e ingeniero electricista, descubriese en la Isla del Trueno el elemento necesario para desarrollar ese misterioso Humo de la Eternidad. Necesito examinar las muestras de rocas de la isla con la esperanza de descubrir alguna pista o indicio de lo que es esa substancia fantástica.

—¡Traeré las muestras! —declaró Johnny, saliendo presuroso.

—¡Ham! ¡Renny! —Doc se dirigió a sus otros amigos—. Id al domicilio de Monk y ved si podéis encontrarlo.

Cuando hubieron partido, Doc Savage entró en el laboratorio. Sacó de un bolsillo la aplastada cápsula que contuvo el Humo de la Eternidad que mató a su viejo profesor Coffern y la escondió en el fondo de un pie de un microscopio con un pedazo de cera.

Salió a la calle y tomando un taxi se dirigió a Riverside Drive, cerca de un lugar donde estaba amarrado el antiguo barco pirata. Tenía el propósito de examinar el antiguo corsario con toda calma, pues albergaba graves sospechas.

El hecho de que Squint y sus cinco pistoleros hallasen armas a bordo y la familiaridad que demostraron con la extraña embarcación, indicaba que estuvieron allí antes.

Esperaba encontrar a bordo del barco pirata algo que le condujera a la guarida de Kar, el diabólico jefe de la temible banda. En cuanto puso los ojos en *El alegre Bucanero*, observó algo verdaderamente extraño: una nube de humo negro, muy repulsivo, río abajo.

No existían por allí fábricas que emitiesen semejante humo, ni tampoco era el humo corriente de un vapor. La suave brisa que

soplaba habría bastado para barrerlo de la vecindad del barco pirata.

Distinguió, también, en la parte superior del río, un aeroplano deslizándose sobre la superficie, alejándose. ¡Aguzando la vista, reconoció que el aparato era el mismo que intentó asesinarle en Central Park! Sus sospechas aumentaron. ¡Pero no tenía medios de saber que ese hidroavión acababa de dejar a Monk en el escondite de la cisterna sumergible!

Con sorprendente y silenciosa agilidad, saltó desde el desvencijado muelle, a la cubierta del barco pirata. Luego escuchó, ojo avizor. Un cabo de cuerda, oscilando al viento, producía unos ruidos de roce en el laberinto de las jarcias.

¡Oyó otro ruido! ¡Un hombre murmuraba cerca de la cocina!

Retrocediendo un paso, dirigió la vista hacia el lugar, observando una delgada columna de humo saliendo por una tubería. Se convirtió al instante, en un cazador cauteloso y, dirigiéndose a popa, descendió por una escala hacia la cocina. Podo después quemaba enmarcado en la puerta. Junto a un viejo y oxidado horno había un aparato extraño, mayor que el fogón, pero construido de una manera similar. Parecía ser un horno para quemar material resinoso de mucho humo. Una tubería del horno conducía el humo a la chimenea de la cocina.

Encima se veía un rótulo impreso diciendo:

LOS ANTIGUOS PIRATAS UTILIZABAN CORTINAS DE HUMO

¡Los barcos de guerra modernos no fueron los primeros en utilizar las cortinas de humo! Abajo hay un aparato usado por los corsarios de las Antillas españolas para arrojar nubes de humo, destinadas a entorpecer la puntería de los barcos de guerra perseguidores.

Si los visitantes desean ver funcionar este aparato, sírvanse indicarlo y se realizará la operación en su presencia.

(Precio de la operación: 1 dólar).

Doc Savage sonrió al leer el anuncio. No tenía importancia que los corsarios usasen o no cortinas de humo. Aquello era con toda probabilidad, una farsa, como la mayoría de las cosas que existían a bordo. Pero si se deseaba lanzar una cortina de humo en aquella parte del río sin provocar sospechas, aquél era un método ingenioso que indicaba una mente fértil en recursos.

Junto al aparato había un hombre, que no se dio cuenta de la presencia de Doc. Estaba ocupado sacando las cenizas. Era alto y delgado, de cutis grasiento y manos temblorosas; murmuraba de una manera inarticulada, mostrando que era cocainómano.

—¿Bien? —preguntó Doc.

El individuo dio media vuelta, con los ojos desorbitados y chocando los dientes, víctima de un pánico terrible. Era un miembro de la banda reunida por Squint en la décima casa de la callejuela de casas similares.

De pronto saltó al otro lado de la cocina y, desapareciendo por una puerta, echó a correr por un pasillo.

—¡Alto! —gritó Doc.

Pero el hombre, despavorido, no hizo caso. Había oído hablar bastante de Doc Savage para conocer que el gigante de bronce era el fin de los de su taya. Doc le persiguió, pues deseaba interrogar al fugitivo. Debía cazar al sujeto antes que…

¡Sucedió! ¡Resonó un grito penetrante, mezcla de aullido de pánico y gemido de dolor, terminando en un estertor de agonía!

El hombre cayó por la trampa mortal del pasillo, por la misma de la que el remo salvó a Doc. Las espadas con las puntas hacia arriba, del fondo de la trampa, ensartaron al individuo matándole antes que Doc llegase a su lado. Éste regresó lentamente a cubierta. Esperaba conocer por qué se tendió la cortina de humo, pero la muerte del hombre frustró sus esperanzas. Y con ello también se desvanecieron las posibilidades de que llegase a conocer que Monk se hallaba en una cisterna submarina, bajo las aguas del río.

IX
El asesino a sangre fría



Doc Savage se dirigió hacia los camarotes de proa del buque pirata. Deseaba comprobar lo que se hizo de los cuerpos de Squint y sus compañeros. Observó que el muerto de la mano mutilada ya no estaba tendido en la cubierta. Los cadáveres fueron transportados a la bodega, donde se exhibía el macabro museo de los piratas. Habían echado unas cuantas ropas antiguas sobre los cadáveres. El resto de la exhibición era tan realista, que los cadáveres armonizaban con la espeluznante escena.

Empezó por los camarotes de proa a registrar con detenimiento el barco. Pronto encontró un par de alambres aislados de una línea telefónica. Penetraban a bordo por medio de los cables que amarraban el barco al muelle y estaban ocultos de modo tan hábil que era difícil hallarlos sin un registro minucioso. Descubrió que los alambres descendían hasta la misma quilla, cerca de la pana de registro; estaban forrados de caucho para protegerlos del agua de la sentina. Continuaban hacia popa. A veces se vio obligado a arrancar las varas para comprobar la dirección que seguían. Cerca de la popa los alambres pasaban de pronto por el casco, introduciéndose en el agua.

Regresó a la cubierta y permaneció cerca de la borda, los ojos bronceados escudriñando la superficie del río. Entrando en la cámara de mando, se despojó de las ropas y zapatos; luego regresando a cubierta, se dispuso a lanzarse al agua. Pero no se zambulló al instante para seguir la dirección señalada por los hilos telefónicos.

Surgió una gigantesca burbuja a pocos metros de distancia. Luego, una segunda. ¡Y a continuación, toda una sarta! Se trataba del aire surgiendo de la celda submarina donde Monk estaba prisionero.

El aire que escapaba hacía espacio para el agua que ahogaba al químico. Doc comprendió que el fenómeno era sospechoso. Decidió esperar a ver lo que sucedía. No sucedió nada, excepto que las burbujas cesaron de surgir. Entonces se lanzó al río, llenándose los pulmones de aire antes de zambullirse. Nadó, bajo la superficie, hacia el lugar de donde provenían las extrañas burbujas. Sus manos poderosas tocaron pronto el sumergible de acero descansando en el fondo del río. Explorando, encontró una caja del tamaño de un baúl de grandes dimensiones.

Percibió unos sonidos débiles de lucha surgiendo del ataúd metálico. Al instante, sus grandes dedos se posaron sobre la escotilla de entrada y en breves segundos la abrió.

Monk cayó hacia fuera.

Estaba casi agotado, pero con excelente dosis de vitalidad. Abriendo los ojos, divisó de una manera confusa a Doc Savage en el agua. Su inoportuna exclamación de alegría expulsó el último vestigio de aire de los pulmones y, como resultado, su amigo lo sacó a la superficie exhausto.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí! —rió Doc—. ¡Visitas unos lugares muy extraños!

Monk expulsó una cantidad prodigiosa de agua.

—¡Quítame esas esposas! —rugió, tendiendo las manos—. ¡Voy a regresar al fondo, a esa cisterna, a darles una paliza a esos granujas! Destrozaré ese cacharro, si no puedo hacer otra cosa.

Su amigo le quitó las esposas en breves instantes. Monk se dispuso a sumergirse, dispuesto a descargar su venganza sobre los que intentaron asesinarle. Su compañero le siguió y al llegar a la cisterna levantó la tapa. El agua penetró con ímpetu. No apareció nadie. Regresaron a la superficie.

—¡Qué mala suerte! —se quejó el corpulento químico.

—Vigila —advirtió Doc—. Quizá no tarden en salir.

Apenas acababan de lanzar el aviso, cuando una cabeza surgió a flor de agua. Monk le asestó un puñetazo. El individuo se habría

ahogado si el químico no le hubiese sujetado. Otro de los secuaces de Kar surgió de la embarcación submarina, que sin duda ya estaba llena de agua. Doc lo capturó. Durante unos instantes después, surgieron por todas partes una serie de individuos ahogándose, que Monk fue apresando.

—¡Ya están todos! —añadió.

La captura no fue difícil, pues los individuos surgían medio desvanecidos a la superficie. Condujeron a los cautivos a bordo del barco pirata.

—¿Qué hacemos con ellos? —inquirió Monk.

—Veremos lo que saben de Kar —respondió Doc—. Quizá podamos averiguar algo. Ninguno de ellos formaba parte del grupo que se reunió con Squint.

—Squint. ¿De quién se trata? —preguntó Monk—. Todavía ignoro a qué viene toda esa excitación.

Doc le explicó en pocas palabras lo ocurrido.

—¡Cáspita! —exclamó Monk—. ¿Y tú crees que ese Humo de la Eternidad es una substancia que desintegra el átomo? En tal caso, seguramente debe poseer algo nuevo, desconocido hasta ahora, como ingrediente básico.

—Exacto —asintió Doc—. Es posible que Gabe Yuder descubriese este nuevo elemento, o lo que sea, en la Isla del Trueno. Quizá sea Kar.

Arrebataron las armas a los prisioneros y las tiraron al río. Los bolsillos de los hombres no contenían nada que proporcionase una pista de su misterioso jefe. Uno tras otro, los pistoleros recobraron el conocimiento, tratando de huir, pero Doc y Monk lo evitaron con rapidez.

Los prisioneros fueron trasladados a la bodega de proa, donde se celebraba la espeluznante exposición de muestras de piratería. Doc quiso ponerlos frente a los tres hombres de Kar que yacían ya muertos allí. Esperaba que el espectáculo soltase sus lenguas. En efecto, la macabra exhibición les impresionó de manera visible; los prisioneros se estremecieron.

—¿Dónde puede encontrarse a Kar? —preguntó Doc, imperioso.

No respondió nadie.

Entonces Monk, cogió un alfanje grande y reluciente.

—¡Avisa, Doc! —dijo, y señalando a un hombrecillo, agregó—: ¡Empezaré por ese mequetrefe!

El aludido gimoteó, asustado:

—Yo… yo…

Era indudable que el individuo iba a confesar todo cuanto sabía; pero no tuvo ocasión. Un tablón de cubierta crujió encima de sus cabezas. ¡Había alguien allí!

—¡Esquiva! —susurró Doc.

Los dos compañeros se dirigieron a los rincones más oscuros de la bodega, con la rapidez y el silencio de hombres acostumbrados al peligro. El misterioso intruso tuvo tiempo de ver a la figura bronceada desaparecer como una exhalación. Una ametralladora, dotada de un silenciador, disparó por la boca de la escotilla, destrozando parte de la cubierta de la bodega y varias figuras de maniquíes de piratas.

Sucedió un silencio súbito. Los secuaces de Kar se agolparon bajo la escotilla, sin saber qué hacer.

Miraron arriba.

—Kar…

Uno de los *gangsters* empezó a hablar, pero no pudo pronunciar más que una sola palabra.

—¡Er-r-rip! Lo acribilló la descarga de una ametralladora. Su cuerpo quedó deformado bajo la mortífera descarga de plomo.

La ametralladora siguió disparando contra los otros miembros de la banda del despiadado asesino. Doc Savage sabía que el primer muerto había atisbado la misteriosa figura de Kar en lo alto de la escotilla. Y el jefe asesinaba al grupo entero con el fin de evitar que dieran alguna información sobre él. Era una de las muertes más diabólicas y más a sangre fría que jamás presenciara.

Todos los hombres de la banda de Kar que había en la bodega murieron a los pocos minutos bajo las descargas de la ametralladora. Luego el asesino huyó, frenético, de la boca de la escotilla. Los dos compañeros oyeron el salto del asesino al muelle. Doc subió a cubierta y miró. Un hombre corría velozmente sobre el muelle. Llevaba un impermeable oscuro que cubría su cuerpo hasta los tobillos y un sombrero grande y negro. Kar, pues debía ser él, llevaba aún su ametralladora. De repente, se volvió y disparó una

lluvia de balas. Doc retrocedió un segundo antes que las balas descargaran su mensaje de muerte sobre la escotilla. Pero distinguió que el rostro de Kar iba tapado por una máscara de paño negro que le cubría hasta el cuello. Era imposible identificar al criminal con Gabe Yuder.

Doc intentó volver a salir por la escotilla; corrió hacia la popa seguido de Monk.

—¡Jamás vi un asesinato tan diabólico! —murmuró éste.

—Debe haber armas en la cámara de cubierta —indicó Doc.

Hallaron un verdadero arsenal de toda clase de armas modernas. Luego saltaron a cubierta. Pero Kar ya había llegado a tierra y se hallaba escondido entre la maleza de los márgenes del río. Doc divisó el casi imperceptible movimiento de un arbusto y disparó. La ametralladora de su enemigo respondió al instante, obligándole a cubrirse. Kar llegó al muro de contención de Riverside Drive y saltando desapareció tras él. Los dos compañeros no hallaron rastro del diabólico criminal cuando llegaron allí.

X
Tenaz persecución



—Kar debía tener un automóvil esperándole —gruñó Monk—. ¿Le viste la cara?

—No —respondió su compañero—. Iba enmascarado. El individuo tiene especial cuidado en no ser reconocido.

Un gentío empezó a reunirse en torno a los dos amigos que, chorreando, presentaban un aspecto verdaderamente grotesco, en grado especial Doc, que iba en calzoncillos, pues no se puso las ropas que se quitó al zambullirse en el río desde cubierta del *Alegre Bucanero*.

—Será mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes —observó Monk, en voz baja.

Subiendo a un taxi, Doc ordenó al chofer que se dirigiera a la calle donde tenían la guarida Squint y su banda. Una vez llegados al lugar, Doc penetró rápidamente en la décima casa. Encontró pronto el aparato eléctrico de Long Tom que daba la corriente de alta frecuencia a la línea telefónica secreta. Mirando por la ventana trasera, descubrió al ingeniero trabajando en esa parte de la casa con su sensitivo detector. Se detuvo un instante, observando que todavía no habían trasladado el cadáver de Squint. Era evidente que las otras habitaciones de la casa estaban desocupadas. Luego, entrando por la ventana, consultó con Long Tom.

—Existe una línea telefónica que sale de un sumergible hundido cerca del Alegre Bucanero —explicó—. La línea penetra en el barco pirata y luego sale por el interior de un cable de amarras. Cuando investigues esta línea, puedes examinar la otra también.

—Perfectamente —respondió Long Tom.

—Y vigila alerta. Ese Kar es un demonio.

El ingeniero asintió con la cabeza y abrió su abrigo para mostrar que se protegía con un chaleco imperforable. Llevaba también un cinto con una extraña pistola provista de un curioso cargador y que en realidad era una pequeña ametralladora.

—Estoy preparado —anunció.

Volviendo sobre sus pasos, Doc se dirigió en el taxi a su rascacielos de la parte baja de la ciudad. Él y Monk entraron con rapidez para evitar llamar demasiado la atención. Un ascensor les subió al piso ochenta y seis. Al entrar en la oficina, recibieron una sorpresa.

¡Oliver Wording Bittman, el taxidermista, les esperaba! El taxidermista, reclinado en un sillón, fumaba temblorosamente un cigarrillo. Al verlos, se irguió de un salto, con los ojos llenos de preocupación. La piel de su rostro moreno estaba algo pálida.

—Vengo a visitarle antes de lo que esperaba —dijo, intentando una sonrisa que se trocó en una mueca.

Doc pensó que algún incidente desagradable motivaba la turbación del hombre que salvó la vida a su padre.

—¿Le ocurre algo? —inquirió.

Bittman movió con violencia la cabeza en señal afirmativa.

—¡Sí! —exclamó.

Se desabrochó el chaleco y la camisa y luego levantó un vendaje que llevaba puesto. En sus costillas se veía una herida superficial, casi un rasguño, parecido a la señal de una bala.

—Me tirotearon —explicó Bittman—. Puede usted ver como por poco la bala termina con mi vida. Esto ocurrió pocos minutos después de salir ustedes de mi casa.

—¿Vio quién disparó?

—¡Fue Yuder!

—¿Gabe Yuder?

—¡El mismo! —exclamó Bittman, con fiereza—. Escapó en un automóvil. Pero le vi el rostro. ¡El hombre que usted conoce por Kar es Gabe Yuder!

Los ojos de Doc centellearon al hablar a Bittman.

—De alguna manera misteriosa, Kar averiguó que yo le visité,

Bittman —dijo—. Uno de sus hombres, pilotando un aeroplano, intentó asesinarme poco después de salir yo de su casa.

—Esto significa que ese criminal me ha sentenciado a muerte —murmuró Oliver Wording Bittman—. ¿Podría… podría yo… unirme a ustedes para mi protección? Hablándole con franqueza, no creo que la policía sea capaz de hacer nada en un asunto como éste.

Doc Savage no titubeó. Aunque él y sus cinco hombres trabajaban mejor solos, sin el estorbo de otra persona menos hábil, no podía rechazar la petición de Bittman.

—Desde luego, puede unirse a nosotros —replicó generoso—. Pero quizás deba advertirle que formando parte de nuestra sociedad no está precisamente seguro. Al parecer, atraemos sobre nuestras cabezas todos los peligros imaginables. Es probable que fuese mayor su seguridad si se escondiese en alguna parte.

—¡No soy un cobarde que huya a un escondite! Deseo ayudar en la medida de mis fuerzas. ¡Jerome Coffern era un amigo mío! Le suplico me permita colaborar a la captura del asesino. Es todo cuanto pido. ¿Me lo concederá usted?

Estas palabras emocionaron a Doc Savage. Bittman dio expresión a los motivos que tenía para perseguir al monstruoso Kar.

—Será usted uno de nosotros —declaró Doc. No obstante, comprendió que aceptando la presencia de Bittman, aumentaba sus responsabilidades. Debería guardarse la vida del taxidermista.

Johnny, el alto y flaco arqueólogo, efectuó su aparición llevando una caja mediana y muy pesada.

—Los ejemplares de rocas de la isla del Trueno —anunció—. Hay un buen número de muestras. Jerome Coffern recogió una colección completa.

Doc Savage examinó con rapidez los ejemplares, pero sin ponerlas bajo un microscopio ni analizarlas.

—No hay tiempo para dedicarlo a este asunto ahora —explicó—. Lo haremos en otra ocasión.

Guardó las muestras en una caja de caudales alta y grande, que había en la oficina exterior. Luego sacó ropas de un armario oculto y se las puso.

—Si hiciera el favor de ayudarme —dijo, cogiendo papel y lápiz—, haré un dibujo de Gabe Yuder, como me lo describió usted.

Deseo que señale las diferencias que existan entre mi dibujo y las facciones de Yuder.

Dibujó con rapidez las facciones de un hombre.

—Algo más lleno de mejillas —apuntó Bittman— y una mandíbula más pequeña.

El trabajo llegó a su fin.

—¡Éste es de una semejanza extraordinaria! —exclamó Bittman.

Es para la policía —indicó Doc—. Darán órdenes para su captura. Si lo atrapamos…

—¡Habremos cazado a Kar! —interrumpió Bittman, con fiereza.

Llamando a un mensajero, Doc envió el dibujo a la comisaría más cercana. Poco después se oyeron las voces de Renny y Ham, en el pasillo.

—¡Pobre Monk! —gemía la voz de Renny—. Solo encontramos a un limpiabotas que presenció cómo lo secuestraban, metiéndolo a viva fuerza en un automóvil. Eso significa que esos demonios lo trasladaron a las afueras para asesinarlo. ¡Pobre gorila!

En la respuesta de Ham vibró una especie de sollozo.

—Temo que tengas razón, Renny. Es terrible. Monk era uno de los hombres más simpáticos del mundo. En realidad yo le quería.

El químico oyó su oración fúnebre. Sus ojillos chispearon traviesos. Parecía que iba a prorrumpir en una carcajada. Pues Ham nunca expresó antes semejantes sentimientos. Acostumbraba llamar a Monk «el eslabón perdido» y otras cosas menos cumplidas todavía. Al oír las terribles palabras de Ham, uno pensaría que no habría nada que le produjera mayor placer que clavar su bastón estoque en el cuerpo de gorila de Monk.

Ham y Renny entraron y encontraron al compañero que juzgaban perdido.

—¡Jo, jo, jo! —estalló éste, prorrumpiendo en sonoras carcajadas—. De manera que me quiere, ¿eh?

Ham borró al instante el chispazo de alegría que brilló en sus ojos, al ver a Monk.

—Lo que yo querría —replicó con acritud— es cortarte ese pescuezo velludo.

Doc explicó a Ham y a Renny lo sucedido a Monk. El teléfono sonó cuando terminaba el relato y se oyó la voz de Long Tom.

—He descubierto adónde comunica la línea de la décima casa —anunció—. Y también la del barco «*El alegre Bucanero*».

—Espéranos donde estás. Salimos inmediatamente —indicó Doc.

Los compañeros desaparecían por la puerta cuando Doc Savage colgó el aparato. Llevaban chalecos imperforables y cogieron las ametralladoras de curvados cargadores, un invento de Doc.

Oliver Wording Bittman parecía aturdido por la rapidez con que aquellos hombres entraban en acción. Disimulando su asombro, se unió a ellos. Doc tocó el timbre del ascensor.

—¡Será mejor que tomemos dos taxis! —observó, al llegar a la calle—. Si Kar dispara ese Humo de la Eternidad sobre un coche, no nos liquidará a todos.

—El pensamiento es muy risueño —sonrió Monk.

Los dos vehículos subieron por la Quinta Avenida con dirección a Riverside Drive. Long Tom, flaco y cetrino, de aspecto enfermizo, pero en realidad tan fuerte como cualquiera de los otros cinco mosqueteros, esperaba en la esquina de Riverside Drive. Delante de él, en el suelo, había dos cajas de aparatos.

Doc hizo parar su coche junto a su compañero.

—¿Adónde conducen los alambres? —le preguntó.

Long Tom hizo una mueca.

—No tenemos suerte —se lamentó—. Los alambres iban, por la parte trasera de otras casas, hasta debajo de Riverside Drive, siguiendo la alcantarilla. Desde allí se extendían hasta el barco pirata por una guindaleza y, descendiendo por la quilla, se sumergía en el río…

—¡Al sumergible! —exclamó Doc, decepcionado—. ¡De manera que los alambres de la habitación y del buque formaban un circuito!

—Exacto —confirmó Long Tom.

Doc Savage meneó su bronceada cabeza.

—Esto es muy extraño —dijo—. Cuando Kar habló a Monk, no es probable cometiera la temeridad de hacerlo desde aquella habitación, pues sabía que yo descubrí el lugar.

—El circuito telefónico secreto no tenía otras ramificaciones —afirmó Long Tom. Señaló sus instrumentos—. Mis aparatos las habrían descubierto.

Doc Savage giró la vista por el lado opuesto de Riverside Drive,

donde se alzaban varios edificios, altos y de reciente construcción. El gorjeo, bajo y singular, brotó de improviso de los labios de Doc. Era apenas audible, pero Long Tom lo oyó sonriente. Comprendía que el fantástico y melodioso sonido propio de algún pájaro extraño de la selva, era precursor de un golpe maestro, pues siempre presagiaba alguna hazaña prodigiosa de Doc Savage.

Susurró éste, en voz baja:

—Investiguemos hermanos.

Los condujo a la décima casa de la callejuela conocida, pero en vez de subir la escalera, guió al grupo por una puerta trasera. Existía allí un patio largo y estrecho, circundado por unas viejas vallas de madera. Hallábase el patio en un completo estado de abandono. Por el lado de Riverside Drive se veía la pared trasera de una casa de unos veinte pisos. En el extremo opuesto había un edificio más bajo. Y a ambos lados, se elevaban las paredes de unas viejas casas de vecinos.

Oscurecía. Los edificios llenaban de oscuras sombras el inmundo patio. Doc avanzó a través de los escombros, hacia Riverside Drive. Observó que los alambres de la línea telefónica secreta que en su mayor parte se extendían por las grietas, entre los ladrillos estaban pintados del mismo color que la mampostería. Llegaron a la pared del edificio mucho mayor, de cara a Riverside Drive. Los alambres, delgados y apenas visibles seguían por la parte trasera de la casa. En un punto, un asa diminuta colgaba de improviso.

Doc apuntó:

—¿Notas algo peculiar al respecto?

Long Tom clavó los ojos:

—¡El aislamiento desapareció en ese punto! —exclamó—. ¡El cobre desnudo de los alambres lo demuestra!

—Exacto. Observa que hay muchas ventanas encima mismo del lugar.

—¿Quieres decir que Kar conectó aquí y…?

—Inclinándose y empalmando las puntas de otros alambres —replicó Doc—. ¡Eso significa que lo efectuó desde la ventana que hay encima mismo! Esas casas son demasiado pequeñas para alcanzarlas desde una distancia mayor.

Bajando la voz, ordenó a Renny y a Johnny:

—¡Vosotros me acompañaréis!

Los condujo con rapidez hacia la fachada del alto edificio que daba a Riverside Drive. Pasaron resueltos delante de un conserje lleno de asombro. El vestíbulo estaba decorado suntuosamente. Una tupida alfombra cubría el suelo. Doc Savage describió al conserje la situación del piso sospechoso.

—¿Quién vive allí? —preguntó.

—Nadie, todavía —fue la respuesta—. Lo alquilaron hace tiempo, pero el inquilino no se ha mudado aún.

Los cuatro compañeros y Oliver Wording Bittman subieron con rapidez por la escalera lujosamente alfombrada. Al llegar al rellano, deteniendo a los otros con un movimiento de su brazo, a pocos metros de la puerta, Doc avanzó solo. Acercándose con cautela al umbral, escuchó alerta. No percibiendo ni el más ligero ruido, intentó abrir la puerta. ¡Estaba cerrada con llave! Arrimando el hombro, dio un fuerte empujón y la puerta cedió, saltando la cerradura.

El lugar no solamente estaba desocupado, sino que tampoco contenía ningún mueble. El suelo, desnudo y barnizado, relucía levemente a la luz del crepúsculo. Se acercó entonces a la ventana. Agitando una mano a Renny y a Johnny, que aguardaban abajo, en el patio largo y estrecho, perteneciente a la décima casa de la callejuela conocida, les indicó que permanecieran donde estaban. Luego, volviéndose, se dirigió rápidamente hacia la puerta. Aunque no había señales de haberse empalmado ningún alambre telefónico en la habitación, no quedó satisfecho. Su fino instinto le indicó dónde debía mirar. Levantó la alfombra del pasillo delante mismo de la puerta.

Vieron entonces, las puntas de dos alambres finísimos.

—Utilizaron un empalme lo bastante largo para conectarlo desde aquí, pasando por la ventana —comentó.

Alzando por completo la alfombra, siguió el curso de los alambres, pasillo abajo. Oliver Wording Bittman estaba pálido. Su gran mandíbula tomó la rigidez de una piedra. Pero no temblaba.

—Estoy desarmado —balbuceó—. ¿Puede uno de ustedes prestarme un arma? ¡Una de esas ametralladoras de forma curvada! ¡Quiero ayudar a destruir a esos monstruos!

Doc Savage tomó una rápida decisión. Tenía el deber de cuidar de la vida de Bittman, como gratitud del servicio que prestó a su padre.

—Olvidamos traernos un arma de reserva —declaró—. Si desea ayudar, puede avisar inmediatamente a la policía.

Bittman sonrió:

—Comprendo su truco para alejarme del lugar del peligro. Pero, desde luego, avisaré a la autoridad.

Descendió por la amplia escalera.

Doc Savage continuó siguiendo el rastro de los alambres. Terminaban en una puerta de un piso de delante. Acababa de comprobar este hecho, cuando una lluvia de balas atravesó la puerta de dicho piso. Doc, que por instinto era cauto, salvó la vida al echarse al suelo.

—¡Están adentro! —rugió Monk—. ¡Vamos a matar a esas ratas!

La pequeña ametralladora de Monk escupió una descarga ensordecedora. Las balas no hirieron a nadie, pero hicieron saltar el yeso de las paredes, produciendo una nube cegadora. Una ametralladora provista de un silenciador disparaba desde el interior del piso.

—¡Eso parece la máquina de escribir de Kar! —tronó Monk—. ¡Está dentro!

Doc Savage se alejó, de improviso, de la puerta.

—¡Ocupaos de este lado! —gritó.

Descendió como una exhalación al vestíbulo de la casa. Oliver Wording Bittman se hallaba en la cabina telefónica, hablando con rapidez.

—¡Sí! ¡Manden un destacamento de policía! —decía.

Doc Savage salió a la calle, donde reinaba una enorme excitación. Un agente de policía doblaba la esquina tocando el pito con todas sus fuerzas. En la calle, los disparos del interior de la casa retumbaban de una manera atronadora.

Dirigió la vista a la ventana del piso y divisó algo que le decepcionó… ¡De la ventana colgaba una cuerda hecha con ropas de cama! Giró la vista hacia Riverside Drive y no vio a nadie a lo largo de la calle. Acercándose con rapidez, cogió de un salto la ropa y, resuelto, empezó a ascender. Un rostro siniestro asomó por la

ventana y acto seguido un brazo esgrimió una pistola automática. Mas, antes de que el pistolero tuviese tiempo de descargar el arma, Doc Savage, con increíble rapidez, hizo presa en su cuello y dio un tirón. El gángster salió por la ventana, como impulsado por una catapulta, y profiriendo alaridos de terror cayó, estrellándose en la calle. Un instante después, Monk, Long Tom y Ham, penetraban como una avalancha en la habitación. Sus potentes ametralladoras escupieron fuego. Dos de los hombres de Kar se desplomaron; formaban parte de la banda reunida por Squint.

De Kar, no había ninguna señal.

—Escapó —declaró Ham, decepcionado—. Huyó por la cuerda improvisada con mantas y sábanas. Aunque es muy posible que no se encontrase en la habitación.

Un breve examen del aposento mostró que la línea telefónica secreta terminaba en aquel cuarto siniestro. Atisbando por la ventana, Doc comprobó otra cosa.

Informó a Monk:

—Se divisa al Alegre Bucanero desde aquí. Ello explica la presencia de ese misterioso Kar. Nos vio capturar a sus hombres del sumergible.

Doc regresó con sus amigos a las oficinas del rascacielos situado en la parte baja de la ciudad. La policía recibió un informe suyo, pero sin mencionar en absoluto el plan de robar el cargamento de oro. Esto intrigó sobremanera a Ham, quien no pudo ocultar su sorpresa.

—Nosotros mismos frustraremos ese robo —explicó Doc—. Kar utilizará su infernal Humo de la Eternidad. La policía está indefensa y habría muchas víctimas.

—¿Y eso qué? ¿Acaso no lo empleará contra nosotros? —dijo Monk.

—Cuando te lo aplique a ti, quiero estar mirando —terció Ham —. Apuesto a que la nube de humo en que te conviertas tendrá rabo, cuernos y una horquilla.

—Es posible, pero no hará ningún ruido como éste —replicó Monk, con sorna, haciendo una sonora imitación del gruñido de un puerco.

Ham enrojeció y calló. Para enfadar al abogado, Monk sólo

debía aludir a un cerdo. Long Tom profirió un aullido de sorpresa. Andando nervioso por la oficina, miró por casualidad detrás de la caja de caudales. ¡Vio un enorme agujero! ¡El acero sólido fue simplemente desintegrado! Doc se acercó, presuroso, y abrió la caja.

¡Los ejemplares de rocas de la isla del Trueno habían desaparecido!

—¡Kar o uno de sus hombres perforaron la parte trasera de la caja con esa misteriosa substancia —declaró—, apoderándose de las muestras!

—Pero ¿cómo demonio supo que las tenían guardadas aquí? —murmuró Monk.

Oliver Wording Bittman sugirió una respuesta:

—Es posible que desde alguna torre de observación de los rascacielos próximos vigilen el interior de esta oficina.

Doc bajó las persianas, diciendo:

—No volverá a suceder.

—Doc —dijo Johnny, excitado—, eso demuestra que eran acertadas tus sospechas de que acaso esas muestras fuesen un rastro. De lo contrario, Kar no se molestaría en llevárselas.

Ya era de noche. En los grandes edificios que rodeaban al rascacielos donde Doc Savage tenía instaladas sus oficinas, veíanse tan sólo unas cuantas ventanas iluminadas. El jefe de policía de Nueva York le visitó personalmente para darle las gracias por los servicios prestados para destruir a Kar y a su banda. Poco después, recibió un telegrama de la policía de New Jersey, en cuya jurisdicción ocurrió el asesinato de Jerome Coffern, agradeciéndole su desinteresada intervención.

Los periódicos censuraban con acritud a las autoridades por no comunicar a los reporteros lo que sucedía. La policía guardaba secreta la relación de Doc Savage con el súbito exterminio de las hordas criminales.

Doc se encerró en su laboratorio experimental. Sacó del fondo del microscopio, donde la escondió, la cápsula diminuta conteniendo el Humo de la Eternidad. Y luego, con todos los recursos de su magnífico laboratorio, se puso a investigar la naturaleza del extraño metal.

Era cerca de medianoche cuando salió del aposento.

—Quedaos aquí, muchachos —ordenó.

Y, sin decir ni una palabra de adónde iba o la naturaleza del plan que trazara, partió resuelto hacia un lugar determinado.

XI
Doc tiende un lazo



Eran las tres de la madrugada.

Envolvía a la ciudad una densa oscuridad. Reinaba también una neblina viscosa. En el río, un barco tocaba la sirena, anunciando su paso. El distrito financiero estaba quieto y silencioso como una tumba. Las pisadas de los policías resonaban de vez en cuando por las calles desiertas. Los trenes subterráneos, a su paso, estremecían las dormidas calles, semejantes a animales soñolientos y monstruosos.

Algo más siniestro se acercaba al Banco, cuyas cajas de caudales guardaban el oro que por la mañana partiría a auxiliar a las instituciones financieras de Chicago, que se encontraban en situación apurada. El vigilante nocturno lo ignoraba todavía. Era un individuo de escasa inteligencia, pero honrado, que tenía la costumbre de obedecer su impulso y pensar después.

—Cuando observo algo sospechoso —explicaba— suelto un tiro e interrogo después.

Y estaba orgulloso de su táctica, que hasta el presente le dio buen resultado. Las únicas personas sobres quienes disparó, en realidad lo merecían.

Aquella noche histórica notó una extraña neblina que poco a poco iba rodeando al edificio. No le dio importancia, pues verdaderamente creyó se trataba de una niebla. Hubiera pensado de distinta manera, de haber visto un enorme agujero recién abierto en una pared del edificio. Pero no se fijó, pues vigilaba con mayor atención las puertas y las ventanas por donde podían cometerse

atrevidos escalos. Tampoco distinguió a un hombrecillo que tomó cuerpo en la oscuridad de una ventana de un cajero. El merodeador levantó una pistola de aire y apuntó a la espalda del vigilante.

De repente, una poderosa figura broncínea surgió de una puerta contigua y una mano asió la pistola de aire comprimido. Otra mano cubrió el rostro del pistolero, tapándole la boca e impidiéndole gritar.

La mortífera arma estalló con rumor sordo. Sólo entonces despertó el vigilante. Giró por instinto sobre sus talones, llevándose, al mismo tiempo, la mano a un bolsillo, donde guardaba su arma, pero quedó paralizado del horror.

El merodeador recibió el proyectil de la pistola de aire y yacía tendido en el suelo, es decir, la parte superior de su cuerpo. Sus piernas ya se habían disgregado en un humo espeluznante que brotaba envuelto en unas chispas eléctricas fantásticas.

La bala de Humo de la Eternidad había herido al hombre en el pie. El disparo fue un accidente.

Sobre la forma que se disgregaba, había inclinado un hombre que parecía de bronce macizo, y el vigilante, perdiendo la serenidad, puso en práctica su credo de disparar primero e interrogar después. Sacó su revólver, pero simultáneamente, un formidable puñetazo del hombre de bronce lo derribó en tierra, inconsciente, tras el pupitre del vicepresidente.

Una docena de hombres, cual sombras furtivas, penetraron en el Banco, con pistolas y ametralladoras. Uno de ellos empuñaba una pistola de aire comprimido.

—¡Vamos! —gruñó—. ¡Tenemos órdenes de Kar de dar este golpe!

—¡Ey, Guffey! —exclamó uno—. ¿Tumbaste al vigilante?

Al no recibir respuesta de su compañero, murmurando, nerviosos, avanzaron.

—¡Cielos! ¡Mirad! —exclamó uno.

En el cielo, convirtiéndose en un horrible vapor gris, yacía una cabeza humana.

—¡Es Guffey!

Su primer impulso fue huir. La visión de la cosa fantástica que sucedía a la cabeza de Guffey, los llenó de pánico.

—No seáis cobardes —exclamó el hombre que empuñaba la pistola de aire—. No veis al vigilante, ¿verdad? Guffey tuvo tan solo un accidente. El Humo de la Eternidad lo disgregó a él y al guardián.

Tras unos cuantos murmullos, la explicación de la ausencia del vigilante y el accidente de Guffey se aceptaron, disponiéndose al trabajo.

El hombre de la pistola de aire comprimido disparó sobre la puerta de la cámara acorazada. Al instante, el grueso acero empezó a disgregarse en el humo extraño.

Tras las sombras del pupitre del vicepresidente, Doc examinaba la pistola, cuyo proyectil mató a Guffey y comprobó, decepcionado, que no contenía ningún otro cartucho del Humo de la Eternidad.

Recordó las palabras del hombre agonizante sobre la cubierta del Alegre Bucanero. El individuo declaró que Kar nunca daba más de un cartucho del Humo de la Eternidad, temeroso de que sus hombres iniciasen una campaña de robos por su cuenta, si estuviesen aprovisionados de una cantidad de dicha substancia. La disolución de la puerta de la cámara acorazada cesó, al agotarse la potencia del proyectil.

Los hombres de Kar, mostrábanse reacios a acercarse a la abertura, al principio. Temían que la espeluznante substancia pudiera aniquilarles. Pero, al fin, uno de ellos penetró en el interior de la cámara acorazada. Los otros siguieron su ejemplo. Reaparecieron segundos después, cargados de sacos, al parecer llenos de monedas de oro. Ya no vacilaban, la vista del precioso metal había disipado todos sus terrores.

Doc permanecía inmóvil en las sombras del pupitre, junto al vigilante tendido en el suelo, privado de conocimiento de resultas del puñetazo recibido. Dejaba que el plan siguiese su curso, pues quería seguir a los ladrones hasta dar con Kar. Amontonaban el botín junto al boquete que abrieran en la pared del edificio. Comprendió que necesitarían uno o más camiones para transportar el botín. Dos millones de dólares en oro pesan mucho.

Acertó al suponer que Kar intentaría apoderarse del oro sin esperar a que lo depositasen en el tren. Pues le juzgaba lo bastante inteligente para comprender que acaso Doc oyó el complot.

Un camión se detuvo en la oscura travesía, junto al agujero de la pared del Banco. Al instante los ladrones empezaron a cargar los saquitos de oro. El vigilante empezó a volver en sí. Al hacer un primer movimiento, le paralizaron unos brazos broncíneos. No pudo tampoco mirar ni gritar. El último saquito de oro fue colocado en el camión por brazos cansados, poco acostumbrados a trabajar. El vehículo era grande y pudo cargar todo el botín. Los ladrones subieron y el camión se puso en marcha.

La voz de Doc retumbó, impresionante, en los oídos del inmovilizado vigilante.

—¡Avise a la policía! Dígales que la banda de Kar robó al Banco. La policía sabrá a quien se refiere, al mencionar el nombre de Kar. ¿Comprende?

El vigilante empezó a maldecir, pero desistió enseguida, al sentir la fuerza de los dedos que le oprimieron.

—Comprendo —murmuró.

—No les diga nada más, hasta que lleguen —continuó Doc—. Entonces puede explicarles todo lo sucedido. Adviértales que Doc Savage estuvo aquí. Pero recuerde una cosa: no mencione mi nombre a los periodistas. ¿Comprende?

El vigilante asintió con un gruñido. Doc Savage le había salvado la vida, pero no sentía el menor agradecimiento.

Doc se dirigió a la puerta.

El vigilante se inclinó a recoger su revólver, que yacía en el suelo, cerca del lugar donde se disgregara el cuerpo del gángster. Posó los dedos sobre el arma, pero al levantar el cañón, el hombre de bronce había desaparecido. Esto recordó al vigilante la horrible disgregación de un cuerpo humano que presenciara. Un sudor frío le corrió por todo el cuerpo. Las rodillas le temblaron de tal modo, que se vio obligado a sentarse en el suelo, para recobrarse de la impresión.

Doc Savage siguió al camión. Había perdido unos minutos hablando con el vigilante pero el vehículo partió con lentitud, para hacer menos ruido. Estaba tan sólo a unas tres manzanas de distancia. Echó a correr y pronto lo divisó. El camión se dirigía a la parte alta de la ciudad. El hombre de bronce no le perdía de vista y después de haber cruzado varias esquinas llamó a un taxi que

pasaba.

—Siga a ese camión —ordenó al chofer, exhibiendo un billete.

El conductor abrió los ojos, contestando:

—Muy bien, señor.

El camión continuó su marcha hasta llegar a Riverside Drive, seguido del taxi. ¡Los ladrones se dirigían al Alegre Bucanero!

Doc despidió al taxi y, envuelto en las sombras, se acercó al antiguo buque corsario, al abrigo de unos arbustos. Observó cómo los ladrones consignaban los saquitos de oro a un escondite, cuya simplicidad le sorprendió. ¡Simplemente tiraban los sacos de oro al río! El lugar elegido para tirar los sacos de oro estaba situado cerca de la popa del Alegre Bucanero, pero entre el casco del buque y el muelle.

—¡Tíralo cerca del casco, zopenco! —gritó uno de los ladrones —. Ten cuidado de que caiga en la plancha amarrada al barco.

Ésa era la explicación. Debajo de la superficie del río, lo bastante profunda para no ser notada, había una plancha, especie de estante, amarrada al Alegre Bucanero.

Teniendo en cuenta que la policía conocía ya que Kar utilizaba el antiguo barco pirata, era en verdad, de una gran audacia ocultar el botín allí. Aunque por ese mismo motivo quizás estuviese más seguro, pues no sospecharían de un lugar tan conocido. El antiguo buque corsario estaba muy lejos de ser lo que parecía.

Doc Savage aguardó, paciente, alguna señal de vida de Kar.

De improviso, apareció otro hombre que llegaba corriendo con mucho ruido. Los ladrones empuñaron nerviosos las armas. Luego, reconociendo al recién llegado, uno de ellos dijo:

—¡Por poco te achicharramos!

El individuo comenzó a hablar con rapidez, en tan débil cuchicheo, que Doc no pudo oír lo que decía. Luego, levantando la voz, continuó:

—Marchaos todos, excepto cuatro. Son órdenes de Kar. Tengo que llevar a los cuatro a presencia del jefe.

Se oyeron algunos murmullos de protesta. Pero, al fin, los ladrones obedecieron la orden perentoria. Sus protestas se fundaban en el temor de dejar el oro sin vigilancia. Lanzaron al agua el último saquito de oro. Todos los ladrones, a excepción de cuatro de

ellos, subieron al camión, que arrancó, descendiendo por Riverside Drive. Los que recibieron la orden permanecieron en el muelle con el portador de la misiva. Transcurrieron varios minutos. El ruido del camión fue apagándose.

—¡Vamos! —exclamó el mensajero en voz alta—. ¡Os llevaré a donde está Kar!

El hombre se dirigió hacia el barco pirata.

—¿Kar está a bordo del Alegre Bucanero? —exclamó uno de la banda.

—Seguro. ¿Qué creías tú?

Los hombres desaparecieron a bordo del buque corsario.

Doc Savage escaló la barandilla con un salto felino. Un rumor de pisadas le indicó que los ladrones estaban a popa. Viéndolos desaparecer por una bajada de cubierta, les siguió. No había visitado aquella parte de la embarcación, a pesar del número de veces que estuviera a bordo. El singular barco era un laberinto de estrechos pasillos y diminutos cubículos. La policía registró el barco de punta a punta cuando trasladaron los cadáveres de los *gangsters* de la banda de Kar y de encontrarse éste a bordo, sin duda alguna, lo hubieran capturado.

Doc siguió a pocos metros de los cinco hombres. Entró por el tercero de una serie de pasillos estrechísimos. Una puerta se cerró con estrépito tras él, cerrando el pasillo. Se lanzó rápidamente hacia el otro extremo, pero encontró el paso cerrado también por una puerta. ¡Luego el techo entero del pasillo se desplomó, con estruendo, sobre su cabeza! La masa de vigas monstruosas abatió a Doc Savage, que cayó de rodillas, no aplastándole por milagro. La puerta del lado se abrió al instante y una antorcha enfocó sus rayos deslumbrantes sobre sus bronceados ojos, cegándole.

—¡Ya lo tenemos! —cacareó el mensajero de Kar—. Lo cazamos en una trampa, aunque es muy listo.

Una pistola de aire comprimido, surgió junto a la antorcha, apuntando a la cabeza de Doc Savage.

¡Bang!, Zumbó la pistola.

La antorcha se apagó cuando el hombre que la llevaba retrocedió con rapidez, temiendo que parte del terrible Humo de la Eternidad salpicara su cuerpo. Los otros pistoleros aguardaban a

varios metros de distancia.

Preguntó uno al mensajero:

—¿Cómo supo Kar que el sujeto de bronce nos seguía?

Respondió con una carcajada el interpelado:

—Muy sencillo. El vigilante del Banco telefoneó a los periódicos de la mañana, denunciando que un gigante bronceado le atacó y robó la cámara acorazada. Supongo que telefonearía a los periódicos antes de hacerlo a la policía. Probablemente quería ver su nombre en letras de molde.

—¡Ah! —exclamó uno.

—Sea lo que fuere —continuó el mensajero—, el aviso llegó a las redacciones minutos antes de ponerse en máquina y por eso aparecieron con la noticia del robo en la primera página. Kar tiene a varios hombres vigilando todas las redacciones, para comprar el periódico en cuanto sale a la calle. A veces los periódicos reciben las noticias antes que la policía. El resultado es que el jefe, al leer la noticia, adivinó que este pájaro bronceado seguía el botín, con la esperanza de que lo conduciría a nuestra guarida.

—De manera que te mandó…

—A que os dijera, en voz alta, para que él lo oyera, que os llevaré en presencia del jefe —rió el gángster—. Kar sabía que Doc Savage caería en la trampa.

—Kar es un as —declaró, admirando uno del grupo.

—Exacto. Pero lo más astuto de todo, es la manera como jamás se deja ver ni siquiera descubre su verdadero nombre.

—¡Tuvimos suerte de que el vigilante telefoneara a los periódicos!

—Ya lo creo —asintió otro.

La antorcha iluminó el pasillo. Un humo gris formaba una regular columna. Las fantásticas chispas eléctricas jugueteaban con viveza. ¡Las vigas derrumbadas estaban disgregándose!

—Eso —se mofó uno de los hombres—, liquida a ese pájaro de bronce.

Pero hubiese o no perecido el gigante bronceado, sus compañeros permanecían aún en la oficina; mientras Doc partió solo a su destino, ellos esperaban órdenes.

XII
El terrible destructor



Seis hombres pasaron toda la noche en vela en la oficina de Doc Savage, obedeciendo sus órdenes de aguardar, al salir presurosos con rumbo desconocido.

Se acercaba el amanecer. Los trenes elevados de la Sexta Avenida empezaban a circular estruendosamente con más frecuencia. Pasada una hora, la ciudad despertaría. Sobre una mesa de la oficina había un periódico de la mañana. En la primera página se destacaban, con letras enormes, los titulares de la historia que el vigilante estúpido comunicó a la prensa. Decían:

> «UN MISTERIOSO GIGANTE BRONCEADO ROBA UN BANCO».

Johnny, el geólogo, murmuró, ansioso, limpiándose los lentes:

—¿Creéis que debemos permanecer inactivos entretanto?

Long Tom, con la nariz enterrada en una monografía técnica, declaró:

—¡Doc sabe lo que se hace! Callaos y dejadme leer.

Apoyó Ham:

—¡Sí, callaos, desgraciados! Deseo escuchar música extraordinaria.

Monk y Renny, con la tranquilidad innata de los grandes atletas, dormían profundamente. Monk roncaba de una manera singularmente variada, con gruñidos desiguales. Ham, sentado cerca

del fantástico roncador, escuchaba con interés la variedad de tonos del repertorio de su compañero.

—Fijaos bien —continuó—. No sólo es Monk el mico más feo del mundo, sino que emite los ronquidos más fantásticos imaginables.

De los seis hombres presentes, sólo Oliver Wording Bittman mostraba cierta nerviosidad. Se levantaba del sillón con frecuencia para pasear de un lado para otro de la habitación.

Preguntó extrañado:

—¿No les preocupa la suerte de Doc Savage? Partió cerca de medianoche. Está amaneciendo y no tenemos noticias suyas.

Long Tom repitió su anterior declaración:

—Doc sabe lo que se hace. Hace mucho tiempo aprendimos a no preocuparnos por él. —Bittman hizo un movimiento para acomodarse de nuevo en su sillón. De repente levantó un brazo, señalando la puerta.

—Escuchen —susurró a media voz—. ¿Oyeron algo?

Monk despertó al instante, y el abogado sospechó que su atormentador simuló dormir para molestarle con sus ronquidos.

Percibieron un ligero sonido procedente del otro lado de la puerta; luego un rumor de pisadas huyendo por el pasillo. Monk aplicó un puntapié al sillón donde Renny dormía con placidez. Los cinco compañeros de Doc se lanzaron como una avalancha sobre la puerta. Oliver Wording Bittman se apartó velozmente del camino, como si esquivara una estampida.

Un hombre penetraba en uno de los dos ascensores que esperaban. Doc describió a todos los reclutas reunidos por Squint. ¡Aquél era uno de ellos! El pistolero cerró la puerta de la cabina antes que los compañeros llegaran y descendió velozmente. Pero junto a aquel ascensor había otro, abierto.

En la oficina, Oliver Wording Bittman, frenético, gritaba.

—¿Dónde están las armas?

No tenía el propósito de entrar en acción, desarmado. Renny, Long Tom, Johnny y Monk se zambulleron en el ascensor abierto. Monk oprimió el botón que cerraba las puertas. Ham se arrojó contra las puertas que se cerraban, deteniéndolas.

—¡Un momento! —gritó—. ¡Ese pistolero hizo ruido adrede para que le oyéramos! ¡Y no hay aquí ningún empleado!

Los otros miraron perplejos, a Ham, sin comprender el significado de sus palabras.

Murmuró Monk, impaciente:

—¡Lárgate! Si tienes miedo de entrar en acción, no estorbes nuestro camino. Puedes quedarte guardando a Bittman. Él no tiene todavía ningún arma.

Replicó Ham, desabrido:

—¡Cállate, desgraciado! ¡Salid del ascensor todos!

—Pero ¿qué…?

—¡Salid y os mostraré mis sospechas!

La conversación transcurrió con rapidez. Los cuatro hombres salieron del ascensor, tan tumultuosamente como habían entrado.

Utilizando su bastón-estoque, Ham bajó la palanca marcada «Abajo». No sucedió nada. Luego cerró las puertas. De ordinario, el ascensor se habría puesto en marcha con suavidad. ¡Pero entonces cayó como una piedra! Oyeron el estruendo sordo de la explosión. ¡Habían colocado una bomba en el mecanismo del ascensor!

—¡Cáspita! —murmuró Monk, contemplando, estupefacto, al astuto abogado.

¡Ham los había salvado de la trampa mortal de Kar!

—¡Usaremos el ascensor de Doc! —gritó Renny.

Corrieron junto a la serie de ascensores. La última puerta permanecía cerrada. Al parecer no había allí ninguna jaula. Pero Renny oprimió un botón y al abrirse la puerta apareció a la vista un ascensor. Era el particular de Doc, para usarse sólo en momentos de suma urgencia. Funcionaba a mayor velocidad que los demás ascensores del gigantesco edificio. Esperaba siempre en el piso ochenta y seis para uso exclusivo de Doc y sus compañeros.

Oliver Wording Bittman salió corriendo de la oficina, al parecer, decidido a entrar en acción sin un arma.

—¡Esperen! —gritó, penetrando en el ascensor—. ¡Quiero participar en esto!

La jaula descendió a una velocidad impresionante, y al parar en seco, arrojó a unos sobre otros.

—Me gusta usar este ascensor —rió Monk.

Salieron corriendo a la calle.

—¡Allí va! —avisó Long Tom.

El gángster visitante estaba parado junto a un automóvil amarillo, a unos cien metros de distancia. El individuo cogió una gorra del interior del taxi y se la puso. De pronto divisó a los hombres de Doc y subió de un salto al coche, que, arrancando velozmente dobló la esquina. Por fortuna Renny tenía su coche estacionado allí cerca. Era un automóvil pequeño y a él subieron los hombres de Doc.

Empezó la persecución. Aparte de algún camión cargado de cacharros de leche, transitaban pocos vehículos por las calles. El diminuto automóvil subió rápida y ruidosamente por el Broadway, dejando tras sí una cadena de motocicletas de la Policía. El diminuto coche de Renny poseía un motor de gran potencia y poco a poco iba dando alcance al fugitivo que, desesperado, no hacía más que virar de una a otra calle, perdiendo terreno. Al fin, el taxi furtivo penetró en Riverside Drive, dirigiéndose al lugar donde se detuvo el camión cargado de oro que Doc siguió. Renny continuó la persecución. Tras ellos llegó una camioneta de la policía, pero pasó de largo, sin verlos, tocando la sirena, buscando en vano a los dos automóviles que utilizaron las calles de Nueva York como pista de carreras. El fugitivo gángster detuvo el taxi junto al muelle, frente al cual el Alegre Bucanero estaba anclado. Saltó a tierra, huyendo y, al divisar al coche de Renny que se acercaba, desesperado, disparó, errando el tiro. Renny levantó al instante una de las pequeñas ametralladoras inventadas por Doc.

—Sería mejor interrogar a esa rata —sugirió Monk—. Quizás podamos obligarle a revelarnos el escondite de Kar.

Juzgando acertada la indicación, no disparó. Paró el coche en seco. Los acompañantes saltaron a tierra, lanzándose a la persecución del fugitivo pistolero. El rata saltó a bordo, sin tener tiempo de retirar la plancha. Presa de desesperación, corrió hacia el primer refugio a mano, dirigiéndose hacia la escotilla de proa, saltando luego al interior de la bodega. El individuo cayó en mala postura. Monk saltó también al interior de la bodega y logró agarrar la chaqueta del individuo. Pero el secuaz de Kar se retorció y huyó hacia la popa, dejándole la prenda en las manos.

Renny lo abatió de un certero disparo, destrozándole la pierna. Los cinco compañeros de Doc, y Oliver Wording Bittman, rodearon

al prisionero, disponiéndose a interrogarle. Pero no llegó a formularse la primera pregunta. Varias antorchas surgieron encendidas de repente, cegándoles con sus destellos. Las luces surgían de la escotilla superior y de una puerta de un mamparo de popa. Y al resplandor de las antorchas aparecieron los siniestros cañones de unas pistolas ametralladoras.

Los hombres de Doc permanecieron inmóviles, impotentes. Se habían guardado las armas mientras examinaban al prisionero.

—¡Achicharrémosles! —rugió una voz desde la boca de la escotilla.

Otro bandido sugirió:

—Quizás Kar los quiera…

—Seguro… ¡muertos! Nos hemos apoderado del pájaro bronceado. Abrasaremos a estos y terminaremos la faena de una vez. ¡Vamos a acribillarlos! Oliver Wording Bittman profirió un agudo grito, saltando a un lado, buscando, frenético, eludir el resplandor de las luces de las antorchas de los pistoleros de Kar.

Una pistola ametralladora, empuñada por un secuaz de Kar, descargó una lluvia de balas por la abertura de la escotilla.

Mientras Doc hallábase, al parecer, en las garras de la muerte, sus amigos también habían caído en una trampa tendida por el diabólico Kar.

XIII
El escondite



Cuando Doc cayó de rodillas, abatido por los golpes de las vigas que se derrumbaron presintió la suerte que le esperaba. Vio la pistola de aire apuntándole y el dedo del pistolero de Kar oprimir el gatillo. El peso de las vigas le impedía saltar; tampoco podía acercarse, ni lo intentó, al cañón de la pistola de la pistola de aire comprimido. Tenía otro plan. Bajo su chaqueta llevaba un chaleco metálico que cubría casi todo su pecho. El metal estaba compuesto del mismo material que los proyectiles de la cápsula que encerraba el Humo de la Eternidad.

Cuando se encerró en su laboratorio experimental con el fin de analizar la cápsula, descubrió que el metal consistía en una aleación rara, cuya naturaleza le reveló un análisis detenido. Como medida de precaución, en caso de ser atacado con el Humo de la Eternidad se fabricó una armadura de la rara aleación aprovechando el surtido de primeras materias que contenía el laboratorio. En consecuencia, en el instante en que vio disparar la pistola de aire, logró, tras un esfuerzo hercúleo, colocar la armadura delante del cañón.

La cápsula conteniendo el terrible compuesto disolvente, se estrelló contra la armadura.

¡Se había salvado!

Luego se arrancó el chaleco protector y la parte delantera de su chaqueta. El Humo de la Eternidad era muy potente y podría correrse en torno a la armadura. Parte de la fantástica substancia se derramó sobre las vigas que empezaron a disgregarse. Haciendo un esfuerzo, retrocedió unos pasos, cuidando de que las vigas no le

aplastaran. Luego escuchó la conversación de sus atacantes.

—Eso —dijo uno— liquida al pájaro bronceado.

—¡Eh! —exclamó otro, un instante después—. ¿Qué ruido es ése?

Oyó que los hombres corrían por la cubierta.

—¡Veamos lo que sucede!

Los asaltantes se alejaron. Y, una vez que lo hicieron, Doc logró, tras grandes fatigas, salir de entre los restos del derrumbamiento del techo y luego subió a cubierta.

Un hombre rugía:

—¡Achicharrémoslos!

El individuo no oyó acercarse al Némesis broncíneo.

Doc Savage vio a sus compañeros y a Oliver Wording Bittman en la bodega, iluminados por los destellos de las antorchas.

Los pistoleros que se imaginaron haber matado a Doc, empuñaban las pistolas ametralladoras; al lado de ellos, hallábanse también los miembros de la banda que robaron al Banco. ¡Todos los ladrones habían regresado!

Los ojos de Doc buscaron a Kar, pero no vio señal del jefe de la banda por ninguna parte.

Los pistoleros se preparaban a disparar. El que capitaneaba al grupo, silbó entre dientes:

—¡Ahora!

Pero el dedo del sujeto no llegó a oprimir el gatillo. El arma fue arrancada de sus manos con tal fuerza, que no pudo resistirla. De pronto escupió una serie de disparos y una espeluznante lluvia de plomo se descargó sobre los *gangsters* de Kar. Los hombres agonizantes cayeron por la escotilla al interior de la bodega.

—¡Doc! ¡Es Doc! —gritó Monk.

El respiro proporcionado por su jefe, dio a los sitiados tiempo para esgrimir sus pistolas ametralladoras.

Los secuaces de Kar, que se refugiaban tras la puerta del mamparo, intentaron disparar. Pero ya era demasiado tarde. Una abrasadora lluvia de balas sesgó sus vidas. El prisionero quiso escapar, pero Johnny le asestó un puñetazo, privándole de conocimiento. Renny y Monk se agarraron al borde de la escotilla.

—¡Vamos a ayudarte, Doc! —gritó Renny.

Pero Savage necesitaba poca ayuda. Cuando Renny y Monk saltaron a cubierta, un pistolero de Kar arrojo su arma, gimiendo:

—¡No me mate!

—¡Soltad las armas! —tronó la poderosa voz de Doc.

Los *gangsters* obedecieron. Y, alzando los brazos, empezaron a gemir, suplicando piedad.

—¡Qué banda más valiente! —rió Ham—. En cuanto se les desarma, son unos cobardes.

—Atadlos —ordenó Doc—. Hablaré con el que parece substituyó a Squint como jefe de paja de esta banda.

Cogió al hombre que le condujo a la trampa mortal del pasillo, al sujeto que había disparado el compuesto disolvente contra Doc unos minutos antes. De los labios del criminal brotó un gemido de terror. Miró los ojos bronceados de Doc, chispeantes al resplandor de las antorchas, y el gemido se trocó en terrorífico chillido.

—¡Déjeme marchar! —suplicó, temiendo ser muerto en el acto.

—¡No es mezquino pidiendo! —rió Monk.

—¿Dónde está Kar? —interrogó Doc.

—No conozco a nadie por ese nombre…

La mentira se convirtió en un espeluznante gemido, cuando le apretó el cuello.

—¿Quieres morir? —le preguntó, severo.

Era evidente que el hombre no tenía tales deseos.

—Ignoro donde está Kar —gimoteó—. ¡Se lo juro, no lo sé! Tiene otra guarida secreta, cuyo emplazamiento nadie conoce, excepto él. Me llama cuando tiene que darme alguna orden. Ni siquiera sé quién es, pues no lo he visto nunca. ¡Le juro que le estoy diciendo la purísima verdad!

—¿Has oído alguna vez hablar de un tal Gabe Yuder? —inquirió Doc.

—No —gimió el cautivo.

—Di la verdad —ordenó Doc.

—Una vez leí ese nombre en una caja de embalaje. Creo que el Humo de la Eternidad fue transportado con ese nombre.

—¿Es él Kar?

—¿Eh? —El prisionero reflexionó—. Es probable.

—¿Dónde guarda Kar las provisiones del Humo de la Eternidad?

En el rostro del prisionero se dibujó una expresión mezquina y astuta. Miró, presuroso, a su alrededor; luego preguntó:

—¿Qué saco con decírselo?

—Bastante. Tu vida.

—Prométame también dejarme en libertad —gimoteó el hombre —. Será de gran valor para usted. Le diré el motivo. Kar posee solo una cierta cantidad de Humo de la Eternidad, guardándolo todo en un escondite. Kar no puede fabricar más de ese Humo, a menos que vaya a cierta isla y recoja los ingredientes. Si destruye usted esa provisión, no será difícil capturarle.

—No —respondió Doc—. Quedarás prisionero. No te pondré en libertad.

—Entonces no le diré donde se esconde el Humo de la Eternidad.

—No hace falta.

—¿Eh?

Los ojos del hombre miraron de soslayo, hacia el mismo lugar adonde dirigió los ojos al mencionar por primera vez el escondite del Humo de la Eternidad.

Esa mirada involuntaria indicó a Doc donde se almacenaba el horrible compuesto disolvente.

—Sé dónde está —exclamó, con acento triunfal.

—¿Dónde? —interrogó Monk, con vivacidad—. Si destruimos ese depósito y Kar queda impotente, lo cazaremos muy pronto.

—Hasta que vaya a la isla del Trueno y obtenga el elemento o la substancia desconocida que forma la base de ese diabólico Humo —señaló Doc—. Os mostraré dentro de un rato donde guarda ese depósito. Pero, antes, atenderemos lo más urgente. Lo primero, es atar a estos hombres.

Amarraron a los prisioneros en escasos minutos.

—La segunda —continuó Doc— es trasladar el oro a tierra.

Esto ocupó bastante más tiempo, pues fue preciso sacarlo del agua.

—Descargadlo en tierra —ordenó Doc, ante el asombro de sus compañeros.

Una vez terminado el traslado de los saquitos de oro, hizo llevar a los prisioneros a tierra, ordenando los dejaran a varios centenares

de metros de distancia del muelle. Luego se lanzó al agua. Como sospechaba, encontró cerca de la popa otra plancha debajo de la línea de flotación. Allí tenía escondido el Humo de la Eternidad. Consistía en un bidón de metal raro, impermeable a sus efectos, de unos veinte litros de capacidad. Lo colocó a la vista de todos, sobre la cámara de cubierta. Luego, saltando a tierra, disparó un tiro contra el bidón, perforándolo.

El resultado fue la cosa más espeluznante imaginable. Los fenómenos relatados con anterioridad eran juego de niños comparados con lo que entonces sucedió. En escasos segundos, el Alegre Bucanero, el muelle y un trozo de tierra quedaron destruidos. Fue imposible calcular hasta qué profundidad de las entrañas de la tierra se extendió la destrucción. Pero debió ser muy profunda, a juzgar por la terrible avalancha de agua que acudió a llenar el boquete. Tan grande fue la fuerza de la corriente del agua, que los barcos anclados a distancia del lugar rompieron sus amarras. Un barquito transbordador fue arrastrado por la corriente, ante el pánico de sus pasajeros. Un humo grisáceo y repugnante se elevó en cantidad tan prodigiosa, que tendió una especie de palio sobre toda la parte baja de la ciudad. El juego de las extrañas chispas eléctricas provocó un sonido semejante a un huracán atravesando una selva monstruosa. Pero, aparte del susto general, no hubo que lamentar pérdidas ni daños a personas o haciendas.

XIV
La carrera



Transcurrió una semana desde los incidentes del Alegre Bucanero. Los dos millones de dólares en oro fueron devueltos al banco. La devolución de la fortuna en oro provocó un incidente notable. Los banqueros supieron que Doc Savage era un bienhechor de la humanidad, que dedicaba su vida a auxiliar a los desvalidos, y le ofrecieron una generosa recompensa de cien mil dólares, confiando que rehusaría y el Banco recibiría una cantidad de propaganda gratis.

Pero Doc Savage les burló, aceptando la oferta. Y, el día siguiente, diez restaurantes de Nueva York empezaron a repartir comida gratis a una multitud de obreros sin trabajo.

La policía no consiguió detener a ninguno de los *gángsters* de Kar y por lo tanto no se les pudo procesar y sentenciar a presidio. En lugar de eso, Doc envió a sus prisioneros a cierta institución para los enfermos mentales, un gran hospital situado en una montaña del Estado de Nueva York, donde serían tratados por un famoso neurólogo. Tardarían años en curarse, de ser curables, pero cuando los libertasen, serían hombres capaces y sanos, física y moralmente útiles a la sociedad.

—Eso es molestarse demasiado por ellos —comentó Doc.

No había señales de Kar. Doc sospechó que el individuo se habría escondido, probablemente lejos de Nueva York. A pesar de la ausencia de todo movimiento hostil del jefe de la banda, Oliver Wording Bittman permaneció al lado de Doc y sus amigos.

—No corre usted peligro —le dijo Doc—. No es muy probable

que Kar se ocupe de nosotros ahora que ha perdido las provisiones del Humo de la Eternidad. Lo tendremos en jaque… hasta que pueda reaprovisionarse de esa substancia infernal.

—¿Cree usted que intentará hacer eso? —inquirió Bittman.

—Así lo espero —fue la respuesta.

El taxidermista se quedó perplejo.

—He ordenado a Ham que examine los pasaportes librados por todo el país —explicó Doc—. En cuanto Kar salga de los Estados Unidos, lo sabremos.

—¿Cree que Kar debe ir a la isla del Trueno a buscar el elemento o substancia desconocida que es el ingrediente principal del Humo de la Eternidad?

—Estoy convencido de ello. El hecho de que Kar robase las muestras de rocas de la isla del Trueno es prueba de ello. Substrayendo los ejemplares de mi caja de caudales, me confirmó lo que yo esperaba averiguar analizando las rocas.

Doc Savage esperaba que Ham se presentase por la mañana temprano, con un informe sobre los pasaportes emitidos. El abogado dispuso que le enviaran por telefoto las fotografías de todos los pasaportes desde la costa occidental. Mientras esperaba se dedicó a sus habituales ejercicios gimnásticos para mantenerse en forma.

Ham apareció de repente, remolineando su bastón de estoque. Llegaba con aire de traer noticias importantes.

—Tenía razón, Doc —declaró—. Mira esta serie de fotografías remitidas por telefoto desde San Francisco.

Exhibió cuatro reproducciones, mojadas aún. Doc las examinó y exclamó:

—¡Cuatro de los secuaces de Kar! Pertenecen al grupo de Squint.

—Partieron en el Estrella Marina, rumbo a Nueva Zelanda —explicó Ham.

—¿Qué partieron?

—Exacto. El buque zarpó ayer.

Doc se dirigió al teléfono. Llamó a uno de los aeródromos más modernos de Nueva York.

—Preparen mi aeroplano de caza, el de alas bajas —instruyó—. Repásenlo y aprovisiónenlo de combustible enseguida.

—No libraron ningún pasaporte a nombre de Gabe Yuder —señaló Ham.

—Es imposible que Gabe Yuder no sea Kar —declaró Doc—. No se atrevería a falsificar un pasaporte. Es posible que vaya de polizón en el Estrella Marina, dentro del camarote de uno de sus compinches. Sea lo que fuere, debemos impedir que esa banda saque de la isla del Trueno el elemento que forma la base del Humo de la Eternidad.

Acto seguido telefoneó al Banco donde efectuaba sus transacciones.

—¿Ha llegado? —preguntó al gerente.

—Sí, señor Savage —fue la respuesta—. La suma es de seis millones de dólares. Lo telegrafió el Banco Nacional de la República de Hidalgo.

—Gracias —dijo Doc, colgando el aparato.

Esta suma fabulosa provenía de un depósito secreto de Doc, de un valle perdido en las montañas inaccesibles de Hidalgo, un lugar habitado por una raza de gente de piel bronceada, descendiente de los antiguos mayas.

En el valle existía una enorme caverna y una mina de oro de riqueza fabulosa, perteneciente al tesoro de los mayas. De ese lugar asombroso recibía Doc su ilimitada riqueza. Pero el dinero no le pertenecía, sino que debía utilizarlo para el bien de la humanidad, a guisa de administrador para el beneficio de los necesitados y el progreso del mundo entero.

—No tenemos que preocuparnos por el dinero —dijo a Ham.

Oliver Wording Bittman, el taxidermista, habló ahora:

—Espero que aceptaran mi colaboración.

—¿Quiere decir que desea acompañarnos? —inquirió Doc.

—Por supuesto. Debo confesar que mi contacto con ustedes ha sido, hasta ahora, muy agradable y la excitación muy regocijante. Mi experiencia de la expedición que hice a Nueva Zelanda con Jerome Coffern les será, sin duda, de gran utilidad.

—¿Habla alguno de los dialectos nativos?

—Uno o dos.

Doc pronunció entonces algunas palabras de un dialecto de los mares del Sur. Bittman respondió, vacilante, en la misma lengua.

Doc titubeaba todavía. No quería llevar a aquel hombre a un peligro aunque el taxidermista parecía tener mucho interés en acompañarles.

—Quizá pueda ayudarles a encontrar a los nativos que acompañaron a Jerome Coffern y Gabe Yuder a la isla del Trueno —insinuó Bittman—. Si habláramos con esos hombres, tal vez nos serviría de mucho.

Esto decidió a Doc Savage.

—Nos acompañará, si lo desea —dijo.

Se activaron los preparativos. Los cinco hombres de Doc conocían con exactitud lo que precisarían y, en consecuencia, cada uno de ellos tuvo cuidado de preparar su equipaje.

—Tendremos que esperar dos días en un barco de la costa del Pacífico —se quejó Renny.

—Tengo un plan para remediar eso —le aseguró Doc.

Partieron a media tarde en el aeroplano de Doc; era un aparato trimotor, moderno, de alas muy bajas. El tren de aterrizaje se plegaba bajo las alas, ofreciendo poca resistencia al aire. Volaba a una velocidad de trescientos kilómetros por hora. Era lo más práctico y moderno en aviación.

El aparato se elevó con rapidez y a la altura de dieciséis mil pies halló una corriente de aire favorable. Las montañas Apalaches yacían en el fondo, a sus pies; más adelante, unas nubes agrietándose permitieron ver la ciudad de Pittsburg. Los seis hombres volaban cómodamente. La cabina incombustible les permitía fumar; estaba además acolchada para aislar los ruidos. El aparato, todo metálico, llevaba un depósito de gasolina suficiente para efectuar un vuelo directo a través del Atlántico. Doc pilotaba el avión, aunque sus cinco amigos eran también excelentes pilotos. Aterrizaron en Kansas para reaprovisionarse y telefonear a las oficinas de la compañía naviera del Estrella Marina, donde embarcaron los hombres de Kar. El buque Estrella Marina hallábase ya a varios centenares de millas de la costa, le informaron en las oficinas.

Aterrizaron de noche en el aeródromo de Los Ángeles.

—¡Esto es viajar! —comentó Oliver Wording Bittman, con admiración.

Tomaron provisiones. Monk compró tabaco y papel de fumar. Llenaron los depósitos de gasolina. El taxidermista, entretanto, se ausentó afirmando que necesitaba alguna medicina eficaz contra el mareo del aire. Mientras tanto, los mecánicos del aeródromo colocaban unos largos flotadores al aeroplano. Un tractor lo transportó al agua.

Doc escogió adrede un campo de aviación cercano a la playa, y en menos de dos horas reanudaban la travesía. Despegando, Doc puso rumbo al Pacífico.

—¡Cielos! —exclamó Bittman, lleno de estupor—. ¿Intenta cruzar el océano?

—No; a menos que Renny haya olvidado el arte de navegar y Long Tom no sea capaz de orientarse por radio —replicó Doc—. Sólo pretendo alcanzar al buque Estrella Marina.

—Pero el aeroplano…

—Los propietarios del buque radiaron, a petición mía, ordenando al capitán que tomase el aeroplano a bordo.

Long Tom continuó trabajando con su equipo de radio. De vez en cuando, avisaba a Renny el lugar exacto de donde venían las señales de radio del Estrella Marina. Era en verdad difícil volar directamente hacia un vapor navegando en alta mar.

Al amanecer divisaron al Estrella Marina. El vapor avanzaba en una mar llana. El aparato de los compañeros amarró cerca; luego se deslizó de una manera experta a sotavento del macizo casco del buque. Echaron por el costado un botalón de carga, del que pendían unas cuerdas. Doc las cogió, atándolas a unos pernos de acero que, para este mismo fin, se ajustaron al avión de caza.

Los pasajeros se agolparon en las barandillas, aclamando a los audaces aviadores mientras izaban el aeroplano a bordo. La gigantesca figura broncínea de Doc provocó sensación. Después de quedar amarrado el avión, Doc tuvo una extensa conferencia con el capitán del barco.

—Lleva usted cuatro facinerosos a bordo —explicó Doc—. Aquí tengo sus fotografías —agregó, exhibiendo las copias de telefoto de las fotografías de los pasaportes de los cuatro hombres de Kar.

El capitán las examinó profiriendo una exclamación de sorpresa.

—Esos hombres se trasladaron a un yate veloz que nos alcanzó

ayer.

—Pues no tenemos mucha suerte por ahora —murmuró Doc Savage, sin mostrar su profunda decepción.

A continuación describió a Gabe Yuder, repitiendo la descripción que le diera el taxidermista.

—¿Hay un hombre parecido a bordo? —preguntó.

—No lo creo —respondió el capitán—. No llevamos a bordo a nadie llamado Gabe Yuder o Kar ni a ninguna persona que responda a esa descripción.

—Gracias —respondió Doc.

Abandonó con lentitud la cabina del capitán y comunicó las malas noticias a sus compañeros.

—Pero ¿cómo demonio supieron que veníamos? —murmuró el taxidermista.

—En efecto, ¿cómo diablos se enteraron? —gruñó Monk.

—Kar tuvo algún espía siguiéndonos los pasos en Nueva York —explicó Savage—. Cuando partimos en aeroplano, Kar recibió la noticia y no le fue difícil adivinar nuestros propósitos. Es posible que el yate que recogió a sus hombres fuese un barco contrabandista, con el que se puso en contacto.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —inquirió Renny.

—Lo único que puede hacerse es… toparse con Kar en la isla del Trueno.

Los días siguientes pasados a bordo del Estrella Marina transcurrieron monótonos. Los seis amigos se aburrían de lo lindo. Ignoraban la actuación de su enemigo. Otra conversación con el capitán del buque les convenció de que el yate que recogió a los miembros de la banda de Kar era en verdad muy rápido, mucho más que el Estrella Marina.

—¡El tuno quizá navegue ante nosotros! —gimió el taxidermista.

—Es probable —reconoció Doc.

Cuando se hallaron a unos centenares de millas de Nueva Zelanda, podrían haber acortado el viaje volando. Pero en aquel momento el Estrella Marina iba capeando un temporal y las olas gigantescas barrían la cubierta. Por fortuna el aeroplano quedó intacto, pero era imposible despegar. Además, el barco no estaba provisto de catapultas para lanzar aeroplanos. Y en consecuencia,

los compañeros permanecieron a bordo.

Llegaron por fin a Auckland, el primer puerto de Nueva Zelanda. La mar estaba lo bastante tranquila en el puerto para descargar el aeroplano, aunque la tormenta de viento continuaba. Johnny, el geólogo, visitó diversos lugares para informarse acerca de la isla del Trueno.

—Es un lugar muy extraño —comunicó a Doc—. Es el cono de un volcán activo y gigantesco. En la parte exterior de dicho cono no crece ni una brizna de hierba; es de roca sólida.

Johnny adoptaba un aire de misterio.

—Ahora viene la parte extraña —continuó—. Ese cráter es un monstruo que tiene unas veinte millas de diámetro. Está cubierto perpetuamente de compactas masas de vapor. Hablé con un piloto que voló por encima hace unos años proporcionándome una descripción excelente.

—Estupendo —sonrió Doc.

—Asegura que existe otra isla, de coral, a unas cincuenta millas de la del Trueno —continuó Johnny—. Está habitada por una tribu de nativos semisalvajes. Me recomendó que utilizáramos esa isla como cuartel general.

—No es mala idea —asintió Doc.

Oliver Wording Bittman, el taxidermista, salió en busca de los nativos que guiaron a Jerome Coffern y a Kar a la isla del Trueno en la anterior expedición. Regresó meneando la cabeza.

—Ha ocurrido una cosa horrible —murmuró con voz hueca—. Todos los que acompañaron a Jerome Coffern y a Kar desaparecieron de una manera misteriosa hace unos meses.

Los ojos de Doc chispearon. Vio en esto la mano de Kar. Aquel hombre era de una previsión diabólica. Asesinó a todos los que pudiesen dar fe de su estancia en la isla del Trueno.

—Espero que algún día pondré las manos encima de ese monstruo —gruñó Renny, con los puños crispados.

—Haremos cuanto sea posible para satisfacer su deseo —prometió Doc, en tono resuelto—. ¡Partiremos en el acto hacia la isla del Trueno!

XV
El monstruo volador



¡La isla del Trueno!

El gigantesco cono se proyectaba sobre el límpido y transparente Mar del Sur desde más de cien millas de distancia. El aire era claro y fino; el sol llameaba centelleante. Sin embargo, por encima del cráter gigantesco, y evidentemente surgiendo de su interior, cerníanse unas masas de nubes.

—La información recibida de aquel piloto es exacta —declaró Johnny—. Fíjate en el vapor que forma perpetuamente una manta sobre el cráter.

—El lugar tiene un aspecto extraño —murmuró Monk, avizorando con sus ojillos la isla.

—No es tan extraño —corrigió Johnny—. Los cráteres volcánicos llenos de vapor no son tan raros en esta parte del mundo. Hay, por ejemplo, el Ngauruhoe, un cono en Nueva Zelanda que emite gases y vapores continuamente. Y, para mayor ejemplo de la extraordinaria actividad terrestre, fijaos en la gran región de los *geysers*, extraños manantiales que elevan a gran altura líquido y barro hirviente, situados también en Nueva Zelanda.

—Puedes servirnos esa conferencia geológica con nuestra cena —resopló Monk—. Me refería a la forma de ese cono. ¿Observáis cuán inclinado está hacia la parte superior? ¡Pero si en algún lugar tiene más de mil pies de altura, cortados a cuchillo!

—El borde del cono es inaccesible —observó Johnny, con enojo.

—¿Quieres decir que nadie lo escaló jamás para contemplar el interior?

—¡Creo que es exactamente ése el significado de la palabra inaccesible!

—Te estás volviendo tan cascarrabias como Ham —resopló Monk—. ¡Eh, muchachos! Ahí está la isla de coral. Estableceremos nuestra base allí, ¿no es verdad?

La isla de coral tenía menor extensión que la del Trueno y en el centro existía un lago reflejando como un enorme espejo.

Doc enfiló el aeroplano hacia la isla. Al acercarse a la especie de anillo verde que rodeaba la isla, vieron que la vegetación era del tipo usual de las islas tropicales. Había *noni enatas*, unos arbustos diminutos que daban unas peras rojas, palos, hachas, magnolios parasoles, árboles de la cera, y moreras de flores amarillas y hojas redondas. Los hibiscos y los pandanos extendían sus flores verdes y relucientes y se veían también en abundancia petavii, una especie de plátanos curvados.

—Estaba habitada, no cabe duda —anunció Monk—. Allí veo la casa de los demonios, en lo alto del terreno más elevado.

Johnny enfocó sus gemelos y exclamó presa de estupor:

—¡Los habitantes deben de ser salvajes! ¡La casa de los demonios está rodeada de cráneos humanos, montados en estacadas!

—No tiene nada de extraordinario —empezó Renny—. Antiguamente…

—¡Ahí está poblado! —gritó Long Tom.

El montón de chozas se perdió de vista entre los cocoteros del borde del lago. Semejaban colmenas oscuras sobre zancos. Los nativos corrían de un lado a otro, excitados por la presencia del aparato. Eran individuos bien proporcionados e iban desnudos, a excepción de una especie de taparrabos hechos de corteza de moreras. Muchos, especialmente las mujeres, adornaban sus negros cabellos con flores. Algunos de los hombres iban tatuados de una manera fantástica.

Aparecieron varios *prahus* en el lago, llenos de nativos presa de viva excitación. Los hombres empuñaban lanzas y cuchillos de bambú afilados como una navaja barbera.

—Parecen estar excitados —gruñó Monk.

—Sí, demasiado —replicó Doc Savage, pensativo.

El aeroplano de Doc voló sobre la isla de coral con la suavidad de una gaviota Luego se sumergió y los flotadores se posaron sobre el lago liso y cristalino. Los *prahus*, llenos de nativos, huían como si el diablo les persiguiera. Miles de *Kois*, un pájaro negro que vuela en densas bandadas, surgieron de la exuberante selva. Cuando Doc paró los motores, oyeron las notas estridentes de las cacatúas.

—No me gusta la manera como nos reciben —advirtió Doc—. Será mejor que tengamos ojo avizor, hermanos.

Amarró el aparato cerca de las chozas. Las altas palmeras mostraban que se las cultivaba por los cocos, a los menos estaban provistas de las ingeniosas trampas nativas para cazar al destructor cangrejo tupa.

De repente, Ham profirió un grito de sobresalto y, soltando su bastón estoque, se llevó una mano a la pierna. Un instante después, los ecos de un disparo de rifle retumbaron por toda la extensión del lago.

¡Alguien tiroteaba!

Unas cuantas balas más zumbaron con estruendo junto al aeroplano. Ham recibió un simple rasguño y fue el primero en saltar del aparato y refugiarse entre las palmeras. Los otros le siguieron, revólver en mano. Al girar Doc la vista observó una cosa sorprendente. ¡El tiro había sorprendido a los nativos tanto como a sus compañeros!

Unos instantes después Doc oyó una palabra o dos de la lengua nativa.

—¿Por qué tratáis a los visitantes pacíficos de esta manera? —preguntó en el dialecto.

Los nativos se impresionaron al oír su lengua hablada con tanta perfección por el gigante bronceado. Respondieron enseguida. Durante algunos minutos, se cruzaron palabras extrañas. La tensión disminuyó de una manera visible. La voz agradable de Doc los tranquilizó.

—Es extraño —dijo a sus compañeros—. Ignoran quién disparó el tiro. Me dicen que pensaban que no había rifles en la isla.

—Son unos embusteros —rió Monk.

—No lo creo así —replicó Savage, pensativo—. Estoy seguro de que ignoraban que existiesen en la isla armas de fuego. Al parecer,

se trata de un rifle.

—Mejor será que no perdamos el tiempo charlando y nos pongamos a buscar al agresor —terció Ham—. Por si lo habéis olvidado por poco me tumba.

—Calma, Ham —avisó Doc, señalando a los nativos que registraban la vegetación tropical—. Buscan al tirador.

Mas no encontraron al agresor. Los indígenas iniciaron una batida, pero al cabo de un rato, la languidez natural de la gente de los trópicos les hizo perder entusiasmo al no encontrar a nadie. Formar grupos contemplando a los blancos, especialmente al gigante de bronce, era mucho más interesante.

—Siempre lo mismo —rió Monk—. Doc hace sensación donde quiera que vaya.

Ham giró los ojos en torno a los nativos que rodeaban al químico. El cuerpo titánico de orangután les tenía boquiabiertos.

—También produces sensación —se mofó Ham—. Creen que eres el eslabón perdido.

Pero se arrepintió del insulto al instante, cuando Monk cogió a un nativo y le explicó con gravedad, por medio de gestos, que la tribu debía vigilar alerta los muchos marranos que corrían de un lado a otro, porque Ham intentaría robárselos.

Esto empeoró la situación, pues breves momentos después, unos treinta nativos se acercaron con unos cuantos cerditos chillando, pretendiendo regalarlos al indignado abogado. Renny entretenía a unos cuantos isleños rompiendo cocos con una sola mano. Johnny y Long Tom, bien armados y alerta, penetraron en la selva, aprovisionándose de frutos del pan que pesaban varias libras.

También cogieron unos cuantos cocos, para hacer *feikai*, o fruta del pan tostada mezclada con leche de coco. Oliver Wording Bittman penetró solo en la jungla, pero regresó poco después, manteniéndose arrimado a Doc, como si buscase protección.

Una ametralladora comenzó a disparar. Observando la terrible rapidez de los disparos, Doc conoció que se trataba de una de las pistolas de su invención. Un hombre herido mortalmente, lanzó un grito de agonía.

¡Kar-o-o-m!

Una terrible explosión hizo temblar la choza donde Doc curaba a

un nativo.

Él y Bittman salieron corriendo. Cerca del aeroplano, se elevaba una columna de humo sucia. Unos restos remolineaba en el aire. Y sobre la orilla del lago cayó una cosa deforme y espeluznante, el cuerpo desmembrado de un hombre.

—Era uno de los pistoleros de Kar —gritó Renny, empuñando una pistola ametralladora humeante—. El bandido llevaba una bomba, con la mecha encendida. Corría a arrojarla contra el aeroplano cuando le vi y disparé.

—¿Estás seguro que se trataba de un miembro de la banda de Kar? —inquirió Doc.

—Sí. Era uno de los hombres que esperábamos atrapar a bordo del Estrella Marina.

—Mala noticia —declaró Doc—. Eso significa que el yate era lo bastante rápido para llegar aquí con anticipación.

—¿Crees que ese maldito Kar se encuentra en esta isla de coral?

En lugar de responder, Doc procedió a interrogar a los nativos que parecían más inteligentes, pero sus palabras no arrojaron ninguna luz sobre la situación.

—Escuchad esto —tradujo a sus amigos—. He preguntado a los nativos si habían visto algún barco y dicen que no. Luego les pregunté si habían visto algún aeroplano, como el nuestro. Y la respuesta explica su terror ante nuestra llegada.

—¿Quieres decir que ese infernal Kar vino en aeroplano y los bombardeó o ametralló? —inquirió Ham.

—No. Su contestación es algo fantástica. Aseguran que unos gigantescos demonios voladores, casi tan grandes como nuestro aeroplano, vienen a veces a la isla del Trueno a cazar y devorar miembros de la tribu.

—Deben beber alcohol de orugas —gruñó Monk.

—¿Eh? —inquirió Ham.

—Quién toma un par de copas no tarda en ver las más alucinantes visiones.

—Además —continuó Doc—, aseguran que vieron a uno de esos demonios voladores ayer mismo. Confiesan que no aleteaban y que producía un sonido de gruñido muy fuerte. Eso significa que vieron un aeroplano. ¿Y qué otro aparato sino el de Kar podían ver?

Renny gruñó:

—Kar está…

—¡En la isla del Trueno! El pistolero a quien acabas de exterminar fue dejado aquí con el propósito de impedir nuestra visita a esta isla y ha permanecido oculto de los nativos. Sin duda Kar se proponía recogerlo más tarde.

—Pero ¿dónde conseguiría un aeroplano ese diablo?

—En Honolulu, Nueva Zelanda y hasta en Australia. Tuvieron tiempo. Recordad que la tempestad retardó al Estrella Marina. Es posible que Kar eludiese esa tempestad y su embarcación era más rápida.

Ham apuntó al sol con su bastón estoque.

—¿Qué os parece la proposición de echar un vistazo a esa isla del Trueno? Hay tiempo antes de oscurecer.

—Lo haremos, hermanos —dijo Doc—. Todos vosotros os pondréis los paracaídas. El aeroplano de Kar puede atacarnos y tener la suerte de disparar una bala incendiaria contra nuestro depósito de gasolina. En tal caso los paracaídas serían útiles.

Hicieron los preparativos con gran rapidez. El aeroplano se deslizó sobre el cristalino lago y despegó en presencia de una multitud de nativos estupefactos. Luego, Doc enfiló el aparato hacia la isla del Trueno, a unas doscientas millas por hora.

El cono volcánico aparecía más alto y más majestuoso a medida que se acercaban. Sus proporciones eran impresionantes. Las nubes de vapor se amontonaban por encima, formando como un nimbo de sobrenatural belleza.

—Es uno de los espectáculos más imponentes que he visto en mi vida —comentó Ham.

Monk gruñó:

—Sí, estupendo:

El aeroplano empezó a volar en torno al magnífico cono de piedra desnuda. No se veía por ninguna parte ni una sola brizna de hierba. Los acantilados rocosos aparecían completamente desnudos de toda vegetación. Aquella ausencia total de todo vestigio de vida era deprimente.

—Ahí no podría vivir ni siquiera una cabra —murmuró Renny.

—A menos que le entrasen ganas de comer rocas —resopló el

irresistible Monk.

No se veían por ninguna parte señales de Kar.

—Es raro —declaró Ham—. No se ven desfiladeros ni grandes cuevas donde haya podido esconder su aparato. De estar aquí, es seguro que lo hubiésemos visto.

—¿Creen que consiguió un nuevo aprovisionamiento del elemento con que fabrica el Humo de la Eternidad y ha regresado a América? —preguntó el taxidermista—. Desde luego, será necio perder el tiempo.

—Es imposible saberlo con certeza, aunque dudo que abandonara a su hombre en la isla del coral —replicó Doc—. Existe una probabilidad: probaremos el cráter.

—¿Sumergirnos en ese vapor terrible? —gimió Bittman—. ¡Pereceremos todos!

El taxidermista parecía aterrado ante la perspectiva. Hasta se acercó a coger su paracaídas.

Renny le contuvo diciendo:

—Estará seguro con Doc.

—El vapor nos escaldará…

—No lo creo —le aseguró Doc—. La cresta de ese cono está a muchos miles de pies sobre el nivel del mar. En realidad, hallará usted vestigios de nieve cerca de los bordes. A esa altura, basta un poco de aire húmedo y caliente para formar una nube parecida a ese vapor sobre el cráter.

—¿Quieres decir que pretendes entrar volando en el cráter? —preguntó Monk, boquiabierto.

—Lo probaremos —sonrió Doc.

El potente aeroplano siguió remontándose.

—Esto es sólo una formación de nubes producida por la evaporación del vapor acuoso que surge del cráter —explicó, levantando la voz por encima del estruendo de los motores.

El vapor iba espesándose, penetrando en la cabina. El mundo parecía convertirse en un color gris y bilioso. La visibilidad desapareció, a excepción de unos cuantos metros más allá de las puntas de las alas.

—Long Tom —indicó Doc—, lanza el aparato en señal de peligro a quinientos pies.

Long Tom obedeció en el acto.

Aquel aparato consistía en un mecanismo que lanzaba una serie de sonidos de campanilla de un tono muy distinto al estruendo del motor y de otro dispositivo que media el tiempo transcurrido hasta que la tierra devolvía el eco. Si ése intervalo de tiempo era demasiado corto, sonaba una campanilla avisando peligro. Funcionando ese aparato, si el aeroplano llegaba a ciegas a unos quinientos pies del fondo del cráter, o de los costados, sonaría la alarma.

El aeroplano continuó descendiendo por el cráter, trazando espirales, envueltos en un vapor blanco.

—¡Regresemos! —gimió el taxidermista—. ¡Este lugar es horrible!

—En efecto, pone los pelos de punta —murmuró Monk—. ¡Cáspita! ¡Mirad lo que hay allí!

Todos los ojos miraron en la dirección que sus brazos largos y velludos señalaron. Vieron poco, pero se les heló la sangre en las venas. Una masa negra y maligna pareció surgir un momento entre el vapor grisáceo. Podía haber sido una nube sucia y torturada a juzgar por la manera como cambiaba de forma en medio de convulsiones.

Luego desapareció, succionando tras sí parte del vapor gris.

—¡Seguramente estoy viendo visiones! —tartamudeó Monk.

—¿Qué fue ello? —gritó Ham—. ¿Qué era esa cosa en la nube? Parecía tan grande como este aeroplano.

Monk jadeaba convulso, con los ojillos desorbitados.

—¡No era tan grande! —balbuceó—. ¡Pero es lo más feo que he visto en mi vida! ¡Y he visto muchas cosas horribles!

—Si te miras al espejo, no cabe duda —insinuó Ham.

—Era uno de esos demonios voladores de que hablaron los nativos a Doc —declaró Monk—. Y, en verdad, un monstruo volador es el verdadero nombre de ello.

—Sin duda te emborrachaste con alcohol de oruga —se mofó Ham.

—¡Rápido! La voz poderosa de Doc Savage resonó con estruendo —. ¡Las ametralladoras! ¡A la derecha! ¡Tumbad a ese monstruo! ¡Cazadlo! ¡Tirad todos sobre ese ser infernal!

Todos los hombres miraron hacia la derecha.

—¡Ese monstruo volador vuelve otra vez! —gritó Monk.

La masa negra y maligna reapareció entre los vapores grisáceos. Pero entonces los aviadores tuvieron ocasión de verlo con claridad; podían contemplar perfectamente al espeluznante monstruo que, como una pesadilla infernal, surgía ante sus ojos incrédulos.

¡El monstruo volaba en aquel momento a la misma velocidad que el aeroplano! Sus diabólicos ojos, clavados en el aparato, dudaban en atacarle. Tenía unas mandíbulas horripilantes, largas como el cuerpo de un hombre y sembradas de dientes cónicos y espeluznantes. El cuerpo no tenía pelo ni plumas, sino que se veía cubierto de una piel curtida y repugnante. Lo más horripilante de todo eran las alas pues eran membranosas como las de un murciélago; cuando se plegaban y desplegaban en vuelo, aleteaban como una enorme lona gris y sucia. En la punta de la primera articulación de las alas, había cuatro largos dedos armados de terribles garras.

El horrible monstruo dio de repente rienda suelta a su grito. Se trataba de una fantástica combinación de rugidos y aullidos, unos sonidos de tal volumen, que el jadeo de los motores del aeroplano quedaba reducido a una cosa insignificante. Y el aullido tenía un final tan espeluznante como su nota; se detuvo de una manera que daba la impresión nauseabunda de que el ruido mismo ahogó el horripilante monstruo.

—¡Es un *pterodáctilo* prehistórico! —gritó Johnny—. ¡Eso es lo que es!

—¿Un qué? —gruñó Monk.

—Un *pterodáctilo*, un reptil volador de la orden de los *pterosaurios*. Se supone que se extinguieron al final de la época mesozoica.

—¡No es verdad! —resopló Monk—. ¡Tú puedes verlo con tus propios ojos!

—¡Usad esas ametralladoras! —ordenó Doc—. ¡Ese animal infernal nos atacará!

¡El horrible reptil volador abría poco a poco sus enormes mandíbulas armadas de dientes espeluznantes! Las pistolas ametralladoras escupieron rápidas y mortíferas. Las balas

acribillaron al monstruo. El reptil aéreo inició su grito horripilante, terminando en un largo y penetrante balido. El animal cayó, rotos los huesos, batiendo las alas.

Monk rió:

¡Ahora respiro a pleno pulmón! Ahora…

El aeroplano se bandeó frenético.

Otro *pterodáctilo* prehistórico surgió del vapor; una cosa gigantesca y fantástica que embistió al aeroplano. Sus dientes cónicos y horribles hicieron presa en el ala izquierda. ¡Un tirón, un chirrido de metal rompiéndose y el ala del aparato quedó destrozada! El avión se ladeó sobre la punta de un ala y empezó a girar, poco a poco. El *pterodáctilo* se aferraba al ala en que hacía presa, como un perro pachón tenaz.

—¡Los paracaídas! —tronó Doc—. ¡Saltad! ¡Nos estrellaremos de un momento a otro!

XVI
La noche de pesadilla



Rápidamente los cinco hombres de Doc salieron por la puertecilla del aeroplano, asiendo las cuerdas de sus paracaídas. Renny fue el primero en salir. Monk se detuvo un instante a coger su lata de tabaco y luego siguió. Long Tom, Ham y Johnny se zambulleron después. Oliver Wording Bittman se resistía tembloroso.

—No quiero… —gimió.

—Tampoco nosotros —cortó Doc, con firmeza—. ¡No hay opción!

Y, antes de que fuese demasiado tarde, cogiendo al taxidermista en sus brazos, se lanzó al espacio. Con igual calma que si se encontrase pisando terreno sólido, abrió el paracaídas de Bittman y, descendiendo unos centenares de pies, abrió el suyo. Tras una sacudida, flotó suavemente, a tiempo de contemplar el asombroso paraje que le rodeaba.

El vapor, como sospechara, se hacía menos denso al tiempo que el calor aumentaba. El aire caliente y húmedo, chocando de repente con la capa fría de encima del cráter formaba nubes vaporosas que servían de cortina a los espantosos secretos que el lugar encerraba.

Unos disparos de ametralladoras llamaron la atención de Doc Savage. Al instante sacó su pistola de su funda. El *pterodáctilo* había soltado su presa tonta sobre el aeroplano que caía y atacaba a Johnny. Las balas del larguirucho arqueólogo hicieron retroceder al monstruo, pero embistió de nuevo. Las mandíbulas repelentes se veían completamente distendidas; cada uno de sus múltiples dientes cónicos y horribles eran capaces de atravesar el cuerpo de un

hombre. La pistola ametralladora de Doc Savage lanzó una descarga mortífera sobre los huesos del cuello del animal, destrozándoselos.

El reptil aéreo se desplomó sin vida.

Johnny levantó un rostro lleno de agradecimiento.

—Mis disparos no hicieron mucha mella —gritó.

—Dispara sobre el cuello o los ojos —replicó Doc Savage.

Sintiéronse en aquel momento unas violentas corrientes de aire. Los paracaídas fueron lanzados con fuerza hacia un lado, lejos del borde del cráter.

Mirando abajo, Doc Savage divisó un espectáculo extraordinario. En el fondo, se extendía un lago de barro, largo y estrecho. Una costra, semejante al asfalto y al parecer durísimo, cubría el lago que, a juzgar por el calor del aire húmedo que se precipitaba hacia las capas superiores, debía estar casi candente. Probablemente ese asombroso lago de barro llegaba, en forma de herradura, a la mitad de la circunferencia del cráter. Los extremos se perdían de vista. Una pared natural de lava lo limitaba por uno de los lados, bien encima del suelo.

El destrozado aeroplano cayó en el lago de barro, rompiendo con su peso la costra. Al instante, prodújose una erupción. La columna de un *geyser* de barro hirviente, semejante a lava, se elevó a unos cientos de pies, impulsado por la presión del vapor concentrado bajo la costra.

El vapor lanzaba un rugido ensordecedor. Unos crujidos estruendosos barrieron el lago de barro cuando la costra se posó. De innumerables lugares surgieron erupciones menores. El vapor, surgiendo y elevándose por todas partes, envolvió a los paracaídas que descendían.

—¡No veían adonde aterrizaban!

Los paracaídas se agitaron como hojas al viento en el aire perturbado. Los vientos candentes y violentos los alejaron del lago de barro, arrojándolos lejos del suelo del cráter.

Doc Savage, ametralladora en mano, esperaba. Sus ojos broncíneos intentaban horadar aquel mundo vaporoso. El aire era tan caliente, que trastornaba y poseía una fragancia extraña e inusitada. Semejaba aquello la atmósfera de un invernadero, impregnado del olor de las plantas rancias y putrefactas.

Los crujidos estruendosos del lago de barro desaparecieron con igual rapidez que se iniciaron. De repente surgió abajo un espantoso estruendo. Un grito penetrante, parecido a una trompeta, retumbó por todo el cráter. Unos chillidos bestiales hendieron el espacio. Los crujidos de ramas rompiéndose y los ruidos sordos de cuerpos gigantescos que con sus pisadas hacían temblar la tierra, formaban un concierto de pesadilla que estremecía al más osado.

—¡Renny! ¡Monk! —La voz de Doc Savage resonó a través de aquel clamor infernal—. ¡Arrojad aire por un lado del paracaídas y procurad rehuir la vecindad de ese ruido!

Del fondo del abismo de vapor, donde sus hombres desaparecieron de la vista, brotaron unos gritos de respuesta. La fronda de un helecho colosal pasó rozando por el lado de Doc, quien aterrizó en un laberinto de plantas trepadoras y siemprevivas. Más helechos menores, formaban una alfombra esponjosa. Parecía descender sobre una pila enorme de verdes telarañas.

Soltando el paracaídas, saltó a una parte menos enmarañada, donde el suelo era blando como si lo acabaran de arar. ¡El horrible alboroto que oyeran antes cesó de súbito! ¡Pero fue reemplazado por un ruido sordo que parecía provenir de algún monstruo volando! El estruendo se alejaba con la velocidad de un tren expreso.

De improviso, surgió la nota baja y gorgueante de Doc Savage. Ahora, más que nunca, el sonido sugería la presencia de un pájaro extraño de la selva virgen. También parecía el viento filtrándose por la floresta fantástica que les rodeaba. Y, como siempre, aquel sonido triunfal transmitía un mensaje claro.

Indicaba silencio. ¡La muerte rondaba!

Doc comprendió que aquel infernal concierto que oyeran mientras descendían, significaba una batalla a muerte entre los gigantes de un mundo de reptiles prehistórico. Reconoció también las plantas que le rodeaban: algunas se habían extinguido hacía milenios. Había penetrado en una región que perduraba a través de los siglos, una tierra espeluznante, infernal donde la fuerza era la única ley.

¡De pronto percibió muy cerca el jadear de un animal gigantesco! La respiración era acelerada, como si el monstruo

hubiese estado librando una batalla mortal.

De repente, la vegetación crujió cuando el monstruo entró en acción. ¡Estaba embistiendo a Doc Savage!

Cambiando de posición con la rapidez de una centella, el hombre quedó en presencia de un monstruo tan terrible y repugnante como jamás contemplaron ojos humanos. El horroroso animal surgió del vapor como una casa alta, saltando sobre unas patas traseras macizas y balanceándose por medio de una enorme cola, semejante a la de un canguro. Las dos patas delanteras eran pequeñas, como cuerdas cortas colgando. ¡Sin embargo, a pesar de su ridícula apariencia, eran más gruesas que el cuerpo de Doc Savage!

A la terrible aparición acompañaba el repugnante olor de un animal carnívoro, hediondo y putrefacto. La piel del monstruo se parecía a la de los cocodrilos. Sus garras eran armas terribles de ataque, de tales dimensiones, que con facilidad podrían hacer presa y aplastar a un toro grande. Quizás lo más espantoso del animal eran los dientes, que servían de arma a un hocico repugnante de tamaño tan inverosímil como el resto del monstruoso ser prehistórico. Tan grande era el peso del animal, que sus pies se hundían en la tierra esponjosa, cerca de dos metros a cada brinco.

—¿Qué es eso, Doc? —gritó Monk.

—¡Un *tiranosaurio*! —respondió Doc Savage—. ¡Estén alerta!

El monstruoso animal, después de pasar saltando por el lado de Doc, se detuvo en seco. Un instante después, el animal embistió en dirección del sonido de la voz.

—¡Esquívalo, Monk! —tronó Doc—. ¡Esquívalo! Esa bestia posee probablemente un cerebro pesado, lo cual se supone fue una característica de los dinosaurios prehistóricos. ¡Apártate de su paso y transcurrirán varios segundos antes de que pueda decidirse a seguirte!

Crujieron unos arbustos. Luego, de la ametralladora de Monk salió una lluvia de balas. Los arbustos crujieron de nuevo.

El químico gritó, espantado:

—¡Monk! ¡No intentes disparar otra vez sobre el animal! ¡Tan sólo un cañón sería capaz de abatir a ese monstruo!

—¡No hace falta que me lo digas! —resopló Monk—. ¡Cielos!

¡Aquel murciélago que mordió el ala de nuestro aeroplano, era un angelito al lado de este fenómeno! ¡Ah! ¡Aquí vuelve otra vez!

Se repitió la embestida estruendosa y la esquivada de Monk, que esta vez no disparó. Comprendía que Doc tenía razón. Las ametralladoras no molestarían lo más mínimo al monstruo.

—¡Lo esquivé! —avisó.

—¡Entonces, cierra esa boca! —rugió Ham—. ¡Se enfurece al oír tu voz!

El vapor proveniente de la erupción del lago de barro desaparecía con rapidez. ¡El feroz *tiranosaurio* podría pronto verlos con toda claridad!

—¡Reuníos todos con Monk! —gritó Doc, eludiendo con agilidad al monstruo, cuando éste, al oír su voz, procuró embestirle.

Divisó a Oliver Wording Bittman destacándose en el vapor que se dispersaba. Su mandíbula se estremecía convulsa, pero sostenía la lengua entre los dientes, temeroso de que su chirrido atrajese al terrible reptil.

Doc se sorprendió al ver que Bittman se había acobardado. Johnny, Long Tom y Ham se reunieron con Monk. También estaban pálidos. Pero en sus ojos brillaba la luz de un valor espléndido. Ardía en ellos la llama del entusiasmo. Vivían para las aventuras y las emociones y se topaban con ellas en cantidades insospechadas.

—¿Dónde está Renny? —interrogó Doc, a media voz.

¡Su compañero había desaparecido!

El grito de Doc resonó como una enorme campana:

—¡Renny! ¡Renny!

El grito atrajo al gigantesco reptil, pero lograron esquivarlo. No recibieron la menor respuesta a su angustiosa llamada.

—¡Esa combinación de cocodrilo, rascacielos y canguro, debe haberlo atrapado! —murmuró Monk, lleno de horror.

—¡Qué fin más terrible! —exclamó Johnny—. Se cree que el *tiranosaurio* es el animal más destructor de la creación. ¡Jamás me hubiese imaginado que vería con mis propios ojos tales cosas en carne y hueso!

—Si quieres vivir para contarlo, debemos alejarnos de ese bicho —declaró Monk—. ¿Cómo lo conseguiremos, Doc?

—Veremos si podemos abandonar este lugar en silencio —

sugirió Doc.

Pero el intento casi resultó desastroso. El monstruoso *tiranosaurio* poseía oídos muy sensitivos y además, como el vapor casi se había disipado por completo, veía a una distancia de muchos metros.

Entonces les acometió.

Doc Savage, para salvar la vida de sus amigos, se arriesgó a atraer al animal mientras los otros escapaban. Gracias a su agilidad, logró una vez meterse por entre las patas mismas del monstruo, esquivando el mordisco de aquellos dientes fétidos y largos como el brazo de un hombre. Deslizándose bajo la bóveda de unos helechos, eludió al sanguinario *tiranosaurio*.

Descendía la oscuridad con rapidez, pues el vapor, aunque dejaba penetrar la luz solar, excluía a los destellos de la luna, casi anulando el período del crepúsculo. Aunque los días en el fondo del cráter eran probablemente semejantes a un día nublado, las noches eran de una increíble negrura.

Doc logró encontrar a sus compañeros en la espesa oscuridad.

—Será mejor que imitemos a los antecesores de Monk y trepemos a un árbol para pasar la noche —sugirió Ham.

—¡Hum! —gruñó Monk, amoscado—. ¡Hum!

—Podemos subir a ese helecho —apuntó Doc.

El helecho en cuestión parecía una palmera, pero con fronda en la parte superior y era más alto que los árboles corrientes.

Doc y sus compañeros treparon a las ramas más altas.

—Es extraordinario —comentó Johnny—. Aunque esta especie guarda estrecha relación con los helechos encontrados en estado fósil en ciertas partes del mundo, es mucho mayor que…

—Debes considerar —interrumpió Doc—, que este cráter forma parte de una región rezagada en la marcha del tiempo. No obstante, debieron efectuarse algunos cambios en el curso de los siglos. Y, además, la ciencia tan sólo ha arañado la superficie, al comprobar la naturaleza de la fauna y flora prehistórica. Quizás hallemos muchas especies insospechadas hasta…

—¿Cómo dormiremos encaramados aquí, sin caernos? —interrumpió Monk.

—¡Dormir! —se burló Ham—. No habrá mucha ocasión de

roncar esta noche. ¡Escuchad!

En un lugar distante del cráter, se desarrollaba otro feroz combate entre los reptiles monstruosos. Aunque el ruido de la contienda les llegaba en tono apagado, era de tal naturaleza, que heló de espanto a los compañeros.

—¡Qué lugar más infernal! —gimoteó el taxidermista, aterrado.

Pasaron una noche horrible. Tan pronto como cesaba una lucha titánica entre los dinosaurios, empezaba otra. A veces, simultáneamente y en distintos lugares, se celebraba más de una tumultuosa y sangrienta batalla. Unos cuerpos gigantescos atravesaban la tupida vegetación, algunos de ellos dando grandes saltos como el *tiranosaurio*, otros avanzando a cuatro patas. Era imposible dormir. Doc y sus compañeros juzgaron su refugio de relativa seguridad hasta que un dinosaurio monstruoso empezó a mordisquear la cresta de un helecho que, a juzgar por el ruido, era tan alto como el árbol donde se hallaban encaramados.

Pasaron la noche esperando que ocurriera algún desastre, lo que afortunadamente no sucedió. La luz del día surgió tan de improviso como desapareciera. Al aparecer el sol, cayó un chaparrón tropical que duró unos minutos. Pero cuando el agua llegó a la superficie candente del lago de barro, brotaron unas enormes nubes de vapor. El día se presentaba como una tarde nublada de invierno de Nueva York, debido a las nubes que se cernían perennes sobre el cráter. Era evidente que los feroces dinosaurios preferían merodear de noche, pues, al amanecer, la horrible carnicería en la hondonada cesó de una manera bien marcada.

Doc condujo al instante a sus compañeros, a excepción del taxidermista, que se negó a abandonar el helecho, a averiguar lo que le había sucedido a Renny. Encontraron, al fin, su paracaídas a unos centenares de metros del helecho más cercano que podría servir de refugio a un hombre.

Monk pretendía liar un cigarrillo, pero al darse cuenta de lo que yacía junto al paracaídas de Renny, se le helaron las manos. ¡La seda del paracaídas se veía teñida de sangre! ¡Y junto a un charco sangriento, veíase el sombrero de Renny!

¡Al parecer, un dinosaurio devoró a su infortunado compañero!

—Quizás logró escapar —murmuró Long Tom, esperanzado.

Doc, tras un rápido escrutinio del lugar replicó:

—¡No se ve ninguna huella humana alejándose de este lugar! La tierra blanda mostraría las pisadas. Renny no se alejó de aquí.

Monk se guardó lentamente el tabaco en el bolsillo; había perdido las ganas de fumar. Sucedió un silencio triste y reverente, dedicado a la memoria del desaparecido.

Se interrumpió de una manera espantosa.

—¡Mirad allí! —gritó Ham, con voz quebrada—. ¿Qué…?

Miraron, con la esperanza de que Ham hubiese visto a Renny.

Pero no era eso.

De la vegetación fétida y putrefacta de la selva virgen, había surgido un animal asombroso. Era un monstruoso conglomerado de comadreja, gato, perro y oso. Era extraordinario porque semejaba una combinación de varios animales conocidos en el siglo veinte. Pero tenía el tamaño de un elefante muy corpulento.

—¿Qué demonios…? —balbuceó Monk.

—¡Un *creodonte*! —susurró Johnny, lleno de estupor—. ¡El antecesor de muchos de nuestros animales modernos!

—¿Sí? —murmuró Monk—. Pues, desde ahora en adelante, no me pillaréis muy lejos de un árbol.

Estas palabras recordaron a los otros que se encontraban impotentes ante el feroz animal, que no podía esquivarse como hicieron con el *tiranosaurio*. Sus mandíbulas ostentaban unos dientes gigantescos; sus garras eran largas y agudas. Y no tenían cerca ningún lugar de refugio.

¡El *creodonte* embistió de repente!

Las pistolas ametralladoras escupieron fuego al mismo tiempo. Pero el gigantesco animal seguía avanzando con igual velocidad, con la cabeza gacha, impidiendo se le vieran los ojillos, sin presentar un blanco eficaz. Los hombres se separaron, pero ello serviría a bien poco. El *creodonte* no tardaría en darles alcance, destrozándoles sin la menor esperanza de escapar. A pocos metros de distancia, el monstruo se empinó, abriendo sus mandíbulas enormes y llenas de espuma. Luego saltó con un horripilante gruñido.

Parecía ser el fin de Doc y sus compañeros, un fin tan terrible como suponían sufrió Renny.

XVII
Renny, perseguido



Mientras Doc y sus amigos afrontaban los peligros del horroroso lugar, Renny, separado de sus compañeros, también se encontraba en un trance horrible. Cuando su paracaídas lo descendió al suelo esponjoso del vasto cráter, aterrizó en medio de una escena que ni en sus más horrendas pesadillas acertó a vislumbrar. Cayó en medio del combate cuyo fragor oyeran desde el aire, un combate feroz entre un *tiranosaurio* que persiguió a Doc y a los otros y un monstruoso rinoceronte de tres cuernos. El paracaídas cayó sobre la repugnante cara del terrible *tiranosaurio*. Al instante, se tiró a la tierra esponjosa. El repugnante monstruo, cabeceando, enfurecido, pronto se desembarazó de los pliegues de seda enredados en su cara. Pero el hombre no tuvo tiempo de presenciarlo. El otro animal avanzó con estruendo para embestirle. Renny poseía una memoria privilegiada y reconoció que el animal era un *triceratopo*. Pero ignoraba que era un herbívoro, aunque por el momento no le hubiese dado importancia, pues el animal parecía resuelto a darse un banquete con él.

El monstruoso *triceratopo* avanzó sobre él sin que tuviese tiempo de empuñar su pistola ametralladora, aunque de nada le hubiese servido, pues era imposible detener al animal. El gigantesco animal poseía tres cuernos parecidos a los de los rinocerontes. Dos de ellos hacia delante, uno sobre cada ojo, de unos dos metros de largo. El tercer cuerno era mucho menor y lo tenía sobre la nariz, como si lo utilizase para arrancar raíces.

Lo sorprendente del animal era una especie de capota ósea, que

se extendía hacia atrás, desde la cabeza. Esta especie de armadura protegía el cuello y la parte delantera del cuerpo. La armadura ostentaba unas grandes heridas producidas por el terrible *tiranosaurio*, durante la apocalíptica batalla.

¡El dinosaurio de tres cuernos huía frenético, ahora! Pero Renny no podía sospecharlo. Hallábase en medio del paso del animal y no tuvo tiempo de saltar a un lado.

—¡No queda otro remedio! —pensó, y brincando, se agarró a los dos cuernos que el animal tenía sobre los ojos.

Cuando el gigantesco animal siguió corriendo, Renny continuó aferrado. El espacio entre los cuernos era lo suficiente amplio y el cuerno menor le servía para apoyar los pies.

—Si me suelto —pensó— esta fiera me destrozará.

Pero aquel dinosaurio era pacífico, a pesar de su aspecto formidable. Sólo quería huir de su terrible enemigo y, por lo visto, no le preocupaba que una cosa tan diminuta como un hombre se agarrase a sus cuernos.

El vapor iba disipándose y Renny pudo orientarse. El asombroso animal que le servía de montura tenía una piel pelada. Le recordó la de un elefante, aunque era mucho más dura y más gruesa.

—Una bala ni siquiera lo arañaría —comentó.

Los escasos conocimientos de Renny eran suficientes para que supiera que, con toda probabilidad, la mayor parte del cerebro de esta criatura residía en su columna vertebral. Incluso era probable que la médula espinal le sirviera de cerebro, una función de ningún modo rara en los miembros prehistóricos de la tribu de los dinosaurios.

El animal, en estampida, atravesó un charco sin moderar la marcha. Renny quedó empapado, observando que el agua estaba muy caliente, como humeante café, aunque no le escaldó. El animal empezó a jadear y Renny se estremeció, al pensar que se pararía pronto. ¿Cómo desmontaría, sin que ello fuera un desastre?

El problema se solucionó por sí mismo. Ciegamente, corriendo en línea recta, el *triceratopo* tropezó con un laberinto de lianas, helechos y arbollinos coníferos y se abrió paso a viva fuerza. Por un verdadero milagro. Renny quedó enganchado en un tronco sarmentoso. Escuchando, se aferró, durante un rato, a un tronco de

unos siete pies de altura. Ignoraba qué otra clase de monstruos podrían rondar por los alrededores. Giró la vista nervioso a su alrededor, temiendo ver alguno de aquellos espeluznantes reptiles voladores, semejantes a murciélagos.

Explorando, halló que aún llevaba encima su pistola ametralladora.

—¡Ojalá me hubiese provisto de un puñado de bombas, también! —murmuró.

Descendió de la liana y empezó a seguir el rastro por donde el *triceratopo* pasó. Halló difícil la marcha, pues las enredaderas y los helechos tupidos le entorpecían. Había explorado las espesas junglas del Amazonas y también el centro de África pero jamás vio una selva virgen tan espesa como aquélla. Sin el camino trazado por el animal le hubiera sido imposible volver sobre sus pasos. Así y todo, avanzaba con cautela para no hundirse en los bosques que el monstruo dejó tras sí. Observó pronto el carácter inusitado de la vegetación. Muchos de los árboles eran de un tipo que jamás viera anteriormente. Pero otros tenían un aspecto familiar.

—Los que no reconozco se extinguieron hace siglos —comentó —. Los otros, más adaptados a las condiciones cambiadas del mundo exterior, sobrevivieron.

Soltó una risita, reflejo de su constante optimismo. De pronto, se dio cuenta de que la noche se echaba encima. Renny era hombre prudente y sabía lo que debía hacer.

—Buscaré un árbol a propósito para pasar la noche —concluyó.

Por desgracia, no se hallaba en una región de vegetación alta. Vio que trepando a cualquiera de los helechos enanos que había a su alrededor, no le ofrecía ninguna seguridad contra los dinosaurios.

Empezó a correr, con la esperanza de encontrar a Doc antes de que la oscuridad lo envolviese por completo. Corriendo, llegó al charco que el monstruo atravesara. Dispuesto a penetrar en el agua, titubeó.

Por las márgenes del charco se oyó un enorme chapoteo; luego, un cuerpo inmenso, produciendo unos ruidos de gorjeos, y envuelto en una ola, surgió de repente ante los ojos asombrados de Renny, que al principio creyó era la cabeza y el cuello de una serpiente.

—¡Una serpiente con una cabeza gigantesca!

A pesar de su tamaño fantástico, la cabeza tenía un aspecto pacífico. Poco a poco, el increíble animal surgió del agua, arrastrando su monstruoso cuerpo. A Renny se le erizaron los cabellos. El animal era enormemente largo.

—¡Cielos! —exclamó y girando sobre sus talones, huyó.

Comprendió que acababa de ver a un ejemplar de los animales más grandes que jamás pisaron la tierra. Hasta el feroz *tiranosaurio* quedaba eclipsado por el volumen de aquel coloso. El gigantesco reptil era un «lagarto» o *brontosaurio*.

Renny recordó que se suponía eran gigantes pacíficos, habitando cerca del agua y alimentándose de plantas de lagos y de sus márgenes. Los zoólogos sostenían que no eran carnívoros, pero no tenía el menor deseo de someter a prueba semejante teoría. Comparado con el tamaño del lagarto, él parecía un ratón al lado de un cerdo bien cebado. ¿Y si al lagarto se le ocurría cambiar de dieta y probar qué gusto tenía un hombre? En consecuencia, puso pies en polvorosa. El lagarto, al parecer curioso o juguetón, le siguió. La tierra se estremecía bajo el peso del animal.

Abandonando el camino abierto por el *triceratopo*, se zambulló en la tupida vegetación, perdiendo de vista el juguetón perseguidor.

—¡Cáspita! —murmuró, secándose la frente—. ¡Dios santo!

Siguió avanzando, pistola en mano. Reinaba una densa oscuridad y se detenía de vez en cuando a escuchar el terrible tumulto de la noche. En una ocasión, se encontró con una refriega nocturna a pocos metros y el curso de la batalla se dirigía hacia donde él estaba. Echó a correr, espantado. Percibía el olor fétido y sofocante de un gigantesco carnívoro. El peligro era real e inminente. Alejóse, maravillándose de la variedad de sonidos penetrantes emitidos por los fantásticos animales del cráter.

—¡Qué lugar más delicioso para vivir! —murmuró.

Un instante después, surgió un nuevo peligro. Percibió un sonido de aleteo por encima de su cabeza.

—¿Qué diablos…? —empezó.

Y, al levantar la vista, quedó por el momento, yerto de horror. ¡Era uno de los reptiles voladores! ¡Un *pterodáctilo*, semejante al que inutilizó al aeroplano!

Frenético, alzó su ametralladora. ¡Pero, antes que pudiese oprimir el gatillo, el espeluznante merodeador se lanzó sobre él! Renny recibió una de las pocas sorpresas agradables de aquella noche de pesadilla. Vio que el monstruo aéreo, especie de murciélago, era mucho menor que el asaltante del aeroplano. Probablemente era una cría de la especie.

Esquivando el pico armado de siniestros dientes se agarró involuntariamente, a las repugnantes alas, que eran viscosas y se desprendieron como caucho. El reptil emitía un hedor insoportable. El pico del animal le arrancó la parte trasera de la chaqueta.

Haciendo nueva presa, el ingeniero cogió esta vez la horrible cabeza. El cuerpo de aquel *pterodáctilo* tenía el tamaño de un avestruz. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, tiró de un lado a otro con todas sus fuerzas, logrando, al fin, lo que se proponía: retorció el cuello del reptil volador. Pero el animal no murió al instante. Saltaba de un lado a otro, tenaz como la cola de una serpiente.

—¡Qué lugar más delicioso para vivir! —repitió Renny.

Levantó al agonizante *pterodáctilo*. No pesaba casi nada.

—Los huesos huecos y llenos de aire —comentó.

Arrojando al reptil volador a un lado, avanzó un paso… y quedó paralizado de espanto. Se acercaba otro ejemplar del monstruoso dinosaurio, atraído por los estertores del reptil volador. Renny retrocedió con rapidez, procurando no hacer ruido. Pero aquello era imposible en aquel abismo de impenetrable negrura.

Las fuertes pisadas del gigante que se acercaba, hundíanse con ruido sordo en tierra blanda y húmeda. Y se detuvieron delante del *pterodáctilo* agonizante. Un espeluznante crujido de carne y huesos indicó que devoraban al reptil volador.

Renny aceleró el paso, pensando escapar mientras el monstruo estaba ocupado. Pero tuvo la desgracia de tropezar con un arbusto, haciendo bastante ruido.

¡El animal embistió! La rapidez con que avanzaba hizo perder toda esperanza de salvación al ingeniero. Realizó entonces un acto desesperado. Deteniéndose, se arrancó con rapidez los pedazos que le quedaban de la chaqueta después del mordisco del reptil aéreo. Sacando un encendedor, prendió fuego a la ropa. Luego, remolineando ésta, aceleró las llamas, que, al instante, se

convirtieron en una antorcha de regular tamaño.

¡Entonces la arrojó a la cara del monstruo asaltante! Mientras la tela en rojas llamas giró por el aire, Renny divisó de una manera fugaz al repelente dinosaurio que le atacaba. Poseía un cuerpo de lagarto, armado de grandes placas óseas. Caminaba a cuatro patas. Su cabeza tenía cierto parecido a la de una tortuga, aunque medía más de un metro de largo. El armazón del cuerpo era delgado, era muy alto. Lo más sorprendente de sus características consistía en una doble hilera de placas córneas, montadas en filo en su lomo, que parecían dos líneas de dientes de sierra monstruosos.

—¡Un *estegosaurio*! —murmuró Renny—. ¿Huirá ante el fuego?

El monstruo no huyó.

Renny comprendió que el colosal reptil no poseía cerebro para reconocer el peligro del fuego. Girando sobre sus talones, echó a correr a toda velocidad, seguido del animal. Los helechos le azotaban; los espinos de los arbustos coníferos herían sus carnes: las lianas lo sujetaban, inmovilizándolo. Tras él, avanzaba con estruendo el leviatán del mundo de los reptiles.

Iba ganando terreno a cada paso, aunque, al parecer, no corría. Las patas del monstruo se hundían en la tierra pantanosa. Renny vio llegada su última hora. Imposible dejar atrás al animal y en la oscuridad no podía esconderse, pues su olfato lo delataría.

Estaba ya el animal a unos cuatro metros de Renny, cuanto éste tropezó y cayó. Aquella caída fue su salvación. Se hundió en una trinchera profunda, sin duda, abierta por el hocico de algún dinosaurio en busca de alimento. El reptil pasó por encima, de largo. Renny respiró a pleno pulmón. Descansó un rato en la trinchera; luego la tierra empezó a correrse y, temiendo quedar enterrado vivo, sacó la cabeza al aire húmedo y caliente del cráter.

En aquel mismo momento oyó un alboroto de gruñidos feroces. Unos dientes agudos se hundieron en su cuerpo.

XVIII
Donde el tiempo se detuvo



Entretanto, Doc y sus compañeros afrontaban la embestida del gigantesco *creodonte*, ignorando lo que sucedería después. El animal acometió a Monk, sin alcanzarle, pues éste saltó con rapidez a un lado.

La pistola ametralladora de Ham descargó una lluvia de balas en el costado del monstruo feroz, que se revolvió para morderse donde las balas le tocaron, como si le hubiesen pinchado con unas espinas.

—¡Huid! —gritó Monk—. Quizás pueda yo entretenerlo lo suficiente para que alcancéis un lugar seguro.

Tras estas palabras, dispuesto a sacrificarse, avanzó un paso para interponerse en el camino del animal atacante.

—¡Espera! —Doc contuvo con una mano a su compañero.

—Pero Doc… —objetó Monk.

—¡Cállate, so mico! —rió Doc—. Dame tu tabaco. Ahora largaos.

—Buena suerte —murmuró Monk, huyendo a toda velocidad, seguido de Long Tom y de Ham.

Emitiendo un ruido fuerte y fiero, una combinación de ladrido, chillido y gruñido, el monstruoso híbrido saltó hacia delante. En aquel mismo instante, Doc, que tenía tabaco en cada mano, metió un puñado en los ojillos del animal y el resto en las narices.

Después, saltando a un lado, huyó a toda velocidad hacia el lugar por donde sus compañeros habían marchado. El animal prehistórico, cegado y privado de olfato por el fuerte tabaco, saltaba de un lado para otro, emitiendo unos gruñidos horripilantes.

Doc se reunió con sus amigos en lo alto de un helecho macizo.

—Siento te hayas quedado sin tabaco —dijo a Monk.

—Llevaba la buena intención de dejar de fumar —contestó Monk, que sonreía admirado.

A través de las ramas contemplaron las cabriolas del monstruo, que alternativamente se tocaba los ojos que debían escocerle y metía su hocico repulsivo en la tierra blanda y húmeda.

—Allá va —avisó Long Tom, respirando, aliviado, al ver que el repulsivo animal se alejaba con gran estruendo.

—¿Qué estará haciendo Oliver Wording Bittman? —preguntó Johnny—. No ha llegado ni un solo balido desde aquel árbol donde lo dejamos.

—Probablemente está tan espantado, que ha perdido la voz —respondió Ham.

Doc salió en defensa del taxidermista:

—Debéis conocer que hay motivo suficiente para tener miedo. Personalmente, me siento responsable de ese hombre, por muy cobarde que sea. Salvó la vida a mi padre.

—Por supuesto Bittman se mostró valeroso hasta que nos metimos en este cráter fantástico —confirmó Monk—. En realidad, me maravillaba ver con cuánta ansiedad quería acompañarnos cada vez que hacíamos algo. ¿Recordáis cómo nos acompañó cuando nos enfrentamos con Kar? Demostró valor. Quizás recobrará el ánimo cuando se acostumbre a este lugar, si es posible habituarse.

Al parecer, Monk tenía razón.

Oliver Wording Bittman se descolgó del helecho cuando se acercaron. Tenía el rostro casi blanquecino, pero su enorme mandíbula se proyectaba con aire resuelto.

—Estoy avergonzado de mi cobarde proceder durante la noche —confesó, con embarazo—. Nunca me juzgué un hombre valiente. Perdí el valor al encontrarme en este mundo espeluznante. Pero creo que, en parte, lo he recuperado.

Doc sonrió.

—No puede censurarse a nadie por sentirse algo nervioso en este lugar de pesadilla —dijo.

Johnny estudiaba las plantas y dijo:

—Cuanto más examino este lugar, más asombrado estoy. Observad que existen pocos árboles o plantas con hojas.

—La evolución se detuvo en este cráter hace muchos siglos —comentó Doc.

Johnny empezó a sentirse elocuente:

—No cabe duda de que esto formó parte de algún continente, con toda probabilidad asiático. La vida animal prehistórica penetró aquí y quedó encerrada en una trampa de alguna manera…

—¿Es una trampa? ¿Cómo? —gruñó Monk.

Transcurrió algún tiempo antes de que se contestara esa pregunta.

Los compañeros avanzaron, buscando terreno más abierto. Lo encontraron en una cima, desde donde se divisaba una gran extensión.

—¡Cielos! —murmuró Monk, al contemplar las alturas del borde del cráter—. Debemos estar a nivel del mar o más abajo. Este agujero parece tener más de diez mil pies de profundidad.

Doc Savage giró la vista por la orilla del cráter. Debido a la intensidad de la luz que penetraba en las nubes sobre el cráter, el paredón opuesto no llegaba a vislumbrarse.

Unas largas columnas de vapor, surgiendo de lo que sin duda eran corrientes de agua hirviente, contribuían a dificultar la visión. El día era en realidad un crepúsculo gris, caliente, húmedo y fantasmal.

—He visto lunas más brillantes que esta luz solar —comentó Long Tom.

Pero podían formarse idea del paraje donde se encontraban. La densidad de la selva infundía pavor. Mientras estaban en la cima, descargó otro súbito chaparrón. El vapor brotaba del caliente lago de barro como pelusa de algodón. Al parecer, el violento aguacero caía varias veces todos los días.

Doc explicó:

—Las lluvias tremendas son producidas por el vapor húmedo y caliente subiendo al aire frío de la cresta del cráter, donde se condensa y disuelve, cayendo en forma de lluvia. Los constantes aguaceros explican, también, que la vegetación forme una masa casi putrefacta.

Mirando en torno suyo, agregó:

—Esta vegetación es algo menos densa que la que floreció

durante lo que los hombres de ciencia llaman la época carbonífera.

—¿Quieres decir que junglas semejantes como ésta, forman los depósitos de carbón? —gruñó Monk.

—Exacto. Si una avalancha de tierra cubre parte de esta jungla, o bien la cubren el agua y el barro, en el curso de unos siglos tendríamos una buena probabilidad de encontrar un depósito de carbón. La descomposición parcial sin acceso del aire, llevarían a cabo la labor.

Girando la vista por los alrededores, Doc Savage levantó un brazo y dijo:

—Allí, hermanos, está la explicación de que estos ejemplares de vida prehistórica permanezcan aquí, a través de infinitas épocas.

Johnny, el geólogo, apostilló:

—En un tiempo, existía un sendero que ofrecía acceso al cráter. Algún terremoto destruyó los medios de entrar y salir. La tierra se hundió y los océanos penetraron con violencia. Y este cráter se convirtió en la isla del Trueno, rara vez visitada, de los mares del Sur.

Monk se rascó la cabeza:

—Pero, Doc, ¿cómo explicas que esos animales no se transformen en el curso del tiempo, como lo hicieron en el mundo exterior?

—La evolución —sonrió Doc.

—Pero la evolución es un cambio…

—No necesariamente. La evolución es un cambio en los animales y en las plantas, tal como yo lo entiendo. Pero esos cambios se producen por medio de un ambiente que se transforma con lentitud. Por ejemplo, si un animal vive en un país cálido, su piel será ligera y acaso no tenga piel. Pero si el país se torna frío, el animal debe adquirir una piel gruesa o perecer. La adquisición de esa piel es la evolución.

»Las condiciones de vida en este cráter han permanecido exactamente iguales a como lo eran hace siglos. El aire es caluroso y llueve en abundancia. La vegetación exuberante ofrece suficiente alimento. Y creo probable que aquí no conocerán las estaciones del año.

»En consecuencia, los animales prehistóricos, encerrados en una

trampa, no experimentaron la necesidad de transformarse para armonizar con ningún cambio de condiciones, porque éstas no se modificaron.

—Eso es razonable —reconoció Monk.

Tras esto reinó un silencio sombrío. Pensaban en Renny; lo creían muerto, después de ver su sombrero anegado en un charco de sangre.

Dijo Doc al fin:

—Será mejor que nos pongamos en marcha. En primer lugar, visitaremos la vecindad del lago de barro caliente por si encontramos algunas provisiones de las que cayeron del aeroplano. Ignoro si lo habéis observado, pero casi no tenemos municiones.

Los otros examinaron enseguida sus armas. Encontraron unos cuantos cartuchos en cada pistola. A Monk le quedaban solamente cuatro.

—Echad la palanca que convierte las pistolas en armas de un solo tiro por vez —ordenó Doc—. Debemos contar todas las balas. Aunque las armas son inútiles contra estos monstruos prehistóricos, serán eficaces contra Kar.

—¡Kar! —exclamó Ham—. ¡Había olvidado a ese demonio! ¿Has observado alguna señal de él, Doc?

—Todavía no. Pero no desistiremos de nuestra persecución. Ni siquiera estos dinosaurios gigantescos podrán apartarnos de nuestra empresa.

Visitaron el lago de barro candente. El calor de la materia semejante a lava era tan terrible, que no podían acercarse a varios metros de distancia.

Temían también una erupción súbita, como la producida por el aeroplano al caer en el lago. Por lo visto aquellos *geysers* se producían con frecuencia. Unas grandes salpicaduras de barro, ya petrificado, decoraban la pronunciada cuesta en una larga extensión por debajo del lago caliente.

—Imaginaos que uno de esos surtidores nos cayera por la nuca —murmuró Monk.

—Pues imagínate lo que sucedería al suelo del cráter si esto se rompiera —Ham señaló la pared que en forma de dique limitaba el barro gelatinoso y ardiente sobre el costado del cráter.

—No me gustaría estar en el fondo en ese momento —gruñó Monk.

No encontraron ni rastro del aeroplano. El aparato había desaparecido por completo. Para demostrar que no existía posibilidad de salvar nada. Doc arrojó un trozo de madera sobre la superficie del lago. La costra estaba tan caliente, que la madera se incendió al instante.

—¡Cáspita! —exclamó Monk—. Salgamos de aquí antes de que a este lago se le ocurra alguna barbaridad.

—Daremos un rodeo —indicó Savage—. Observad que la vegetación más exuberante crece cerca de los márgenes. En el centro hay una serie de arroyuelos, deslizándose perezosamente, que apenas son más que pantanos alargados.

—¿Qué os parece si encendemos un fuego y desayunamos? —sugirió el taxidermista.

Bittman recobró algo su valor, pero se veía bien claro que se esforzaba por imitar la calma de Doc y sus hombres ante el peligro.

—Nada de fuego —replicó Doc—. Señalaría nuestro paradero a Kar, si todavía se esconde en el cráter. Y, además, no tenemos nada para cocinar.

—La idea de desayunar me parece estupenda —declaró Long Tom—. ¿Qué comeremos, Doc?

—Probaré de encontrar algo —sonrió Doc.

Se alejaron de las cercanías del lago.

—¡Menuda altura! —jadeó Ham mientras descendían por la pronunciada loma.

El abogado, cosa asombrosa, retuvo su bastón estoque durante la excitación del salto con el paracaídas y los horrores de la noche. Rara vez iba sin aquella hoja secreta. Pero aunque era muy eficaz contra hombres, resultaba del todo inútil contra los dinosaurios gigantescos. La hoja se rompería antes de hundirse en una de aquellas pieles gruesas y duras.

No obstante, pronto se le presentó la ocasión de utilizarla. Ante ellos, saltó de repente un animal del tamaño de una ternera. Tenía cuatro astas de aspecto esponjoso dos en el lugar habitual, encima de la cabeza, y el otro par bajo los ojos. Era patihendida y parecía comestible.

Dando un salto rápido, Ham atravesó con su estoque al extraño animal.

—¡Comeremos! —sonrió.

—Creo que podremos hacer un fuego sin que se note el humo —observó Doc—. Lo encenderemos cerca de una de esas corrientes de agua hirviente de la que surge el vapor.

Prendieron fuego a una hoguera, aunque tuvieron alguna dificultad con la leña mojada. Además, otro chaparrón súbito casi apagó las llamas. Pero al fin empezaron a guisar el desayuno.

—¿Qué comeremos? —inquirió Monk, curioso.

—Un tipo primitivo de ciervo —explicó Johnny.

Sumergiendo una punta de su pañuelo en la corriente hirviente a cuyo lado encendieron el fuego, y luego, después de dejar enfriar la tela y probándola.

Doc comprobó que el agua era potable, aunque tenía un gusto salado. Acto seguido, procedió a hervir un buen pedazo de ciervo.

—Hice eso una vez en el Parque de Yellowstone —declaró Ham.

Doc y sus hombres vigilaban alerta por si veían alguna señal de peligro.

No fueron molestados. La carne no era muy sabrosa, pero el hambre la convirtió en un manjar delicioso.

—Los insectos son interesantes —observó Long Tom—. Al parecer existen por aquí pocas mariposas, polillas, abejas, avispas y hormigas. En cambio abundan los escarabajos, las luciérnagas y las chinches.

—Los insectos que tú ves son, en su mayor parte, del tipo menos complejo —explicó Doc—. No están lo bastante desarrollados para hacer capullos de seda o miel. Aparecieron primero en el curso de la evolución.

A causa de que la elevada temperatura no les permitiría conservar fresca la carne hasta la hora de la comida siguiente, tiraron el resto del ciervo.

Luego abandonaron el lugar.

—Continuaremos dando el rodeo al cráter —dijo Doc—. Quizá encontremos un sendero por donde sea posible salir.

Monk gruñó:

—¿Quieres decir que tal vez no salgamos de aquí, Doc?

—¿Observaste algún lugar por donde fuese posible la salida?

—No-o-o —respondió Monk, alarmado.

Después de un tiempo llegaron a un árbol, bastante alto. Monk trepó para mirar en derredor, pero apenas llegó a las ramas superiores empezó a gritar:

—¡Veo humo! ¡Veo un fuego!

Doc se acercó corriendo.

A dos o tres millas de distancia, al otro lado del cráter, se elevaba una columna de humo.

—¿Es seguro que no se trata de vapor? —inquirió Ham, escéptico.

—Es más oscuro que el vapor —replicó Doc.

—Y acabo de ver una llama —añadió Monk. De todos los labios brotaba una pregunta:

—¡Kar! ¿Crees que es el fuego de Kar?

—Lo ignoro —respondió Doc—. Pero lo averiguaremos pronto.

Avanzaron veloces sobre terreno llano. Doc se detuvo de repente, examinando algo que se destacaba en el suelo.

—¿Qué es? —inquirió Long Tom.

—Huellas.

—¡Déjeme ver! —El taxidermista avanzó presuroso.

—¿Kar? —gruño Monk, furioso.

—No —respondió Doc, brillantes de alegría los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó Monk.

—Las huellas son de Renny. Conocería esas pisadas descomunales en cualquier parte. Además, uno de sus zapatos tenía un corte en la suela y las huellas señalan esta particularidad.

—¡Entonces es probable que Renny esté vivo!

Encontraron a su compañero pocos minutos después. El corpulento ingeniero los había oído y salió de la maraña vegetación, tan optimista como siempre. En una mano llevaba la piel de un animalito de color cetrino; la piel se parecía a la de una hiena pequeña.

—Éste es el epílogo de mis aventuras de la noche pasada —rió, después de cambiar saludos.

Relató con brevedad y rapidez todo lo sucedido hasta llegar al punto donde unos dientes se le hincaron al asomar la cabeza.

Exhibió unas contusiones en el hombro y luego agitó la piel del animalito, parecido a una hiena.

—Esto me mordió —rió—. Hacía el ruido de un león. Lo estrangulé. Aprovecharé la piel para hacerme un limpia plumas o algo por el estilo, en conmemoración de uno de los sustos mayores de mi vida. Cuando hizo presa en mí, creí llegada mi última hora.

Doc recordó algo:

—¡Ese humo! ¿Proviene de algún fuego que encendiste?

—¿Qué humo? —preguntó Renny, extrañado—. No encendí ningún fuego.

XIX
El ataque de los roedores



—¡Es Kar! —murmuró Ham—. ¡Kar encendió el fuego!

—A menos que habiten seres humanos en este lugar —apuntó Johnny.

—Opino que acaso viva alguien en el cráter —dijo Doc—. Aunque parece imposible que la raza humana, relativamente indefensa, haya subsistido aquí a través de los siglos.

—No cabe la menor duda —afirmó Ham, mirando a Monk—. Tenemos entre nosotros al eslabón perdido.

—¡Gran cosa sabe de evolución un picapleitos! —rió Monk.

Reanudaron la marcha en dirección al fuego.

—Proceder con cautela —advirtió Doc—. Si se trata de uno de los hombres de Kar, debemos seguir al individuo para que nos lleve donde se oculta su jefe.

Un arroyo de agua hirviente les cerró el paso. Se vieron obligados a costearlo, pero se ensanchaba y era demasiado caliente para vadearlo. Doc solucionó el problema. Cortando dos fuertes ramas, algo parecidas al bambú, se construyó un par de zancos. Los otros le imitaron enseguida.

De esta manera cruzaron a la otra orilla del caldeado arroyo. Oliver Wording Bittman, gimiendo y alegando que jamás montó en zancos, fue pasado al otro lado por Doc. Poco después la vegetación escaseaba y aparecían grandes rocas. Doc se detuvo al ver la primera de estas rocas, examinándola con interés. Lo golpeó suavemente con el cañón de su pistola.

—¡Hum! —murmuró pensativo.

Si el monstruoso *creodonte*, que los habría destruido de no ser por la oportuna rociada de tabaco, si aquel animal era un híbrido de muchos animales, igualmente aquella roca era una mezcla de distintos minerales.

—¿Qué encuentra de interesante en esa piedra moteada? —inquirió Oliver Wording Bittman.

—Simplemente la variedad de minerales que al parecer contiene —respondió Doc.

Renny miró a Doc Savage:

—¿Sospechas que tal vez estemos cerca de la región de dónde provino el elemento o substancia que forma la base del Humo de la Eternidad?

—Es una idea —respondió Doc.

Procedían con la mayor cautela. Las extrañas rocas aparecían más abundantes, convirtiéndose en una soledad de piedra reluciente y moteada que se extendía hasta el acantilado del costado del cráter.

Siguieron avanzando. Se veían por doquier señales de metales raros.

—Me gustaría pasar un mes aquí, clasificando tipos de rocas —declaró Johnny, el geólogo.

Doc Savage giró la vista por la soledad rocosa.

—Deseo echar un vistazo —dijo—. Yo avanzaré más rápido solo. Esperadme aquí. El fuego está en el otro lado. Lo exploraré, investigando al mismo tiempo esta formación rocosa, y regresaré enseguida.

Sus amigos se desparramaron entre las rocas extrañas, examinando algunas formaciones curiosas. Un par de ellos retrocedió a la jungla, con la intención de buscar alguna hierba comestible.

Doc siguió avanzando entre las rocas, que se convertían en finas y punzantes aristas, como si fueran de cristal roto. Aquella región, tan rica en minerales, era mayor de lo que se imaginara; debía extenderse a lo menos un par de millas. Para alcanzar mayor extensión trepó a la cima de una masa vitrificada.

¡Sprang!

Una bala, rebotando a su lado, salpicó unos trocitos de plomo en

su piel bronceada. Descendió de la masa vítrea de un salto. Hallábase seguro, cuando oyó una carcajada satánica por la soledad de rocas.

¡El tiro había surgido del lado donde aguardaban sus amigos! Corrió hacia ellos y los encontró excitados.

—¿Quién disparó ese tiro? —preguntó.

—Ninguno de nosotros. Dispararon desde la jungla, a la derecha.

—¿Dónde está Bittman?

¡Oliver Wording Bittman no estaba allí!

Doc Savage corrió en dirección a la jungla, con sorprendente velocidad. Bittman yacía junto a unas rocas. El cuerpo del taxidermista, un esqueleto y unos cuantos músculos duros, yacía tendido en el suelo de manera grotesca.

¡Estaba inmóvil! Doc se puso a examinar a Bittman.

¡Spang! ¡Otro disparo!

La bala certera habría matado a Doc, de no haber visto el cañón de un rifle moverse entre el follaje de la jungla. Se tiró al suelo.

El impacto rebotó en una roca.

Entonces Doc disparó dos veces. Un hombre, bajo y ancho, semejante a un sapo, saltó tambaleándose del follaje. El hombre, a quien Doc no conoció, se desplomó muerto. Una bala le había atravesado la frente.

Los compañeros esperaron unos minutos, escuchando alerta. Oliver Wording Bittman empezó a moverse, gimiendo, y por último levantó la cabeza. De repente, hizo presa en la pierna de Doc y le dio un terrible tirón. Doc Savage, cogido por sorpresa, asió al instante los brazos del taxidermista.

—¡Oh! —gritó éste—. ¡Oh!

Doc lo soltó.

—Vi un rifle apuntándome —gimió Bittman—. Comprendí que se trataba de ese diabólico enemigo. Creo que me desmayé. Al recobrar el conocimiento, el primer impulso fue luchar por mi libertad. Pensé que usted era el hombre de Kar. Lo siento. Mi cabeza no estaba muy clara…

Doc asintió pensativo:

—Lo más afortunado que pudo hacer usted en ese caso, fue desmayarse. De esa manera el tirador le perdió de vista.

Acercándose, examinó al pistolero muerto. Los cinco compañeros se acercaron también.

—¿Habéis visto alguna vez a este hombre? —les preguntó.

Ninguno de ellos lo conocía ni de vista.

—¡Vamos! —dijo Doc—. Investiguemos aquel fuego.

Se dirigieron con toda la rapidez posible hacia el terreno rocoso. Nadie les molestó. Penetraron de nuevo en la jungla. El fuego misterioso estaba cerca.

—Sin hacer ruido —advirtió Doc.

Avanzaron cincuenta metros más a paso de tortuga. Pero es difícil que siete hombres avancen por una densa maraña de vegetación sin hacer ruido. Especialmente cuando uno de ellos no conoce los bosques, como Oliver Wording Bittman.

—Aguardad aquí —ordenó Doc.

Y desapareció como una sombra, sin el menor ruido. La impenetrable vegetación pareció absorberle. Un instante después, Doc Savage inspeccionaba la calva donde humeaba el fuego. No había nadie allí. La hoguera se consumía; fue encendida para cocinar, con dos leños inmensos que seguían ardiendo. Junto al fuego se veían una serie de herramientas: picos, palas, una caja de dinamita vacía y unas puntas recortadas de mecha. Doc contempló un momento la escena: luego avanzó con audacia en la calva. Dio un rodeo en el espacio descubierto; después la cruzó de un lado a otro varias veces. Y cuando hubo terminado, conocía lo que hubo en el lugar.

Los hombres de Kar acamparon allí. Estuvieron trabajando en alguna mina, en aquella soledad de rocas extrañas. ¡Se dedicaron a extraer el elemento que formaba parte del Humo de la Eternidad! Era difícil saber lo que les hizo marcharse. ¿Consiguieron lo que buscaban, o se asustaron al conocer que Doc y sus hombres rondaban cerca?

Doc llamó a sus compañeros, que acudieron presurosos.

—Hay, a lo menos, seis hombres en la banda; probablemente cinco, ahora que hemos cazado a uno.

Indicó unas cuantas huellas y continuó:

—De los cuatro hombres que Kar mandó de los Estados Unidos en el «Estrella Marina», eliminamos a uno en la isla del coral,

castigando su intento de arrojar una bomba a nuestro aeroplano. A los tres sobrevivientes, deben haberse añadido algunos de los tripulantes del yate que recogió a sus hombres del Estrella Marina, o de alguna otra procedencia.

—Pero ¿dónde fueron? —murmuró Oliver Wording Bittman, ya recobrado su valor.

—Los encontraremos —declaró Doc.

El camino terminaba a media milla de distancia, en uno de los muchos arroyos de agua caliente y se vieron obligados a utilizar de nuevo los zancos.

No hallaron ningún rastro en el otro lado.

—Utilizaron una balsa o un bote —dijo a sus hombres.

—Tomaremos una orilla y tú la otra hasta averiguar donde desembarcaron —indicó Ham.

Esto resultó impracticable. El arroyo de agua caliente se convirtió pronto en un enorme pantano caliente y algunos de los canales eran demasiado profundos para vadearlos con los zancos.

—Tendremos que desistir —dijo Doc.

El tiempo transcurrió velozmente. Descendían negras sombras precursoras de la noche y Doc hizo los preparativos para pasarla.

—No olvidemos que la copa de árbol cercano al nuestro fue mordisqueado anoche —dijo—. Cada uno de nosotros se refugiará en un árbol separado. De ese modo, si alguien sufre un accidente, los demás podrán seguir adelante.

El fragor de una batalla entre un par de reptiles monstruosos, a menos de una milla de distancia, les hizo apresurarse en la búsqueda de un lugar satisfactorio para pasar la noche. Los gigantes prehistóricos empezaban su alboroto nocturno.

Los aventureros hallaron un grupo de helechos que formaban un lugar ideal para pasar la noche encaramados, y subieron con rapidez. Una vez más, la noche espesa y negra penetró en el cráter de la fantástica isla del Trueno. Los compañeros cruzaron unas cuantas palabras, enmudeciendo seguidamente. Conocían que el menor sonido podría atraer la atención de algún reptil titánico.

Ham seleccionó una rama cerca de Monk, explicando:

—Así podré tirarle un tronco si empieza a roncar.

Media hora después, el terrible tumulto de los dinosaurios llegó

a su cenit.

Los gritos de los animales eran indescriptibles. Con frecuencia percibían el repugnante hedor de los grandes carnívoros que merodeaban cerca.

De pronto Doc descubrió la punta encendida de un cigarrillo en la copa de un helecho, cerca de la tupida jungla.

—¡Cuidado! —gritó—. La luz puede delatar a Kar nuestra posición.

—Lo siento —dijo Oliver Wording Bittman.

Un momento después, el cigarrillo, trazando una órbita luminosa, caía al suelo, levantando chispas.

Doc y sus hombres se sentían fatigados, pues no cerraron los ojos la noche anterior. Aunque los ruidos diabólicos eran tan terribles como la noche anterior, iban acostumbrándose. Y Doc se durmió. De pronto, sus sentidos en vela le advirtieron un ligero ruido. Creyó ver una luz a cierta distancia.

Luego, percibió que el rumor de algo arrastrándose se aproximaba poco a poco. El sonido cesó casi repentinamente. Doc volvió a quedarse dormido. Un ruido debajo de los árboles les despertó otra vez. Escuchó. Al parecer había docenas de animales feroces abajo.

—¡Eh! —gritó Monk, un instante después.

—¡Algún animal está comiendo al pie de mi árbol!

Doc Savage oyó el crujir de dientes mordiendo la base del helecho donde Monk estaba encaramado. Luego otras mandíbulas empezaron a hacer lo propio en su árbol. Entonces, arrancando un trozo de su camisa, la encendió, lanzándola al espacio. El fragmento revoloteó de un lado a otro al caer, dejando un rastro de chispas. Pero fue lo suficiente para iluminar una escena alarmante.

¡Una horda de castores prehistóricos y monstruosos los atacaba! Los animales eran del tamaño de osos; tenían las colas peladas, planas y negras de un castor vulgar, pero los dientes eran inmensamente mayores. Aunque no gruñían ni chillaban, la rapidez de su furiosa respiración mostraba que estaban resueltos a realizar su empeño. ¡Y era la destrucción de Doc y sus hombres! Doc Savage dirigió una mirada rápida a un lado. Recordaba el ruido que oyó la primera vez y buscó las causas del repentino silencio. Le asaltaba

una sospecha.

¡Tenía razón! ¡Uno de los castores prehistóricos, muerto, colgaba atado con una cuerda, por las patas traseras!

—¡Esto es obra de Kar! —dijo a los otros.

—¿Cómo pudo…?

—Estuvo en este cráter antes y conoce la manera como estos fantásticos animales reaccionan. Conoce que estos castores gigantescos acostumbran a vengar la muerte de uno de ellos y en consecuencia hizo que sus hombres mataran un ejemplar y lo trajesen arrastrando aquí. Ahora esas fieras huelen que estamos encaramados y nos juzgan culpables.

El fragmento de la camisa de Doc se extinguió en aquel momento. Oyeron un coro de «gro-o-omp, gro-o-omp». Los dientes de los animales trabajaban frenéticos sobre las bases de los árboles. Por el sonido, no tardarían mucho en abatir a los helechos gigantescos. Parecían morder, hincándose sus colmillos como hachas.

—¡Gracias a Dios! —exclamó de repente Oliver Wording Bittman—. Mi árbol está cerca de otros adonde es posible escapar. ¿Puedo ayudarles en algo? ¿Quizá podría atraerlos?

—Imposible —resopló Monk—. Hay centenares de esos animales. Y están mordiendo tan de prisa que no oirían nada. ¡Ah! ¡Mi árbol empieza a bambolearse!

Doc Savage sacó su pistola y disparó hacia abajo un solo tiro, que retumbó como un trueno.

Sucedió entonces una cosa asombrosa. La horda de castores prehistóricos cesó de roer y huyó a toda velocidad a través de la jungla. No quedó ni un solo animal.

—¡Cielos! —rió Monk—. ¿Qué clase de magia pusiste en esa pistola, Doc?

Éste pareció tan sorprendido como los otros. Luego se le ocurrió la explicación.

—¿Qué método emplea el castor para advertir a sus compañeros que hay peligro? —preguntó.

—Da al agua un latigazo con su cola —replicó Monk.

—Eso lo explica —declaró Doc—. Estos castores prehistóricos sin duda usan la misma señal de peligro. Confundieron el disparo por

un toque de alarma por uno de sus compañeros.

Monk lanzó una carcajada.

XX
La escena mortal



El resto de la noche transcurrió sin novedad, aunque en medio de un alboroto espantoso. Volvieron a escuchar el fragor de los combates que en las sombras libraban los gigantescos animales y muchos pasaron cerca del refugio de los seis amigos.

Cuando al despuntar el día se retiraron los reptiles colosales más feroces. Doc y sus hombres descendieron de los helechos, comprobando el daño inferido por los gigantescos castores. El disparo fue en verdad oportuno, pues el árbol de Monk se sostenía por un espesor de tronco no más grueso que su muñeca y algunos de los otros árboles se bamboleaban a punto de caer.

Nuevamente habían salvado la vida. Un incidente animó su investigación. El esquelético taxidermista asía frenético la cadena de su reloj, gimiendo:

—¡Mi escalpelo! ¡Ha desaparecido! ¡Estoy seguro de que lo tenía cuando trepé al árbol!

Doc le ayudó a buscar el instrumento en torno del árbol, pero no lo encontraron. Bittman estaba muy afligido.

—Puede comprar otro por unos cuantos dólares —sugirió Doc.

—No —murmuró Bittman—. Era un recuerdo. No lo habría vendido ni por quinientos dólares.

No encontrando el desaparecido escalpelo, los aventureros se dirigieron a buscar un desayuno, manteniéndose junto a los helechos que ofrecían un refugio seguro en caso de una alarma inopinada. A Doc Savage le cupo el honor de proporcionar el desayuno. Un perezoso, grande y bien cebado animal, se cruzó en

su camino. Lo abatió en un estacazo.

—Espero que éste tendrá mejor sabor que el otro —comentó Monk.

No es el caso de estar eligiendo —repuso Ham—. ¿Crees acaso que estás en un restaurante de Nueva York?

—Se alimenta de hierbas y frutas —observó Doc—. No debe ser malo de comer.

Encendieron fuego, improvisaron un asador y en pocos momentos la comida estuvo a punto.

En efecto, resultó sabroso. Cuando terminaron de comer, Doc anunció:

—Os dejo, muchachos. No os separéis durante mi ausencia. El peligro constante en este lugar es incalculable.

—¿Dónde vas? —inquirió Ham.

—Luego te lo diré. Doc, sonriendo, echó a correr, desapareciendo como si lo hubiese tragado la tierra. Encontró una pista cerca del castor prehistórico que fue arrastrado hasta el refugio nocturno de los compañeros: los hombres de Kar fueron dos.

Siguió avanzando con rapidez, sin perder de vista ningún detalle sobremanera. Divisó un animal negro, con listas blancas y moteadas, del tamaño de un león, que caminaba velozmente. El extraordinario animal tenía una cola negra y espesa, casi cuatro veces más larga que su cuerpo. La cola se agitaba por encima de la vegetación tropical como una bandera, una señal de aviso. ¡Y una señal de aviso era!

Doc calculó que el animal debía ser el antecesor de la comadreja americana. Mientras le vigilaba, apareció saltando un *tiranosaurio*, derribando con sus patas delanteras los árboles que le estorbaban a su paso. El reptil monstruoso se detenía con frecuencia, balanceándose sobre sus patas con tres dedos y volviéndose con lentitud, al estilo de un perro, empinado sobre sus patas traseras. El carnívoro gigantesco no debía haber satisfecho su apetito durante la noche y seguía cazando.

Doc se escondió tras un grupo de helechos, permaneciendo completamente inmóvil. La sorprendió ver al feroz animal, de proporciones gigantescas, huir del antecesor de la comadreja o mofeta americana. Fue una lección acerca de la eficacia de la

defensa por medio del ataque con gases. Libre ya el camino, Doc prosiguió sus investigaciones.

La pista de los hombres de Kar apuntaba hacia el centro del cráter. Era evidente que en varias ocasiones intentaron esconder sus huellas vadeando la orilla de algunos charcos de agua que no eran demasiado calientes. Pero Doc seguía el rastro. Se detuvo a cortar una especie de caña a la que despojó de sus hojas. Trabajó luego unos instantes en el extremo más largo. Después probó el mango de la jabalina improvisada. Estuvo unos instantes buscando algo en que probar su lanza. Encontró caza en la forma de un animalillo de aspecto repugnante, con pelos recios y puntiagudos como espinas.

Era sin duda el predecesor del puercoespín vulgar. Lanzó certera la jabalina, infligiendo una leve herida en el flanco del animal, que huyó velozmente y de pronto cayó muerto. Cuando la víctima rodó por tierra, muerta, en los labios de Doc brotó de improviso el sonido de gorjeo, suave y melodioso, que pareció perderse en la jungla fantástica y exuberante. Luego reinó un silencio profundo. Al parecer, Doc Savage descubrió una cosa interesante.

Continuó siguiendo las huellas de los hombres de Kar, quienes, debido a la intensa oscuridad de la noche y al temor que debían sentir por los reptiles gigantescos, no consiguieron borrar por completo su rastro. Aunque los reptiles atraían su atención, no escaseaban los animales menores. Vio muchos semejantes a armadillos, algunos no mayores que una rata, otros de mayor tamaño. Los tipos de caballos prehistóricos, de una talla parecida a la oveja, eran muy interesantes. Quien no hubiese estudiado los tipos prehistóricos podría haberlos confundido por conejos de orejas cortas, aunque un examen minucioso habría demostrado muchas diferencias, entre ellas, la cabeza equina era bastante pronunciada.

Pululaban por los alrededores muchas especies semejantes a ardillas, desde el tamaño de un ratón al de un perro. Cuando el terreno era pendiente, abundaban esos habitantes de madrigueras.

De improviso, una nube color pizarra se cernió sobre la jungla. El movimiento de las grandes alas hacía batir la fronda de los helechos gigantescos, como si los azotara un vendaval. Doc se aplanó en el suelo. Las alas viscosas batieron sobre él, como si una mano, grande e invisible, sacudiese una lona. El hedor de la carroña

fue avivado por las alas. Pero Doc obró con demasiada rapidez. El inmenso reptil volador pasó de largo por su propio ímpetu. Su pico armado de dientes hendió el espacio con ruido al chocar los dientes.

Doc huyó entonces hacia una parte bastante extensa donde la vegetación era espinosa. Tenía la idea de que las alas membranosas del *pterodáctilo* eran sensibles y no resistirían el choque de las espinas. El reptil aéreo se lanzó en su persecución. Las espinas laceraron sus alas. El animal lanzando un horrible rugido y gruñido, saltó hacia atrás.

Pero de pronto acudió otro *pterodáctilo*. Luego otro. Los gritos del primero los atrajeron. Y seguían llegando. Las monstruosas aves, semejantes a grandes murciélagos, llegaron en tan gran número que literalmente borraban todo vestigio de luz. Y el viento que sus alas hacían, doblaba y torcía la fronda de los helechos amenazando arrancarla. El hedor era casi irresistible. Doc se encontraba en un dilema. No tenía suficientes municiones para luchar contra los *pterodáctilos* y aventurarse a salir de la región espinosa sería fatal. Era evidente que los reptiles voladores perseguían a menudo a otros animales hasta aquella parte espinosa, pues, a pesar de que casi no poseían cerebro, no se aventuraban a meterse entre la vegetación punzante.

Doc decidió esperara a que los *pterodáctilos* cansados, se marchasen. Creía que partirían pronto, él permanecía inmóvil.

Pero surgió un nuevo y horrible incidente. Uno de los colosales reptiles que andaban saltando, atraído por la nube de monstruos aéreos, se acercó dando enormes brincos. El matorral espinoso no molestó en absoluto al terrible *tiranosaurio*. Avanzaba tranquilo por entre la vegetación espinosa y empezó a buscar a Doc. Después de brincar unos cincuenta metros, se detenía mirando a su alrededor. Doc se movió únicamente cuando la horrible cabeza con sus tremendas hileras de dientes, se volvía hacia otro lado. Entonces procuraba no hacer el menor ruido. Tenía la desagradable sensación de que perecería al fin víctima del monstruo titánico.

Para mayor complicación viose de improviso frente a uno de estos antecesores de la moderna mofeta. El escandaloso animal daba señal de que iba a entrar en acción. Doc disparó dos veces y el animal de cola negra y espesa cayó al instante. El reptil monstruoso

oyó los tiros y avanzó por entre las espinas, buscando.

De repente se dirigió en línea recta hacia el lugar donde el hombre acababa de matar al animal listado. Doc Savage, sacando un cuchillo, desolló con rapidez a la mofeta cuya piel blanca y negra se echó encima como una capa. Luego salió audazmente del matorral espinoso. El monstruo, confundiéndolo con el hediondo animal, su natural enemigo, retrocedió huyendo rápidamente. Hasta los reptiles voladores cometieron el mismo error, dejando libre el campo. Doc continuó entonces siguiendo la pista de los hombres de Kar con más cautela, dándose cuenta que era posible que los bandidos hubieran averiguado dónde estaba, guiándose por los disparos y la nube de *pterodáctilos*.

Las huellas de la pareja de fugitivos torcieron, de pronto, por un claro del bosque. La distancia entre huella y huella demostraba que corrían como locos.

No tardó en comprender el motivo. Doc se encontró con una escena de matanza. El terreno esponjoso estaba rasgado, revuelto. Las huellas se presentaban tan profundas, que hubiera podido hundirse en ellas hasta la cintura.

¡Las huellas de un *tiranosaurio*, terrible carnicero, titán de los reptiles, igual al ejemplar de que acababa él de escapar! El monstruo prehistórico había devorado a los dos hombres de Kar. Doc, mirando a su alrededor, encontró señales inconfundibles de ello. Un zapato, con un trozo de pie humano dentro y pedazos de dos trajes distintos, era prueba elocuente de ello. La pareja sufrió un fin merecido, teniendo en cuenta la maligna naturaleza del viaje que les había llevado al interior del cráter.

Doc regresó sobre sus pasos. Corrió. Los desgraciados bandidos, al arrastrar al gigantesco castor prehistórico al bosquecillo de helechos donde Doc y sus hombres acampaban, habrían dejado indudablemente, otro rastro.

Doc tenía intenciones de seguirlo, pero recordó su promesa de regresar enseguida y retrocedió. Le aguardaba una sorpresa al llegar al lugar en que dejó a sus amigos: ¡habían desaparecido! Se veían muchas pisadas por el lugar. Éstas bastaron para que los ojos de Doc, habituados a leer rastros, le hiciesen comprender lo sucedido.

¡Kar había capturado a sus amigos!

XXI
Monstruos humanos



La quietud del día, que había sucedido a las tribulaciones de la noche, hizo sentir sus efectos en los cinco amigos, que, una vez que se hubo alejado Doc, se recostaron en el suelo y en breves minutos el sueño comenzó a invadirles. Ham y Johnny decidieron hacer guardia en tanto dormían sus amigos, pero sus ojos cansados difícilmente se mantenían abiertos y de tanto en tanto, se cerraban pesadamente. Oliver Wording Bittman, se acostó también al lado de sus compañeros, pero no tardó en ponerse de pie y en comenzar a pasear de un lado a otro, dando muestras de mucha nerviosidad. En realidad era el que menos había intervenido en las peligrosas aventuras que habían corrido y por lo tanto, su cuerpo estaba más descansado.

En vista de ello, Ham y Johnny, pensaron que Bittman podía avisarles de cualquier peligro y no hicieron mayores esfuerzos por vencer el sueño. Pero de pronto se despertaron sobresaltados, al huir el ruido de pasos y una voz que exclamaba:

—Vamos, arriba todos y cuidado con intentar algo.

Los cinco amigos se sentaron en el suelo como impulsados por resortes, pudiendo ver a tres individuos, que de pie, ante ellos, les apuntaban con sendas pistolas ametralladoras. Sus propias armas habían sido secuestradas por los tres enemigos. Oliver Wording Bittman, también se hallaba acostado al lado de los cinco camaradas. Seguramente, vencido también por el sueño, y al notar la tranquilidad con que dormían sus compañeros, también se echó a dormir despreocupadamente.

Los tres bandidos guardaban prudente distancia de sus prisioneros. Lanzarse sobre ellos hubiera sido empresa sumamente arriesgada, pues sus rápidas armas podrían matarlos antes de que hubiesen adelantado un paso. Por lo tanto, los seis se levantaron en silencio, mirando desafiantes a sus tres captores.

—Andando —gritó uno de ellos indicando con su arma el camino que debían seguir—. Y no intenten escapar porque sería inútil.

Con las manos en alto, los cinco amigos de Doc y Oliver Wording Bittman, se volvieron y emprendieron la marcha en la dirección indicada por el bandido.

—Esto es una vergüenza —gruñó Monk—. Nos hemos hecho prender como corderos.

—Lo que no me explico es cómo Ham y Johnny se han dejado sorprender —respondió Renny.

—En realidad —aclaró Johnny— a mí me tomaron tan dormido como a ustedes. Sentía mucho sueño, y al ver a Bittman, que muy despejado iba de un lado a otro, pensé que él podía montar la guardia y me quedé dormido.

—¡Dios mío! —balbuceó Bittman—. ¿Dónde nos llevarán?

—Seguramente que a visitar a Kar —dijo Renny.

—Después de todo —exclamó Johnny por lo bajo— es una oportunidad que nos dan de enfrentarnos a Kar. Una vez allí, veremos cómo nos arreglamos para librarnos de estos forajidos y su jefe.

Monk seguía gruñendo:

—Esto es una vergüenza. Voy a dar media vuelta y lanzarme sobre estos tres bandidos de utilería.

—Es mejor que te contengas —replicó Johnny.

—En peores me las he visto —afirmó Monk.

—Pues ahora estate quieto —aconsejó Renny—. En cambio fíjate lo que están haciendo estos bandidos.

En efecto, uno de los bandidos estaba colocando en el camino que seguían una ametralladora, cuyo gatillo sujetó con el extremo de un bejuco.

—Eso es una trampa para Doc, en caso de que diera con nuestro rastro —dijo Johnny.

—Pues están arreglados si pretenden cazarlo con esos juegos —afirmó Monk—. Yo me encargo de avisar a Doc del peligro.

Y diciendo esto, arrastró un instante los pies en el suelo, produciendo una honda huella. Doc sabría seguramente lo que esto significaba.

Mientras tanto, Doc había dado con el rastro que dejara tras sí, sus amigos y sus captores y se dispuso a seguirlo. Doc sabía que su enemigo deseaba ser perseguido. Probablemente lo prepararía una trampa. Confiaba que su excitación por la captura de sus amigos le embotaría los sentidos.

Pero el descubrimiento sólo le sirvió para aguzar sus potencias de observación. Se mantuvo bien alejado del rastro, siguiéndolo guiado por las señales más vagas, que le eran perceptibles gracias a su aguda vista. Apareció un macizo de espinos. Viendo que el rastro de los hombres de Kar y de sus amigos cautivos se perdía por sí mismo, Doc se acercó, furtivamente, para investigar.

—No piensan desaprovechar ocasión —murmuró, sombrío.

Porque, durante un buen trecho macizo adentro, las espinas se veían cubiertas de una substancia achocolatada. Sin duda se trataba de un veneno mortal. Era la primera de las trampas de Kar.

Doc siguió adelante, sin abandonar su cautela. Los hombres de Kar habían llevado a sus prisioneros por el costado del cráter, región que Doc no había explorado todavía. Caminaban tan en línea recta como les era posible. Dijérase que se dirigían a un lugar determinado.

Los ojos dorados de Doc descubrieron las huellas de Renny, Monk y Ham en un punto. Las pisadas de Long Tom y Johnny aparecieron poco después. Ninguno de ellos parecía herido. Por lo menos, sus pisadas no tenían la profundidad desigual ni era la distancia entre ellas lo irregular que hubiera sido de esperar en hombres mal heridos. Oliver Wording Bittman iba a la zaga de todo el grupo. No obstante, sus huellas parecían normales también.

Pero Doc sabía que tendría que darse prisa. Estaba convencido de que a sus amigos se les conservaba vivos con un fin tan sólo: el de usarles como cebo para hacerle caer en una trampa. Mejor dicho, en una serie de trampas. Porque vio, de pronto, una planta trepadora que cruzaba el camino. La planta presentaba una rigidez

algo anormal.

Investigó. Un extremo de la gigantesca liana estaba sujeto al gatillo de una ametralladora. De haberla tocado siquiera, le hubiese acribillado una lluvia de balazos. Desató la planta y se llevó la ametralladora para usarla contra Kar si era necesario. Un poco más adelante se encontró con una fosa en la que, de todas formas, no era fácil que se hubiera matado, teniendo en cuenta la velocidad de sus movimientos y agilidad de sus miembros.

Una celada más peligrosa le aguardaba a continuación.

Doc observó una señal rara, como de arrastrar pies, hecha por Monk a intervalos irregulares.

—¡Buen chico! —sonrió Doc.

El hombre de bronce avanzó más aprisa al darse cuenta de la precaución de su amigo. El terreno era, por allí, más elevado que en ningún otro punto del interior del cráter, excepción hecha tan sólo, de la orilla del lago de fango. Y la persistente neblina de aire caliente húmedo le impedía ver muchos detalles. La selva empezó a hacerse menos densa. Aparecieron, de vez en cuando, claros; luego praderas, cubiertas de una hierba basta.

El terreno parecía menos esponjoso. Surgió ante él una masa de roca. Se encontraba próxima al escarpado farallón, de cerca de dos millas de altura, formado por la pared del cráter. Sin duda se habría desprendido muchos siglos antes.

A Doc, la roca le parecía tan grande como un buen trozo de Gibraltar. Había otras detrás de la primera, casi tan grandes. Las huellas serpenteaban entre ellas. Doc se mantuvo unos cien metros a un lado, alerta por si le esperaba una emboscada. Llegó a una roca de superficie ondulada. Las ondulaciones ofrecían cierta protección, y se subió a la roca para echar una mirada a su alrededor.

Y vio el aeroplano de Kar. El aparato era anfibio, podía aterrizar sobre agua o tierra. Tenía dos motores de gran potencia. La cabina tenía cabida para ocho o nueve personas. Dos grandes bloques de piedra, inclinados, formaban un hangar natural. Se emplearon muchos gruesos troncos para construir una valla que impidiese la entrada a los carnívoros más pequeños. La caverna entre los dos bloques de roca era demasiado pequeña para que pudiese entrar el gigantesco *tiranosaurio*, el rey de los reptiles carniceros. La obra de

construcción debió efectuarse hacía meses.

—Kar construyó este hangar en su viaje anterior —murmuró Doc.

Descendiendo de la roca, se aproximó al aeroplano. Nadie le molestó. Era probable que Kar no tuviese más de tres hombres supervivientes. A lo menos, sólo tres de ellos capturaron a sus amigos.

«¿Cómo era posible que tres pistoleros capturasen a sus hombres?». Doc sintió sospechas desagradables. Investigó el aparato. Halló unas cuantas provisiones encajonadas en la cabina. Resultaron ser artículos en conserva y frutas secas.

Aunque tenía apetito y sólo comió carne desde que entró en el cráter, no tocó los alimentos. Conocía de qué maneras sutiles era posible administrar un veneno.

Abandonó el extraño hangar. Las altas hierbas del exterior de las puertas macizas absorbieron su bronceada figura. El cuartel general del enemigo no podía estar lejos. Empezó a buscarlo. Sus hombres estarían prisioneros allí, pues no se hallaban en el hangar. A lo lejos, como leves puntitos en el día sombrío dentro del cráter, los temibles reptiles, parecidos a murciélagos, todavía volaban en círculo. Probablemente no abandonaron el macizo espinoso; eran más tenaces de lo que se imaginó.

Una bestia prehistórica emitió una serie de gritos horripilantes; otros reptiles recogieron los ecos y, durante un momento, reinó un horrible tumulto que recordaba a la horrorosa noche anterior.

Luego sucedió un silencio relativo. Aquella tierra de terror situada dentro del cono de la isla del Trueno era, en verdad, un lugar espeluznante.

Doc se topó de improviso con sus amigos aprisionados. Se encontraban prisioneros dentro de otra cueva natural formada por dos bloques de piedra macizos. Oyó primero unas voces.

—Haced el menor movimiento… y sois hombres muertos.

Hablaba uno de los secuaces de Kar. La gigantesca figura de Doc se acercó con cautela y observó la boca de la cueva y el terreno de su alrededor.

—Lo atacaré —dijo la voz de Monk—. No puede liquidarnos a todos.

Evidentemente, un solo hombre vigilaba a los prisioneros.

—No hace falta todavía —murmuró Renny.

—Deja que sea Monk el héroe —terció Ham.

—¿No veis la intención de ese tuno? —preguntó Long Tom—. Nos usan como cebo para cazar a Doc.

—Cebo o no cebo —intervino Johnny—. Doc sabe cuidarse. Y si salimos y nos achicharran, seguiremos siendo cebo. Soy partidario de que esperemos un poco a ver lo que sucede.

—Bien hablado —gruñó la voz del pistolero de Kar—. Portaos bien y os trataremos decentemente. No tenemos intención de mataros. Os dejaremos en el cráter, cuando nos marchemos con nuestro aeroplano.

El gángster lanzó una sonora carcajada. Conocía por experiencia que la vida en el cráter sería un verdadero infierno. Era imposible imaginarse un domicilio más peligroso.

—Me entran ganas de acometerlo —murmuró Monk.

—Pura fanfarronería —se mofó Ham—. ¿Qué estarán haciendo a Oliver Wording Bittman?

—¡Quién sabe! —respondió Renny—. Se lo llevaron poco después de encerrarnos aquí. No alcanzo a explicarme el motivo.

Monk gruñó furioso:

—Todavía me intriga cómo nos atraparon, habiendo quedado Johnny de guardia. De haber sorprendido al picapleitos, comprendería cómo pudieron encañonarnos antes de que pudiésemos defendernos. Pero la manera como…

—Callaos —gritó el pistolero de Kar, cansado de la conversación.

… pero la manera cómo…

—Cállate, orangután —gruñó el pistolero—. Ya estoy hartándome de vigilar tu cara de mico.

Ham se echó a reír.

—A ti te hablo, también —continuó el guardián.

Sucedió un silencio en la cueva. Doc esperó un rato más. Su cerebro funcionaba con rapidez. Sus cinco amigos permanecían prisioneros en la cueva. Pero Oliver Wording Bittman, estaba en alguna otra parte. Decidió buscarlo, pues sus compañeros no corrían peligro por el momento.

Alejose de la caverna, oculto por la hierba que se elevaba sobre su cabeza. Encontró un pequeño montículo. Iba a dar un rodeo, cuando un secreto presentimiento le obligó a detenerse y mirar. ¡Era una tumba!

Sobre una especie de lápida de piedra había un nombre y una breve inscripción que decía:

> «Aquí yace **GABE YUDER**. Murió pisoteado por un *tiranosaurio*».

Al examinar la tumba, vio que tenía varios meses.

El hombre de bronce permaneció inmóvil durante un rato y su impresionante quietud le dio aspecto de estatua de metal. Unos hombres que se aproximaban llamaron la atención de Doc Savage, mientras contemplaba la tumba.

—Probablemente no tuvo tiempo de llegar aquí todavía —dijo una voz tosca.

—Tú no conoces a ese demonio de bronce —gruñó el otro—. Os repito que tal vez ya esté por aquí cerca, esperando atacarnos por sorpresa.

—Escucha —se burló el primero que habló—. Ese pájaro no pasó por las trampas que dejamos, especialmente las espinas envenenadas. Y tampoco por el sitio donde dejamos la ametralladora lista para acribillarle.

—Pero supón…

—Boberías. Si viene aquí, nos encontrará con los ojos bien abiertos.

—Quizá sea demasiado listo para intentar seguirnos la pista. Es posible que decida que se las arreglen sus hombres. ¿Qué sucederá entonces?

—Tanto mejor. Nos marcharemos y los dejaremos aquí. Quedarán donde nunca volverán a molestar a Kar.

—Pero no puede descubrir el lugar de donde extraemos nuestra nueva provisión del Humo de la Eternidad. Dicen que ese demonio bronceado es un químico. Hasta un químico de pacotilla como tú, pudo fabricar una nueva partida de Humo de la Eternidad, después

que Kar te indicó la manera de hacerlo.

—¿Quién es un químico de pacotilla? —rugió el otro, ofendido—. Cuidado con esa lengua. Después de Kar, yo soy aquí el amo. No toleraré…

—No te sulfures. Conozco que eres un as en ciertas cosas, pero eres un químico mediocre. ¿Y si ese sujeto de bronce descubre la manera de fabricar el Humo de la Eternidad? Disponiendo de bastante cantidad, podría perforar un túnel por el costado del cráter. Saldría…

—¿Y qué, si sale? Kar reuniría otra banda. No ocurriría, lo de antes. Doc Savage no tendría la menor probabilidad de vencer al jefe.

—Quizá —murmuró el otro, escéptico—. Pero yo estaría más tranquilo si tuviese a ese demonio de bronce delante de mi ametralladora un solo minuto. ¡Ojalá tuviese yo esa ocasión!

La tuvo casi antes de que terminase de pronunciar las palabras.

¡Doc Savage se irguió! El bravucón profirió un grito de sorpresa y terror y cayó de bruces sobre la hierba. Doc, que jamás disparaba a nadie a no ser que fuese en defensa propia o de inocentes, esperó a que el fanfarrón levantase el arma que llevaba, pero el individuo huyó raudo como una liebre. El segundo pistolero era más valeroso. Levantó su pistola ametralladora al mismo tiempo que Doc Savage disparaba la suya. El pistolero cayó sobre su arma, con la frente atravesada por una bala. Doc Savage se dirigió rápidamente hacia la cueva donde sus amigos estaban prisioneros. Debía evitar que el pistolero, excitado, intentase matarlos.

—¿Qué pasa? —gritaba el guardián de la cueva—. ¿Qué sucede ahí fuera?

Doc se acercó a un metro de la cueva. Imitando la voz del pistolero de Kar que acababa de morir, exclamó:

—¡Hemos atrapado al pájaro de bronce, a ver cómo lo liquidamos!

—¡Voy! —respondió el individuo de la caverna.

Topó con un par de manos bronceadas que le parecieron más grandes y más terribles que el cráter de la isla del Trueno. Y los ojos bronceados era aún peores: radiaban la muerte. El individuo echó mano a su pistola y disparó unos tiros con errónea trayectoria.

¡Entonces se les descoyuntó el cuello! Murió de una manera fulminante, sin dolor, pues las manos de Doc se mostraron más compasivas que sus endurecidos corazones. Los cinco aventureros prisioneros salieron corriendo de la cueva.

—¿Atrapaste a Kar? —preguntó Ham.

—No —respondió Doc—. ¿Lo habéis visto?

—Todavía no. Se llevaron al pobre Bittman a Kar. A lo menos, eso dijeron. Ignoro…

Alzando el brazo, Doc contuvo el torrente de palabras de Ham. Luego, al oír todos ellos lo que los agudos oídos de Doc percibieron primero, el horror hizo presa en ellos.

El aeroplano de Kar despegaba. Los motores estaban ya en marcha. Doc Savage abandonó el lugar con la rapidez de una centella. No pronunció ni una palabra; ni tampoco era necesario. Sus hombres conocían que, si aquel aeroplano despegaba, les esperaba una suerte horrible. Quizás tardarían años en escapar del interior de la isla del Trueno.

Los cinco compañeros le siguieron. Al llegar al improvisado hangar situado entre dos masas de piedra, mayores que un rascacielos, Doc divisó al aeroplano. Estaba en movimiento. La cola despegaba ya. Otros cuatrocientos metros más y el aparato se remontaría. Distinguió con claridad las facciones del hombre que lo conducía.

¡Kar piloteaba el aeroplano!

Doc viró a la izquierda, aumentando su velocidad, aunque avanzaba más veloz de lo que era humanamente posible. Intentaba interceptar al aeroplano. Kar comprendió su intención y con un fuerte golpe desvió el timón. El aeroplano viró un poco, pero no pudo torcer lo suficiente para eludir a Doc. El lugar era demasiado estrecho y había grandes rocas a ambos lados, donde era fácil inutilizar el aparato con una falsa maniobra.

No obstante, por un momento pareció que el avión escaparía del gigante bronceado. Pero dando un salto formidable, Doc cogió el timón. La violencia del tirón habría hecho soltar la presa de unas manos menos fuertes, pero el gigante siguió agarrado tenazmente.

Kar empezó a disparar con una pistola automática. Estaba excitado y debía tirar desde una posición difícil. Erró todos los tiros

y luego se vio obligado a dedicar su atención a despegar el aeroplano del suelo del cráter antes de llegar al final de aquella especie de aeródromo natural.

¡El avión se bamboleó y, emitiendo una especie de gemido, se remontó!

XXII
La destrucción de una Tierra Perdida



El aeroplano se remontó sobre los gigantescos peñascos y sobre los altos helechos. Voló en círculo una vez. Luego Kar esgrimió su pistola para disparar de nuevo sobre Doc Savage. El aparato podía volar sólo durante un rato.

Doc aprovechó este momento de respiro. Subió a los principales tirantes de la cola, que se extendían hasta el ala superior. Se balanceaban con la facilidad de un simio a lo largo de ellos. El primer tiro de Kar erró. Su segundo también, pues Doc se retorció de una manera increíble y se encaramó a lo alto del ala. De pronto el arma de Kar emitió un chirrido hueco. Examinando el arma, comprobó que se le habían agotado los cartuchos. Frenético, empezó a cargarla de nuevo. El techo de la cabina se abrió, desgarrado con violencia. Una figura gigantesca saltó al interior, hacia Kar. Aterrado, el criminal intentó meter una bala en su inútil arma. Pero ésta fue arrancada de sus manos y lanzada por la ventanilla del aeroplano.

La voz de Kar se elevó en un chillido:

—Perdone… ignoraba…

—El hablar no le servirá de nada —replicó Doc Savage—. ¡No hay nada que le pueda salvar!

Kar contempló las ventanillas del aeroplano. Se había colocado un paracaídas antes de despegar. Después, el criminal miró la maleta de cuero que había en la parte trasera de la cabina.

Pero no se atrevía a moverse, a saltar del aeroplano o a coger la maleta. Temía aquellas manos de bronce que eran más terribles que

el acero.

—Fui engañado una vez —declaró Doc—. Su método de decepción fue hábil y audaz. Le dio resultado porque me tocó uno de mis puntos flacos.

Kar empezó:

—Se equivoca usted. Yo…

—¡Silencio! —cortó Doc—. Sus mentiras no le servirán de nada. Tengo demasiadas pruebas. Anoche sospeché quién era usted, cuando le vi señalar la copa de un árbol con un cigarrillo encendido. Estaba usted ordenando a sus hombres que atrajesen a los castores prehistóricos hacia nuestro refugio, donde nos atacarían. Escogió usted un helecho donde estaba seguro.

Los ojos de Doc Savage centelleaban.

—Sospeché antes de eso —continuó—. ¡Cuando dispararon sobre mí! ¡Cuando usted fingió un desmayo! En realidad, esperaba usted que yo me acercase a su cuerpo inmóvil para servir de blanco a las pistolas de sus secuaces.

—Yo no…

—Sí. Después que los castores prehistóricos huyeron asustados, trepé a su árbol y le substraje el escalpelo que llevaba en la cadena de su reloj. Sospeché que el instrumento estaba envenenado. Lo apliqué a la punta de la lanza improvisada y lo probé en un puercoespín. El animal murió de un solo rasguño. Tenía usted el propósito de usar esa arma contra mí, pero le faltó el valor.

Kar temblaba de pies a cabeza. Se estremecía a cada palabra como si fuese una cuchillada.

El aeroplano, sin que nadie lo pilotase, iba volando solo, zumbando por el cráter.

—Tuvo muchas ocasiones de asesinarme —continuó Doc—. Pero no tuvo el valor de hacerlo con sus propias manos. Como todos los criminales, por listos que sean, es usted cobarde. Permaneció a mi lado contrarrestando con astucia todos mis movimientos, procurando que sus hombres me matasen. Pero no se atrevió a cometer el crimen por el mismo. Su cobardía quedó de manifiesto cuando aterrizamos en el cráter.

Kar seguía temblando cobardemente, probablemente en mayor grado que nunca antes.

—Sus mentiras fueron ingeniosas —continuó Doc, implacable—. Jerome Coffern no fue el único que vino con Gabe Yuder a la isla del Trueno. Usted y Gabe Yuder encontraron este cráter. Jerome Coffern desconocía su existencia.

—Se equivoca —gimió el criminal—. Kar es Gabe Yuder…

—¡Gabe Yuder está muerto! Él halló el elemento desconocido con el cual se fabrica el Humo de la Eternidad; y es probable que el infeliz lo perfeccionase. Usted vislumbró las posibilidades de ese elemento para fines criminales y en consecuencia asesinó a Gabe Yuder y le robó su fórmula química. ¡Hallé su tumba!

—No puede probar…

—Conforme. No hago más que suponer lo sucedido en su primera visita a la isla del Trueno. Pero no me alejo de la verdad. Jerome Coffern observó alguna cosa sospechosa en sus acciones. La primera vez, intentó usted matarlo de un tiro pero fracasó. Pero él intentó confirmar sus sospechas y escribió una declaración que usted halló en sus habitaciones, pero yo descubrí unas líneas del relato en una cinta nueva de la máquina de escribir, en las habitaciones de Jerome Coffern. ¡Pero la parte más importante estaba ilegible, la parte donde le nombraba a usted, la parte que decía que usted, Oliver Wording Bittman, era Kar!

Kar tembló como un azogado.

—¡Sí, usted es Kar, Bittman! —continuó Doc—. Es usted un consumado actor, uno de los más hábiles que he conocido. Y ganó mi confianza mostrándome la carta de mi padre, indicando que usted le salvó la vida. Escuchó mi conversación telefónica con Monk y sin pérdida de tiempo mandó a sus hombres a matarlo. También dio órdenes a un aviador, para asesinarme, durante mi paseo por el Parque. Ordenó a sus hombres que substrajesen los ejemplares de rocas de la isla del Trueno. Ordenó la trampa mortal del ascensor, que casi destruyó a mis compañeros; no hizo el menor movimiento para entrar en el ascensor, donde había hecho colocar una bomba. Avisó a sus hombres que abandonaran el Estrella Marina, y que probablemente alquiló el yate que los recogió, telegrafiando a Nueva York. Desapareció en la jungla en aquella isla de coral lo bastante para ordenarle a su hombre que estaba oculto allí, que arrojara una bomba a nuestro aeroplano. Podría citar otros

incidentes en que desbarató nuestros planes. Nos engañó miserablemente, aprovechándose de mi afecto por mi difunto padre.

—¡Salvé a su padre! —gimió Bittman.

—¿Sí? ¿No fue esa carta una falsificación?

—Es una carta válida —exclamó Kar—. ¡Salvé la vida de su padre! Yo no soy un criminal. Lea esa carta. Yo no…

—No creo que mi padre se equivocase.

Quizás era usted el hombre que él creyó… entonces. Pero ha cambiado usted mucho… Quizás alguna enfermedad mental le perturbó, dando rienda suelta a sus criminales instintos. Pero no discutiremos esto. Ordenó usted la muerte de mi amigo Jerome Coffern. ¡Y para eso, sólo hay una pena!

Delante mismo del aeroplano, se producía una erupción en el lago de barro hirviente. Kar o Bittman, dio de repente un salto frenético, intentando alcanzar la maleta de cuero situada en la parte trasera de la cabina. Topó con el brazo de Doc como si fuera una pared de piedra. Golpeó a Doc varias veces.

Un terror pánico se apoderó del hombre.

—¡No me matará usted nunca! —rugió.

—Tiene razón —asintió Doc—. No podría matar con mis propias manos a un hombre que salvó la vida a mi padre. Pero no crea que por eso escapará del castigo de sus crímenes.

¡De repente, Kar se lanzó de cabeza por la ventanilla del aparato! El hombre abrió el paracaídas doscientos pies más abajo. Parecía una bombilla blanca y reluciente, en el gris siniestro de la atmósfera del cráter. Doc Savage dirigió una mirada al paredón del cráter. Cogió la maleta de cuero que Oliver Wording Bittman miró con tanto interés.

No la abrió. A juzgar por sus acciones, el contenido no le interesaba. La tiró por la borda. Cayó debajo mismo del dique de lava que limitaba el lago de barro hirviente. Estalló.

¡Contenía el Humo de la Eternidad que Kar acababa de fabricar! El paredón del cráter debajo del dique de lava, empezó a disgregarse con rapidez. Se elevó un humo gris y repulsivo, una nube parecida a la producida cuando la destrucción del barco pirata, el Alegre Bucanero, en el río Hudson. El humo ocultaba lo que sucedía abajo. Las chispas eléctricas producían un brillo

fantástico dentro de la masa que se disgregaba.

De repente, de debajo de la nube surgió un torrente oscuro y humeante. El dique de lava había quedado destruido.

¡El líquido derretido penetraba impetuoso en el cráter! El aeroplano se mantuvo apartado de la peligrosa nube del Humo de la Eternidad. Doc buscaba a Kar y no lo encontró. El río de barro hirviente alcanzó al criminal. El hombre intentó correr.

Pero, de pronto, uno de los monstruos del cráter, uno de los gigantes prehistóricos, la mayor máquina de matar inventada por la Naturaleza, le cerró el paso. El *tiranosaurio* se dirigió a grandes brincos hacia Kar. Éste escogió la menos cruel de las dos muertes: dejó que el horripilante reptil lo aniquilara de un solo mordisco.

Pero un instante después, el paredón de barro hirviente se precipitó sobre el monstruo prehistórico. El animal estúpido dio un salto gigantesco, hundiéndose más en el torrente de barro hirviente. Rodando, dando vueltas lentamente, paleteando en vano con sus enormes patas de tres dedos.

Así perecieron Kar, u Oliver Wording Bittman, el famoso taxidermista, y el coloso de los reptiles que le devoró.

Doc Savage maniobró con habilidad y aterrizó entre los grandes bloque de piedra que, siglos antes, formaban la cueva. Renny, Ham, Monk, Johnny, Long Tom… los cinco compañeros se acercaron, corriendo, al aparato y subieron. Doc volvió a remontarse.

—¡Mirad! —murmuró Johnny.

El lago parecía contener una cantidad inagotable de barro hirviente. Inundaba el suelo del espantoso cráter, envolviendo a los monstruos que allí perduraban. El pistolero que quedaba perecería con ellos. El vapor se elevaba a torrentes por la boca del cráter. La creciente oscuridad, la inundación de barro, las agonías de los gigantescos reptiles, daban a la escena el aspecto de otro Día del Juicio.

—¡Cáspita! —murmuró Monk.

—¡Cielos! —exclamó Renny.

Luego quedaron silenciosos. Al cabo de un rato, Monk preguntó de repente:

—¿Y qué del Humo de la Eternidad?

En respuesta, Doc Savage señaló son el brazo. Siguieron el

ademán con la mirada. La región de rocas extrañas, donde Kar debió extraer el elemento desconocido, iba quedando enterrada bajo la inundación de barro caliente.

¡Jamás se volvería a extraer más de allí!

—¿Sabes en qué consistía el Humo de la Eternidad? —inquirió.

Doc no respondió en el acto. Pero, al fin dijo:

—Tengo la hipótesis resultante de mi análisis del metal que no disolvió esa substancia. Creo que me acerco a la verdad. Por esa razón, deliberadamente provoqué la inundación del barro.

—¿Eh? —murmuró Monk.

—El Humo de la Eternidad no podrá fabricarse jamás sin esa substancia que extrajo Kar de ese cráter. Y el depósito está enterrado para siempre. En cuanto a la substancia, nadie sabrá jamás en qué consistía.

Monk asintió con la cabeza:

—De acuerdo.

—El mundo puede subsistir perfectamente sin el Humo de la Eternidad —dijo Doc.

Sus ojos divisaron la isla del coral, a unas cuantas millas de distancia.

—No es necesario aterrizar allí —continuó.

Enfiló el aeroplano rumbo a Nueva Zelanda.

—De Nueva Zelanda a San Francisco de California por barco —dijo Monk—. Eso nos dará tiempo de olvidar esta pesadilla de los reptiles prehistóricos. Y quizás se presente alguna otra aventura muy pronto.

«En efecto, algo se presentó, aunque Monk ni soñaba cuán pronto sería. Les esperaban otros peligros y dificultades tan grandes como las que acababan de experimentar. Estaban entusiasmados. El porvenir se les presentaba de color de rosa. Pero no podían prever la aventura terrible que correrían. Pues este extraordinario hombre de bronce y sus cinco compañeros, iban a entrar pronto en otro remolino de peligros y aventuras… ¡en el corazón mismo de los Estados Unidos!».

∞



LESTER DENT. (Missouri, E. E. U. U. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un *business college* con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil&Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en Agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press en Chickasha», mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de *pulps*.

Dent comienza así una prolífica carrera.

«Top Notch Magazine» fue la primera revista en publicar una historia de Dent: *Pirate Cay* apareció en su número de Septiembre

de 1929. Poco después, Dent recibió un telegrama de «Dell Publishing» ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para «Dell», aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como «Albatross» en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de Marzo de ese mismo año.